
VERTICE
GALAXIA
Ciencia Ficción
CITA EN UN MUNDO PERDIDO
BERTRAN CHANDLER

A. BERTRAM CHANDLER

Cita en un mundo perdido

Traducción de Fernando M. Sesén

Vertice

Sinopsis

'Rendez - vous in a lost world' - Cita en un mundo perdido- es a nuestro juicio una de las más acreditadas novelas de este prodigioso autor

Título Original: *Rendez-vous on a Lost World*
Traductor: Sesén, Fernando M.

Colección: Ciencia Ficción, 56
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.62

CITA EN UN MUNDO PERDIDO

I

Cuando el sueño muere, ¿qué hay con el soñador?

II

ERA un sueño de Kemp, aunque en parte lo compartíamos. Era un sueño de Kemp, pero Jim Larsen participó de él y Dudley Hill, y yo mismo. Era un sueño que no es raro entre los hombres del espacio, especialmente entre tales hombres del espacio como los que efectúan su comercio lejos de las bien servidas y concurridas rutas de navegación. Era un sueño que muy pocos hombres del espacio han logrado hacer realidad.

Alan Kemp, cuando lo vi por primera vez, era primer oficial del viejo "Rimhound". Era un típico empleado de los Rim Runners, que como la mayor parte de nosotros en tal empleo, había servido en grandes navíos antes de salir al Rim. Contenía dignidad, casi una pomposidad de porte que no conjugaba con lo maltrecho de su uniforme o lo decrépito de su navío. Para el resto, en cuanto a lo demás de su persona, era un hombre corpulento, alto, de pelo gris y con los ojos azules tristes que parecen poseer siempre los hombres del espacio en las novelas, pero que en la realidad pocas veces tienen. Pero era, una vez se le conocía, una vez que uno trascendía más allá de su reserva, un buen compañero de navío y un buen amigo. De no haber sido así, el resto de nosotros jamás le habría acompañado en su aventura.

El viejo Jim Larsen era segundo ingeniero de motor interestelar del "Rimhound". Todos lo llamábamos "viejo Jim". Al conocerle por primera vez, la impresión de extrema edad era lo que primero trascendía. Pero luego uno se daba cuenta de su viveza, su carácter despierto, de una, en cierto modo indestructible, juventud que asomaba desde detrás de sus ojos grises. Y esto hacía atento lo de su calva cabeza, lo de su cuerpo encorvado y su rostro arrugado.

Nadie sabía que edad tenía. Su certificado de primer ingeniero interestelar había sido plegado y desplegado tantísimas veces que la fecha de nacimiento escrita en el pedazo de pergamino quedaba ilegible. Se sospechaba de que esta fecha no era en nada parecida a la que utilizó cuando firmó los Artículos del navío. También, su certificado llevaba un endoso de motores Ehrenhaft, y los últimos navíos con motores Ehrenhaft, los carretones, fueron desguazados mucho antes de que yo naciese.

Dudley Hill era tercer oficial. Como Kemp, había servido en los grandes navíos de la Comisión de Transportes Interestelares. A diferencia de Kemp no aguardó hasta que fue oficial mayor antes de dimitir del servicio de la Comisión. Corrían rumores de que le pidieron que dimitiera, porque se vio implicado en la colisión del "Beta Scorpii" con un asteroide de sistema planetario rigeliano.

También corría el rumor de que fue elegido como cabeza de turco y que el patrón del "Beta Scorpii", que tenía poderosos amigos en las altas jerarquías de la Comisión, era el responsable del error de criterio que desembocó en el casi naufragio. Sin embargo, Rim Runners, escasos de oficiales crónicamente, no hacía preguntas, y Dudley era tan sereno y de confianza como hombre espacial como cualquiera en el Rim y aun más que la mayoría.

¿Y yo? Yo era sobrecargo del "Rimhound", el chico de la despensa, como me llamaban a

veces. Al igual que los otros, había ido vagando, vagando hasta el Rim. Era, hace más años de los que desearía recordar, una vez miembro del Correo Real de Waverly. El Correo Real de Waverly tiene ideas bastante anticuadas acerca de lo que constituye la conducta caballerosa por parte de sus oficiales. (El Reino de Waverly, claro, es la última fortaleza de las ideas pasadas de moda.)

El Correo Real de Waverly no gusta de casos de divorcio en los que las pruebas hayan sido recogidas a bordo de uno de sus navíos. El Correo Real de Waverly, especialmente, no gusta de los sobrecargos que fueron acusados de ser amantes de las mujeres que faltaron a su honor. Así que...

De todas maneras, servíamos juntos a bordo del "Rimhound" durante algunos meses. Teníamos que conocernos mutuamente, aprender mucho acerca de los tiempos pasados de cada cual. Yo había conocido a la esposa de Alan... era el único de los cuatro que estaba casado..., viéndola unas cuantas veces cuando el navío se encontraba en Port Farewell, en Faraway, y cada vez sentía envidia de Alan.

Verónica no entra en la historia como persona, en materia de hecho, aunque su influencia tuvo un gran papel. Verónica era adorable. Era carinthiana, y si ustedes alguna vez han conocido una mujer típica de ese planeta, podrán imaginarse cuál era el aspecto de Verónica. No sé por qué o cómo, pero el género humano de Carinthia parece haber mutado ligeramente, haberse desarrollado a lo largo de las líneas de los gatos siameses. Eso, lo sé, es una tontería biológica, pero es la mejor manera de dar una impresión colorista de las mujeres carinthianas, de su esbeltez, de su gracia. Si les gustan a ustedes los gatos siameses, y a mí y a Alan nos gustan, les gustarán también las mujeres de Carinthia.

Alan conoció a Verónica cuando ella viajaba hacia el Rim, en el viejo "Delta Sextans", de cuyo navío él era primer oficial. Se enamoró de la chica fuertemente. De buena gana Alan hubiese querido construir su hogar en cualquier planeta de la galaxia mientras ella estuviese allí, pero yo me siento inclinado a pensar que se mostró bastante impresionado cuando la chica anunció su firme intención de vivir en Faraway. La Comisión de Transportes Interestelar no mantiene ninguna cosa parecida a un servicio regular con el Rim, y así, echando por la borda sus años de servicio, Alan les dejó y se alistó con los Rim Runners.

Así que allí estábamos, los cuatro, en el "Rimhound" cuando la nave fue apartada de las líneas de tráfico ordinaria —el recorrido de Lorn, Faraway, Último, Thule y Circuito Oriental— y contratada para formar parte de la Línea Shakespeariana. Resultó una variación. Era meterse hacia el Centro, aunque no muy profundamente. El Sector Shakespeariano no estaba oficialmente considerado como parte del Rim, pero queda tan afuera que los firmamentos nocturnos de sus mundos despliegan sólo unas cuantas y escasas estrellas centelleantes.

Llevábamos una carga completa de maquinaria agrícola de Port Farewell, en Faraway, a Port Fortinbras, en Elsinore. Era nuestra suerte —mala suerte, pensamos al principio— llegar allí a tiempo del principio de la huelga de los descargadores, una disputa industrial que pareció perpetuarse en el tiempo.

Como resultas de este largo período de obligatoria holganza hubo un amplio permiso para disfrutarlo en el planeta. Y hubo, también, tiempo bastante para aquellos de nosotros con esposas y familias que dicen meditar en un medio de vivir que hiciese menos inevitable los largos períodos de separación, que entrelazase el alargamiento ocasional de tales períodos con la tozudez

de los comerciantes y los jefes sindicales de los trabajadores de los mundos distantes.

De los cuatro, Alan Kemp era el más pesaroso. No nos sorprendía. Para entonces le conocíamos bien, sabíamos de sus malos humores, comprendíamos incluso que un mes lejos de Verónica era, para él, una especie de breve eternidad. Yo también conocía todo esto. Si hubiese estado casado con ella mis días de viaje espacial habrían terminado, aun cuando el único empleo en tierra que se me ofreciese hubiese sido el de palear basuras en las instalaciones industriales de conversión de desperdicios. Pero Alan era distinto.

Aun así, podían haber habido mundos peores para un atasco que Elsinore. Es una agradable y suficiente montón de tierra. El suelo es principalmente llano, fértil y bien arbolado. No hay temperaturas extremas excepto en los polos y en el ecuador. Carece casi de industrias pesadas. La gente es de una casta estólida y expansiva, que tiende hacia la ridiculez y a la gordura, tanto en los hombres como en las mujeres.

A pesar de su estolidez, o por causa de ella, son jugadores inveterados. Juegan en descubrir una carta, echando al aire una moneda, o a los dados. Apuestan en las carreras de caballos, en las de perros, en las carreras de yuntas representantes de la fauna indígena, bien sean bichos con patas o con alas. Cada ciudad, cada pueblo, incluso posee su casino. Luego, para conseguir tal monedas de desperdicios, de derroches y poder seguir holgazaneando por allá, hay loterías particulares y municipales, y loterías estatales.

Cosa rara, ninguno de nosotros era jugador. Pensando en eso, éramos bastante deficientes en todos los vicios —con excepción del viejo Jim Larsen—, refiriéndonos a vicios principales, llevando, según las normas de los Rim Runners, unas vidas de virtud completamente excepcional. Pero al cabo de unas pocas semanas en Elsinore comenzamos a frecuentar más y más las tabernas dentro y de en torno a Fortinbras. Alan Kemp no formaba parte a menudo del grupo. Sin embargo, casi una vez por semana, declararía que tenía que salir del navío antes de dejar que los nervios se apoderasen de él y le dominaran, cosa de lo que, según su afirmación, estaba a punto de suceder, y se nos unía.

Era siempre un bebedor bastante mórbido y le gustaba beber en medios ambientes también mórbidos. Cuando estaba con nosotros invariablemente terminábamos la velada en el Poor Yorick, un establecimiento precisamente famoso por su decoración funeraria. Nos instalábamos en torno a una mesa en forma de ataúd y bebíamos cerveza en jarros con eran facsímiles de cráneos humanos —incluso tenían la horrible sensación de los huesos secos y viejos—, escuchando la fina selección de marchas funerarias, que era la única música obtenible del tocadiscos del lugar, encastrado en lo que era un monumental panteón. La única luz la proporcionaba únicamente humeantes y cerúleas velas. Las decoraciones florales tenían la forma de coronas funerarias.

La noche que todo comenzó, la noche en que el sueño se hizo realidad, Alan estaba en plena forma. Aquella mañana había habido correo —el "Epsilon Crucis", de la Comisión, procedente del Rim— y nos llevaron cartas para nuestro primer oficial. El resultado inevitable fue que se sintió malhumorado y preocupado.

—El espacio —anunció, casi por quinta vez aquella noche— no es vida para un hombre civilizado.

—Tú —le dije— no eres un hombre civilizado. Sabes condenadamente bien que nunca podrás

quedarte definitivamente en tierra. Los navíos son tu vida.

—Eso podía haber sido cierto —contestó— antes de que conociera a Verónica. Ahora ya no lo es.

—¿Entonces por qué no nos abandonas de una vez? —preguntó Jim Larsen.

—Dame un empleo tan bien pagado como éste y lo haré —fue la respuesta de Alan.

—No lo harías —le dije—. Estás demasiado encariñado en ser un pez gordo en una charca pequeña. Has sido oficial mayor durante mucho tiempo, demasiado, primero en los navíos de la Comisión, luego con los Rim Runners. Y piensas que podías seguir adelante y convertirte en patrón.

—Está bien —dijo—. Quizá sí. Pero hay sólo un modo de ser verdaderamente feliz como patrón, y ese es el de ser al mismo tiempo propietario —sorbió su cerveza pensativo—. Un navío pequeño podía ser encajado en el Circuito Occidental sin molestar a nuestros venerados jefes, es decir, sin perjudicar demasiado su bolsa. Un servicio de ida y vuelta, digamos, entre Mellise y Grollor.

—Hasta los barcos pequeños cuestan dinero grande —señaló sombrío Dudley Hill.

El viejo Jim se carcajeó.

—Así es el mundo. ¿Qué hay de las loterías? Si no juegas, no se puede ganar.

—Lo malo es —les dije— que no se puede sacar el dinero de Elsinore. Restricciones y reglamentos sobre las divisas y toda la pesca.

—Tu observación es puramente académica —intervino Alan—. Seguro que ahora ya sabrás que hay siempre alguien que no somos nosotros que gana premios en las loterías. Te lo demostraré —hizo un gesto al camarero, un individuo cadavérico vestido de negro—. ¿Verdad que ustedes venden billetes de lotería aquí?

—Pues, sí, señor. ¿De Tattersall? ¿Elsinore State? ¿Fortinbras Municipal?

—¿Cuál se sortea primero?

—Tattersall, señor.

—Entonces dame un billete. Un billete que no salga premiado.

El hombre sonrió.

—Aquí tiene, señor, el billete de la suerte.

—Oh, no. Si lo compro yo, posiblemente no puede salir.

—Como usted diga, señor. Vale dos dólares.

—Estoy dispuesto a pagar para demostrar mi punto de vista —dijo Alan sombrío.

Dos días después se enteró de que había ganado cien mil dólares de Elsinore.

Alan Kemp, como muchos otros en tales circunstancias, había presumido suavemente que todas sus preocupaciones terminarían cuando ganase el premio gordo. Como tantos otros no tardó en descubrir que sus preocupaciones acababan sólo de empezar.

—Hasta este momento —gruñó— siempre pensé que la falta de dinero era mi mayor problema —. Ahora no estoy tan seguro.

—Sal de esas —le dije. Miré la solidofoto de Verónica que se alzaba en su escritorio, la

figurita en el cubo transparente de plástico que parecía casi viva, que contenía en miniatura toda la gracia adorable de ella—. No vengas con esas, Alan. Tienes una esposa guapa y una fortuna noble. ¿Qué diablos quieres más?

—Ella —me contestó paciente— está en Faraway. La fortuna se encuentra aquí, en Elsinore.

—Creo que hay una clase de vehículos que llevan pasajeros. No veo el motivo por qué vosotros dos no os instaláis en Elsinore. Podríais emprender algún negocio.

—Ya pensé en eso. Pero sólo hay una clase de negocios en los que alguna vez soñamos nosotros en meternos.

—¿Te refieres a lo que hablábamos la otra noche? ¿Propietario y patrón?

—Sí. Como decía, un barquito pequeño con una tripulación mínima, pagada con reparto de beneficios. Yo como patrón y Verónica como oficial de alimentación... ya sabes que es una cocinera de primera. Otra gente ha logrado triunfar en eso, en estas mismas líneas. Y ahora, cuando por fin tenemos algún capital que invertir, no hay modo de sacarlo de este condenado planeta —se echó un poco más de ginebra en nuestros vasos—. ¿Estás seguro de que no hay manera, George?

—Completamente seguro —contesté—. He pasado todo el día explorando cada camino en tu favor, sin dejarme pasar por alto nada. Empecé en la oficina del agente, luego hice la ronda por todos los bancos de Fortinbras. Hay sólo un modo de sacar el dinero de Elsinore, y es comprando cosas para exportar a los mundos del Rim. Y tú no tienes ni la menor infernal esperanza de conseguirlo, por lo menos hasta dentro de un par de años. Todo el tonelaje asequible está contratado con tanta anticipación.

—Siempre hay algún raro navegante vagabundo de la clase "Epsilon" que toma tierra —sugirió, no con mucha esperanza.

—¿Y supongamos que viene uno? ¿Qué posibilidad crees que tendrás enfrentándose a los exportadores locales, todos clamando por el espacio para cargas?

—Podría contratar a un agente.

—Y él pronto te liberaría buena parte de tus cien mil. En serio, Alan, ¿por qué Verónica y tú no os instaláis en Elsinore?

Volvió a llenar nuestros vasos, luego hizo lo mismo y encendió su absurda pipa. Dijo:

—Ya pensé en eso. Y me mostraría muy feliz, puesto que considero mi hogar allá donde se encuentre Verónica. Pero estoy segurísimo de que ella jamás consentiría. Ya sabes, tan bien como yo, que hay dos clases de personas que salen hasta el Rim... aunque supongo que la mayor parte de nosotros somos de una especie híbrida, perteneciendo a ambas clases. Hay aquellas que salen para ganarse la vida, que piensan que aquí hay mejores oportunidades de progreso, en los mundos del Rim, que en los planetas densamente poblados del Centro. Luego están aquellos que salen por razones psicológicas, que huyen de algo, que se marchan lo más lejos posible.

—Jamás pensé que Verónica entrara dentro de esta categoría.

—Pues sí, entra. La conocí, como sabes, cuando viajaba en el viejo "Delta Sextans" desde Carinthia al planeta de Van Diemen. Ella arribó su pasaje para Faraway incluso entonces... Comisión de Transportes Interestelares, Líneas Shakesperianas, Rim Runners, lo ordinario. Cuando empezamos a conocernos ella me contó algo de su vida, lo bastante para que yo pudiera

llenar los detalles.

“Verónica y algún hombre, cierto hombre, habían contribuido a estropear sus propias vidas, tanto que la chica decidió comenzar de nuevo, salir de allí, alejarse lo más posible. La encontré de rebote, supongo. O ella me encontró a mí. Y por eso es por lo que dimití del servicio de la Comisión, para empezar de nuevo en estas enmohecidas latas interestelares.

—¿Y ella no querrá marcharse del Rim?

—No. Poco después de que saliese yo por primera vez, se me ofreció el puesto de mando en la Línea Shakespeariana. Tuve que rechazarlo, aun cuando entonces era un simple tercer oficial con los Rim Runners. Ella veía hasta el Rim y en el Rim se quedará. Conmigo o sola.

—No tenía la menor idea —dije, no con toda sinceridad.

—Cuando se llega a las separaciones internas, o a los malos funcionamientos de un matrimonio —me confesó—, los extraños apenas se dan cuenta.

—Supongo que así es.

—¿Un poco más de ginebra?

—No, gracias. Estoy bebiendo demasiado, como para sacarte de tus casillas. Lo malo es que te obligo a hacerlo a ti también...

Me sonrió con tristeza.

—Puedo permitirme el lujo.

—Entonces, bueno. Pero ponme poquito.

Lo vi ponerse rígido súbitamente mientras servía las bebidas, el rostro repentinamente alerta. Le pregunté qué era lo que ocurría, y luego oí, débiles, las notas quejumbrosas, apagadas por el aislamiento de nuestro casco, de la sirena de alarma del espacio puerto.

Alan dejó con fuerza sobre la mesa la botella, se puso en pie de un salto y salió corriendo al puente. Le seguí, le vi trepar por la breve escalera que va del apartamento de los oficiales a la sala de control. Le llamé, preguntándole qué sucedía. Me respondió lacónico que no lo sabía.

(Pensó, como yo, según me dijo más tarde, que había alguna especie de alboroto civil alzándose por causa de la huelga, que el espacio puerto sufría el ataque de una turba.)

Me sentí sorprendido y aliviado al descubrir, cuando me volví a Alan en los grandes ventanales, que todo estaba tranquilo en apariencia, que la amplia zona de chamuscado cemento aparecía desierta, que no había actividad extraordinaria en ella y en torno a las puertas enrejadas del espacio puerto.

III

LA noche era oscura, clara por arriba, pero con un rastro de niebla a nivel del suelo. Hacia el sur brillaban las luces de la ciudad de Fortinbras, arrojando su resplandor usualmente difuso contra el firmamento, pero aún no sobre el espacio puerto que estaba casi sin iluminación. En lo alto de la torre de control la luz roja destellaba el aviso de que un navío estaba a punto de llegar o partir. Pero había una única nave en el puerto y nuestra partida era cosa de Impredecibles conjeturas, dadas las circunstancias, mientras que no debía llegar ningún otro navío durante tres o cuatro semanas.

—He llamado al capitán del puerto —me dijo Kemp—, pero cada vez que trato de comunicarme, la línea está ocupada. Prueba tú, ¿quieres? Cuando comuniques con él, avísame —cogió un par de potentes binoculares, miró por ellos al amplio círculo del cielo nocturno que era visible a través de la transparencia de nuestra roda.

Cogí el teléfono —era propiedad del espacio puerto y estaba conectado por cable terrestre al sistema de comunicaciones de Elsinore— y oprimí los botones del número de la oficina del puerto. Después de siete intentos inútiles la pantalla se iluminó. Desde ella me miró fulminante el rostro preocupado de un hombre a quien reconocí como uno de los oficiales secundarlos del puerto.

—¿Sí? —me espetó—. ¿Qué es lo que quiere?

—Aquí el oficial al mando del "Rimhound" —le dije, entregándole el instrumento a Alan.

—¿A qué viene todo este jaleo, Klanci? —preguntó Alan.

Débil, oí la respuesta:

—Entra una nave no identificada. Será mejor que quite usted del campo ese cacharro suyo.

—No podemos. La bomba impulsora principal ha sido desmontada para repararla.

—Entonces será mejor que saque su gente de la nave y despeje la pista. El modo de comportarse de ese desconocido promete alguna catástrofe cuando toque tierra.

—¿Quién es?

—¿No me ha oído decir que es una nave no identificada? No posee radio del espacio profundo; no envió señal alguna hasta que ya estuvo dentro del alcance del radar. Viene por nuestro rayo, pero lo hace con una trayectoria oblicua, como si fuese un avión. Eso es todo cuanto puedo decirle. Ahora deje libre la línea.

Alan me miró, alzó las cejas.

—George, da la alarma general —ordenó. Colgó el teléfono y cogió el micrófono del sistema de comunicaciones interior de la nave. Aguardó hasta que yo dejé de oprimir el botón de alarma y los timbres dejaron de sonar, luego dijo tranquilo—: Atención, por favor. Aquí el oficial en jefe hablando. Todo el mundo tiene que evacuar inmediatamente el navío. Todo el mundo tiene que evacuar la nave. Eso es todo —se volvió hacia mí, añadiendo—: Eso se refiere también a nosotros, George.

—¿Qué te parece que es, Alan?

—Probablemente piratas púrpura de todas las galaxias próximas, menos tres. Deben venir a por mis cien mil dólares. Ya te dije que yo no puedo ganar nunca.

Bajamos por la breve escalerilla de la sala de control al apartamento de oficiales, tardamos unos pocos segundos a que la jaula del pequeño ascensor nos subiese hasta el ascensor axial, luego bajamos rápidamente hacia la escotilla, uniéndonos a aquellos pocos de nuestros tripulantes que, al estar pasando una tranquila velada a bordo, habíanse visto sobresaltados por la alarma y la orden de Alan de abandonar la nave.

Uno de ellos, el viejo Jim Larsen, preguntó:

—¿Qué ocurre, Alan?

—Ojalá lo supiese —le contestó Kemp—. Parece haber alguna especie de nave espacial no identificada que viene como un murciélago salido del infierno, y el capitán del puerto se ha asustado pensando que va a causar una catástrofe, así que quiere que abandonemos el navío y nos alejemos de la pista para cuando esa nave aterrice.

—Hablando de murciélagos del infierno... —observó tranquilo el viejo Jim.

El coche terrestre que había pasado como un rayo por las puertas del espacio puerto frenó ruidosamente hasta detenerse. El Viejo saltó del vehículo que en persona conducía, caminando rápidamente hacia donde estábamos nosotros.

—¡Señor Kemp! ¿Qué ocurre aquí?

—Un navío no identificado, no programado, entra para aterrizar. Órdenes del capitán del puerto de evacuar a toda la tripulación de la pista en prevención de una catástrofe.

—¿Entonces qué hacen ustedes todavía por aquí?

—Tenemos una cierta responsabilidad con el "Rimhound", señor.

El Viejo sonrió brevemente.

—Lo mismo nosotros, señor Kemp. Presiento que no deberíamos permanecer muy lejos del navío hasta que sepamos qué es lo que ocurre.

—Ya deberíamos ahora haberlo visto y oído sus cohetes —dijo alguien.

—¡Silencio! —exclamó Jim Larsen.

Entonces oímos el ruido, un zumbido bajo, una vibración más que sonido, que parecía venir de encima y del norte. Miramos en esa dirección y vimos, precisamente antes de que los reflectores del campo se encendiesen y nos cegasen, algo que estaba bañado de un fantasmal resplandor azulado, algo que crecía rápidamente a cada segundo.

—¿Seres extrahumanos? —preguntó el capitán.

—No —la voz del viejo Jim parecía segura—. No, capitán, pero es una visión que creí que no volvería a contemplar jamás en mi vida, un sonido que pensé no volver a oír nunca.

—¿Pero qué es, hombre?

—Un bote de conservas. Debe ser el último. Un navío estelar con motor Ehrenhaft.

Entró rápido, casi sin control, en lo que fue, en efecto, un profundo picado. Pasó rozando la sobresaliente columna que constituía la proa del "Rimhound". El viento levantado por su paso hizo que la vieja nave se tambaleara en sus sostenes y casi nos hizo caer al suelo. Chocó contra el cemento en el centro del campo, su forma oscurecida por un diluvio de chispas rojas. Con un

chirrido de metal torturado siguió adelante, hasta que pareció que se estrellaría y destrozaría la torre de control. Milagrosamente la nave disminuyó y se detuvo, pero no antes de arrasar un trozo de césped ornamental y unos matorrales del jardín de la base de la administración.

La llegada de los coches de bomberos, con sus destellantes luces rojas y el bramido de sus sirenas, tuvo algo de anticlímax.

Al lanzarnos despacio hacia aquella especie de pecio, mirando curiosamente la profunda zanja abierta en el cemento. Por algún oscuro motivo, yo, por lo menos, estaba más interesado en el daño de la máquina que el que había causado. No miré hacia la extraña nave hasta que estuvimos casi sobre ella.

Era una bestia de raro aspecto, la forma de su casco cónica, con los restos retorcidos de un trípode de aterrizaje en torno a la punta aguda del cono. El otro extremo, la base, aunque, evidentemente, era la proa del navío, resultaba más una cúpula redondeada que una plana superficie, y estaba rota por grandes y circulares ventanales de observación. Había escasa luz en el interior de la sala de control y pudimos advertir movimiento. Y luego, brevemente, apareció un rostro pálido apretado contra la transparencia desde el interior.

Así que los desconocidos eran humanos.

—¡Atrás! —decía alguien con voz autoritaria. Vi que se trataba de Baines, el capitán del puerto—. Atrás, ustedes. Mi brigada de salvamentos se encargará de esto.

—Quizá yo pueda ayudar —sugirió Jim Larsen.

—Si necesito alguna ayuda, se la pediré —le respondió Baines.

—¿Sabe usted qué clase de navío es este? —insistió el viejo Jim.

—Evidentemente, algo nuevo y experimental —contestó Baines con impaciencia—. Por favor, no perdamos más tiempo.

—No es nuevo, capitán Baines. La nave es vieja. Es un bote de conserva y yo he viajado y trabajado en esos chismes. Ahora está de lado y la escotilla se encuentra atascada. Tendrá que hacerla rodar para dejarla libre.

—¿Está usted seguro? —preguntó Baines.

—Seguro.

A pesar de su impaciencia, Baines se mostró ansioso de escuchar la razón, dispuesto para tomar decisiones. Durante sólo un segundo poco más o menos miró con fijeza al viejo Jim. luego llamó a su lado al jefe de la brigada de salvamentos.

—El señor Larsen conoce esta clase de navíos. Obedezca sus órdenes. Harris.

Harris lo hizo, instalando una serie de cabrestantes, y luego, después de que las máquinas hubiesen hecho su trabajo, preparó otra serie de aparatos, según instrucciones de Jim. Aunque la nave era pequeña, poco más que un yate, resultaba sorprendentemente pesada. Sabíamos que tenía que ser robusta para haber soportado aquel fuerte aterrizaje y quedar en tan aparente buen estado.

Observé su excesivo peso a Jim mientras las cadenas de los cabrestantes la volvían lentamente con respecto a su eje longitudinal.

—Es el hierro dulce —me dijo—. Esas naves utilizaban hierro dulce para casi todo. Tenían que hacerlo —se interrumpió para gritar instrucciones a los que manejaban las grúas—. ¡Quietos ahí! ¡Despacio! ¡Hay gente dentro de este chisme y alguno puede estar herido!

Gradualmente, el círculo finísimo como un cabello que formaba el contorno de la escotilla apareció a la vista, surgiendo la tierra amontonada del estropeado jardín. Larsen se adelantó, llamando briosamente en el casco con ayuda de una llave inglesa. Sonidos de respuesta se produjeron en el interior.

Despacio, sobre los goznes que chirriaban, la puerta se abrió.

El hombre que salió de la escotilla sangraba por una brecha en su pálida frente, pero, por otra parte, parecía sin más heridas. Llevaba uniforme, un ornamento complicado de azul y oro con amplias bandas relucientes en las mangas, con hombreras espesas y adornadísimas. Nos miró tan curiosamente como le mirábamos nosotros a él; parecía encontrar nuestras simples camisas y pantalones cortos faltos de dignidad. Su atención osciló sobre nuestro Viejo capitán Williams, y el capitán Baines, cada uno de los cuales llevaba en las hombreras las cuatro barras doradas de la autoridad astronáutica. Preguntó por fin, con acento no identificable:

—¿Quién está al mando aquí?

—Soy el capitán del puerto —contestó Baines.

—Yo, señor, soy el almirante O'Hara, de la Marina Espacial de Londonderry. Parte de mi personal se hirió en el aterrizaje. Solicito que nos proporcionen servicios médicos y hospitalarios.

—Mi brigada de salvamentos y los hombrea de la ambulancia se encuentran aquí, almirante. ¿Pueden entrar en su navío?

—Pueden —O'Hara se volvió hacia un oficial uniformado que estaba plantado junto a la escotilla—. Comandante Moore, ¿quiere usted cuidarse de las bajas? Estos hombres desean entrar sus camilleros dentro del navío —giró para enfrentarse a Baines de nuevo, un ceño petulante en su pesado rostro—. Capitán del puerto, deseo presentar una grave queja.

—¿Sí, almirante?

—Me metí en su rayo, señor, para descubrir que su espacio puerto está situado más cerca de su color magnético que de su polo magnético. Seguramente, señor, es evidente que cualquier navío obligado a aterrizar en una localidad en donde la fuerza horizontal supera en exceso a la fuerza vertical se encontrará, por lo menos, con graves dificultades.

—Muy cierto —asintió Larsen.

El almirante y los dos capitanes lo miraron fulminantes; luego Baines, rompiendo el breve silencio, se dirigió a O'Hara:

—¿Son todos sus navíos como éste?

—Pues claro, capitán del puerto. ¿Cómo, si no, se podría diseñar y construir una nave interestelar?

—Se me ha dicho —continuó precavido Baines— que su navío es un bote de conservas.

—Eso mismo, creo que es el nombre que se le da en el argot marino a las naves estelares.

—Es más, éste es el primer bote de conservas que he visto, aunque he leído bastante acerca de ellos en las historias de austronáutica —ahora se aclaraba—. Aún más, jamás oí hablar hasta ahora de la república o reino, o lo que sea, de Londonderry, aunque espero, con la mayor sinceridad, que sea capaz de pagar la factura de los daños hechos a mi espacio puerto. Es más...


Se había interrumpido por el oficial de O'Hara, quien, acercándose al almirante, salió con marcialidad e informó:

—Todas las bajas salieron del navío, señor.

—Gracias, comandante —O'Hara volvióse de nuevo a Saines, pareciendo haber perdido un poco de su agresividad—. ¿Qué decía, capitán del puerto?

—Sugiero, señor —contestó Baines con frialdad—, que ulteriores discusiones tengan lugar en privado. ¿Quieren acompañarme a mi despacho? Y usted, capitán Williams, si tiene la bondad. Y usted, primer oficial —se detuvo—. Sí, y el señor Larsen. Quizá sea bueno tener a alguien que conozca el funcionamiento de ese motor Ehrenhaft.

Era tarde cuando el Viejo, Kemp y Larsen regresaron al "Rimhound".

El capitán Williams se dirigió derecho a sus habitaciones. Kamp y Larsen me encontraron en mi camarote, en donde, con Dudley Hill, estaba discutiendo de los acontecimientos de la tarde.

—Me gustaría poder echar un vistazo a ese chisme —decía Dudley—. Es sanguinariamente absurdo el modo que tienen de mantener un grupo de centinelas armados junto a la escotilla.

—El valiente tercer oficial podría alcanzar sin embargo su deseo —dijo Alan.

Alzamos la vista, vimos a los dos hombres plantados en el umbral.

—Habéis vuelto —dije, no muy brillantemente.

—Un vistazo cegador del obvio, George. Si les preguntas si les sirves un trago... no me gusta nada el "whisky" del capitán del puerto... te lo contaremos todo.

—Está bien. Entrad. Sentaos. Aquí está la botella. Aquí los vasos. Hablad ahora.

Kemp se relajó tanto como era posible relajarse en aquella inapropiada silla plegable, pero pude ver que bajo sus presuntos modales tranquilos estaba tenso, excitado.

—Fue toda una sesión la del despacho de Baines. Una vez que empapamos de licor al llamado almirante, todo lo que tuvimos que hacer fue sentarnos y escuchar. Resultó fascinante. Sacado de las páginas de una novela histórica... dijo.

"Como ya os habéis imaginado, Londonderry es una de las Colonias Perdidas. Ya conocéis la historia de ellas, claro. Muy atrás de los buenos tiempos de la Primera Expansión un bote de conservas se mete dentro de una tormenta magnética y es arrancada hasta el infierno, y dos botes en trayectoria, con una pila muerta, guste o no, y sin energía para el volante y el motor y los generadores Ehrenhaft. Nadie tiene ni idea de dónde se encuentran, pero ponen en marcha los Diesels de emergencia, hacen que funcione el motor Ehrenhaft en cierto modo y siguen adelante hasta que se tropiezan con un planeta habitable, si tienen suerte. Si no la tienen...

—Desearía —intervine—, tener un dólar por cada novela de Colonias Perdidas que he leído, y por cada película de Colonias Perdidas que he visto.

Alan me miró fulminante y gruñó:

—Oh, está bien. De todos modos, ahí tenemos a ese "Lode Derry", un gran navío de emigrantes, mandado por un tal capitán O'Hara. Salió de la Tierra para Atlantia y la tempestad magnética le arrancó de las líneas de tráfico cuando estaba en las proximidades de Procyon. Una vez su tripulación tuvo las cosas más o menos bajo su control, la nave ya se había perdido.

"Así que pusieron en marcha los Diesels, calcularon cuánto durarían los suministros (los motores de combustible interno, claro, queman hidrocarbonos, que, de otro modo, podrían ser

utilizados como alimentos) y fueron a la caza de un planeta. Ya conocéis el sector entre el Macizo Bellamy y el Imperio de Weaverley que se supone es de antimateria. Bueno, no lo es, por lo menos no del todo. Los tripulantes del "Lode Derry" tuvieron bastante suerte al encontrar a una pequeña familia de media docena de soles, cada uno con sus planetas satélites, de materia normal.

"Aterrizaron en uno de los planetas. Sudaron y se esclavizaron y se reprodujeron entusiásticamente y con sólo un par o tres de generaciones adquirieron una civilización tecnológica bastante elevada. Hubo un poco de suerte; aparte de otras cosas, el navío llevaba, en sus bodegas de carga, un incubador Thorfialdsen completo, así que les fue posible aumentar la población a partir de una cifra mínima. También, como navío emigrante, llevaba un gran número de tripulantes expertos y técnicos.

"Trabajaron con ahínco y se multiplicaron y se extendieron. Construyeron navíos... y el motor Ehrenhaft, claro, era la única máquina interestelar que conocían..., navíos que fueron modelados, aunque más pequeños, siguiendo las líneas del "Lode Derry". Colonizaron a los otros planetas, los mundos que giraban alrededor de otros soles de su pequeño Macizo.

"Aprendieron con amarga y costosa experiencia, que se encontraban atascados en una islita pequeña en el centro de un vasto mar de antimateria. Ignoraban cuál era la extensión de este mar. Incluso, pensaron, podían haber salido de la galaxia y penetrado en otra distinta. Así que se instalaron, haciéndolo lo mejor posible. Y luego una tempestad magnética arrojó a O'Hara y a su "Lode Derry" fuera del lugar.

—Este asunto del almirante... —empezó a decir el tercer oficial.

—Oh, eso. En apariencia es un rango hereditario. El primer O'Hara —capitán O'Hara— se extendió cuando se hizo a la vez jefe y director de la Colonia. Sus descendientes conservaron el título y el honor y la gloria, sin que les acompañara mucho poder. La idea general era darles un navío pequeño y dejarles que fueran felices solos en algún rincón tranquilo. O'Hara no es muy buen navegante del espacio y su tripulación está compuesta de niños bonitos como él mismo. A O'Hara no le importa si nunca vuelve a ver Londonderry y ya se ha nombrado a sí mismo embajador en Large para el resto de la galaxia. O'Hara será feliz si viaja más por el espacio, pero en calidad de pasajero.

—¿De dónde sacará el dinero para pagar sus sueldos? —pregunté, el sobrecargo que había en mí salía a la superficie.

—Una vez llegue al Centro —dijo Alan—, estará bien instalado. Ha pasado mucho tiempo desde que se encontrase alguna Colonia Perdida, así que recibirá el tratamiento de hijo pródigo.

—Primero tiene que llegar al Centro —dije—. Y es un negocio costoso. Y tiene que vivir mientras se encuentre en Elsinore. Y los elsinorianos no son famosos por su hospitalidad o generosidad.

—Puede vender su nave —dijo Alan.

—¿A quién? Podría obtener algún valor como pieza de museo, pero Elsinore no posee ningún museo astronáutico.

—A mí —dijo Alan tranquilo.

—¿A ti? Pero tú no sabes nada acerca de ese aparato.

—Te recordaré que poseo el título de Maestro Aeronáutico Diplomado.

—Pero eso comprende el motor Mannschenn y los cohetes, no ningún sistema loco y anticuado de magnetismo inducido y de ruedas voladoras.

—Ya tengo a un Ingeniero Jefe para ocuparse de ese aspecto —afirmó, señalando con la cabeza al viejo Jim, que sonrió complacido—. En cuanto a la navegación, si un hombre del espacio como O'Hara es capaz de navegar, también yo.

—Pero O'Hara no navegaba. Por eso terminó aquí.

—Las tempestades magnéticas son casi desconocidas en el Rim.

—Casi. Y, en cualquier caso, el Viejo nunca te dará permiso.

—Lo hará, George, mientras yo pueda suministrarle sustitutos. Eso no será difícil. En cada planeta hay ex hombres del espacio lo suficientemente locos como para sentir ansia de efectuar un viaje más.

—¿Sustitutos? ¿En plural?

—Eso digo. Habrá que sustituir a un ingeniero que ocupe el puesto del viejo Jim, claro, y un nuevo Oficial Segundo... Petersen ascenderá para ocupar mi lugar. Y un nuevo Tercer Oficial.

—Pero yo seré el segundo oficial —destacó Dudley con voz dolorida—. Si no me ascienden habrá jaleo.

—Yo esperaba —le contestó Alan— que viniese conmigo como Primer Oficial. Sin salario, claro, sino con participación en los beneficios...

—Prefiero pensar —dijo el tercero, una lenta sonrisa extendiéndose sobre sus rasgos infantiles — que me has convencido. Ya sabes, estaba aburriéndome un poco con los Rim Runners.

—Y también me gustaría un sobrecargo —siguió Alan—. Pero sería preferible alguien que conozca a todos los agentes y navieros a lo largo del Rim y del Circuito Oriental.

—Está bien —dije resignado—. Uno de los empleados del despacho del agente local quiere embarcarse como sobrecargo. Pero antes de que blindemos demasiado y contemos muchos polluelos como ya vendidos, ¿querrá vender O'Hara?

—Venderá, qué duda cabe. Lo único que me preocupa es que quiere demasiado por su antigualla. Tendrá que quedar algo para las reparaciones y las modificaciones.

—Y —añadí— para untar a la gente.

IV

HUBO que untar las manos de muchas personas.

Como sobrecargo de larga experiencia, creí conocer todo lo que debía saberse sobre este arte tan antiguo y tan poco honorable. Como propietario de navío, al igual que los demás, recibía mi paga en participación en la empresa, descubrí pronto que no sabía de la misa la mitad. Fueron unos certificados de despegue y de capacidad para el vuelo espacial lo que resultó más caro, especialmente puesto que, siguiendo los reglamentos aeronáuticos de Elsinore, no había reconocimiento legal del motor Ehrenhaft.

Lloyd's, de paso, nunca accedió en cubrir nuestros riesgos mediante el seguro. Conocían todo lo relacionado acerca del motor Ehrenhaft, puesto que lo tenían en su lista negra desde hacía muchos años. Además, sólo los navíos estelares con motor Mannschenn pueden disponer de comunicación Carlotti y de equipos de localización de la posición; aparatos de radio ultraespaciales resultan inútiles a menos que el navío que los lleve pueda ser mantenido en fase. Así que, no sin razón, los aseguradores consideran que nosotros, fuera de contacto con la galaxia mientras estuviésemos en ruta e incapaces de conseguirnos la más mínima de las salidas navegacionales, seríamos un riesgo demasiado grande.

Pero antes de que nos preocupasen todas estas series de enojosos detalles, hubieron de formalizarse las gestiones de venta. Tuvimos motivos para bendecir las disposiciones sobre moneda en Elsinore; de haber sido posible para O'Hara que se llevase el dinero cuando dejase el planeta, habría, eso es seguro, fijado un precio más alto. Así, tal y como estaban las cosas, se le permitió comprar un pequeño hotel en los alrededores de Port Fortinbras con lo que le quedaba, después de pagarse los pasajes para él y su séquito hasta la Tierra.

Su ayudante, el comandante Moore, que lo había pasado muy mal en el espacio, incluso como pasajero, se instaló allí como gerente, con el propósito de hacer del lugar un hogar para el almirante en el caso improbable de que regresara a este sector de la galaxia.

Francamente, casi envidio al comandante, y le dije a Alan que si tenía algún sentido común habría hecho lo mismo, trayendo a Verónica a Elsinore para que le ayudase a dirigir cualquier establecimiento comercial que montase. Le dije que de buena gana habría trabajado con él como barman. Pero se negó a escuchar razones. Su sueño se estaba convirtiendo en realidad y ese sueño pertenecía al espacio negro entre las estrellas, no al calor y a la luz y a la comodidad de cualquier superficie planetaria.

Mientras, Alan y el viejo Jim Larsen tuvieron su parte en preocupaciones técnicas. Para empezar, resultaba prácticamente imposible que un navío poseyendo motor Ehrenhaft despegase de Port Fortinbras. Nunca comprenderé realmente los porqués de las cosas, pero así me lo explicaron:

Los generadores Ehrenhaft no producen electricidad; generan corriente magnética, un flujo de partículas libres magnéticas. La nave se convierte, en efecto, en una partícula magnética enorme,

cuya potencia y claridad de campo quedan decididas por su capitán. Como los polos se repelen mutuamente, la nave se eleva siguiendo las líneas de una fuerza magnética, manteniendo la repulsión a la atracción en un perfecto ajuste, para evitar una ascensión demasiado rápida con el subsiguiente recalentamiento del casco por la fricción atmosférica.

Una vez lleguen a la atmósfera, una vez en la línea de navegación adecuada para su destino, su velocidad alcanza límites fantásticos. En distancias raramente cortas, como las del interior de un sistema planetario, casi no tarda tiempo en cubrirlas. Pero un motor Mannschen permite que el navío sea controlado durante todo su viaje; mientras que el motor Ehrenhaft no. Era esa falta de control lo que hacía que los botes de conserva resultasen tan caros, tanto en vidas como en material.

Pero me estoy desviando de la cuestión, que es: Port Fortinbras está situado mucho más cerca del ecuador magnético que de cualquiera de los polos. La línea es de fuerza, por tanto, son más horizontales que verticales. Un despegue, utilizando el motor Ehrenhaft, habría dañado al navío tan gravemente como su aterrizaje.

El primer plan, brevemente considerado, fue desmontar la nave y trasladarla, pieza por pieza, a un emplazamiento cercano a uno de los polos magnéticos y luego reconstruirla allí. Habían dos pegas para este plan. Primero eran los gastos y segundo que todos los espacio puertos de los Mundos del Rim eran muy poco convenientes según las debilidades de los botes de conserva como Port Fortinbras. Y, para que la nave rindiese y se amortizase, tenía que ser capaz de utilizar las facilidades existentes en los puertos.

El segundo plan también resultaba caro, pero más practicable. Entrañaba la conversión del "Lucky Lady" a una especie de navío híbrido. Conservaría, naturalmente su motor interestelar, el de los botes de conserva, pero se le adaptaría un motor cohete auxiliar, modificando su pila para que fuese capaz de producir cálido fluido propulsor convirtiéndolo instantáneamente en gas incandescente. La tubería era para que ascendiese con motor a reacción y, al mismo tiempo derivase hacia el norte o al sur en regiones de declinación magnética más favorable. Una vez se hubiese llegado hasta allí, se cambiaría al motor Ehrenhaft. El mismo procedimiento, pero a la inversa, se utilizaría durante la operación de aterrizaje.

A mí me pareció muy complicado. Kemp, Larsen y Hill mencionaron todos de que no lo era. Para mí todo parecía carísimo y nadie estaba para para discutírmelo. Cuando aquel "Lucky Lady" estuviera preparado para salir al espacio se habría comido todos los cien mil dólares de Alan, junto con la suma de salarios que habíamos cobrado los cuatro por nuestros servicios en el "Rimhound".

Los sueños son bastante baratos. Es cuando se intenta convertirlos en realidad es cuando resultan carísimos...

La huelga terminó por fin, como terminan todas las huelgas y el "Rimhound" completó la descarga, comenzó y terminó la carga y salió hacia los mundos del Rim, llevándose consigo a nuestros viejos compañeros y a los suplentes que contratamos para cubrir las vacantes. O'Hara y sus hombres se embarcaron en el "Waltzing Matilda", uno de los navíos de cabotaje poseído y

operado por la Sundowner Line, rumbo a Zelandia, en la primera etapa de su largo viaje hacia el Centro. No lo lamentaban todos cuando se fueron. La gente del "Rimhound" les había ayudado mucho, trabajando en nuestra compañía en la tarea de conversión, mientras que la tripulación de O'Hara se había quedado mirando como si estuviera en presencia de una pesadilla, deplorando todas las cosas horribles que estábamos haciendo a su hermoso navío.

Y entonces, no mucho después de la partida del "Rimhound", quedamos listos.

El "Lucky Lady" fue provisto de combustible y de carga, aprovechándose hasta el máximo sus cualidades espaciales. Teníamos certificados, expedidos por todas las aptitudes competentes, excepto el Lloyd's, para probarlo. Los recién instalados motores cohete —aunque ni los motores ni las bombas eran nuevas— habían pasado las pruebas estáticas, habían hecho que el navío superase el reglamento de ascender a trescientos setenta kilómetros sobre la superficie, bajándola luego suavemente hasta su sitio marcado. (Una gran cantidad de gastos resultó de la construcción de un muro temporal de despegue para proteger a los edificios de la administración del chorro de nuestros cohetes cuando salimos hacia el espacio y abandonamos momentáneamente durante las pruebas la trinchera que se excavó durante su incontrolado e incontrolable aterrizaje.)

Algas y recipientes con cultivos histológicos, gracias a la generosidad del oficial de suministros del "Rimhound" fueron instalados estupendamente. Los generadores Ehrenhaft, así nos lo aseguró el viejo Jim Larsen, funcionaron con suavidad. Los dos navegantes, después de una serie de estudios contra reloj, calcularon que eran capaces de apechugar con su arte tal como se practicaba en los botes de conserva.

Se pagaron todas las facturas. Todos los papeles estuvieron en orden. Se estableció contacto con los intermedios comerciales en los mundos del Circuito de Oriente. Y, aún mejor, se nos permitió elegir cargamento, muy poco, pero lo bastante para que el viaje resultara beneficioso, llevándolo de Elsinore a Faraway.

Esto nos convenía a todos y convenía más que a nadie a Alan Kemp. Llevaba demasiado tiempo lejos de Verónica, un período de separación enojoso por el hecho de que ella no parecía estar de humor comunicativo. Los frecuentes espaciogramas de él o bien no recibían respuesta o un lacónico reconocimiento de su recepción. Pero ahora, siendo lo que era el motor Ehrenhaft, había una gran posibilidad de que llegase a casa algunos días antes que el "Rimhound". Además, volvería como patrón y propietario, podría instalarla a bordo en las mejores habitaciones del dueño, comodidad que con dificultad se encontraría en tierra.

Celebramos una fiesta pequeña en aquellas mismas habitaciones antes de despegar. No fue una verdadera fiesta puesto que éramos sólo cuatro, o cinco, si se cuenta con la solidofoto casi viva de Verónica que estaba plantada en una de las mesas, y poseíamos únicamente un vaso de vino cada uno.

—Por el "Lucky Lady" —dijo Alan, levantando su copa.

—Por tu dama afortunada —dije yo, inclinándome hacia la pequeña figurita dentro de su cubo de plástico transparente.

—Y ahora —observó Alan con tono comunicativo—, ha llegado el momento de que vuelva con mi mujer.

Se me permitió viajar en la sala de control cuando despegamos de la superficie de Elsinore. El navío, super tripulado como lo estuvo antes del cambio de propietario, no carecía de sillones de aceleración en aquel compartimento. Alan, claro, fue el piloto. Dudley el copiloto. Yo estuve al frente de las comunicaciones.

—"Lucky Lady" a Control del Espacio Puerto —dije, tratando de que mi voz sonase reposada e indiferente—. "Lucky Lady" a Control del Espacio Puerto. Permiso para despegar. Corto.

—Control del Espacio Puerto a "Lucky Lady". Salgan cuando quieran. Buena suerte. Cambio.

Miré a Alan. Asintió con la cabeza.

—Gracias, Control del Espacio Puerto —dije—. Salimos. Cambio y corto.

Salimos.

Subimos como un borracho que temiese la acogida de su esposa. Traté de animarme recordando que el navío había pasado todas las pruebas espaciales, luego pensé que uno de los pesimistas más notorios de los Rim Runners me dijo cierta vez: "Una prueba de cualquier clase de mecanismo demuestra sólo que la máquina funciona en el momento de la prueba. Además, tal prueba puede ser la penúltima gota, la gota antes de la que colme el vaso de agua y derrame el líquido."

Miré a Alan y a Dudley otra vez, miré al panel de instrumentos ante ellos. Ninguno parecía indebidamente preocupado. Había luces blancas y verdes y ámbar en el panel, pero ninguna roja. Aparté la vista y la dirigí hacia el amplio ventanal. Me sorprendió encontrar que Elsinore ya había desaparecido de la visión, que habíamos atravesado la capa de cirroestratos que cubrían el firmamento aquella mañana, que ya nos encontrábamos muy por encima de un desolado panorama aparentemente sólido y nevado.

La nave funcionaba menos pesadamente. Después de todo, pensé, no estaba construida, como los navíos a los que nos habíamos acostumbrado, para funcionar bajo impulsión cohete en una atmósfera planetaria; no hubo necesidad de diseñar su casco de acuerdo con los principios de la aerodinámica. Ahora que estaba casi libre de la envoltura gaseosa se movería mejor, pero una vez saliera de la atmósfera ya no se necesitaría el motor a reacción.

Dudley Hill había girado en su asiento hacia lo que era un globo enorme y transparente; un globo en el que, al tocar un botón, apareció la negrura y las manchitas pequeñas de luz que eran las estrellas. Pulsó otro botón y curvos filamentos de luminosidad saltaron convirtiéndose en enlaces entre puntos destellantes.

—Capitán —dijo—, tenemos suerte. Hemos dado con las líneas de viaje al sol Faraway sin necesidad de buscarlas.

—¿Seguro, Dudley?

—Míralo tú mismo.

El apagado tronar de los cohetes cesó. Oí sonar una campana, vi que Larsen, desde su sala de máquinas, había respuesto por telégrafo a la orden de Kemp: "preparados para motor Ehrenhaft". La maqueta del navío en el panel de control se veía con una luz violeta. Se oía el rechinar y notábase las vibraciones de la gran rueda volante al ponerse en marcha, luego el zumbido profundo de los generadres Ehrenhaft.

Alan manipulaba los mandos micrométricos del tablero que tenía ante sí. La luz violeta que

inundaba el modelo transparente se convirtió de pronto en roja. No hizo sacudida, ni sensación de distorsión dimensional. Pero cuando volvió a mirar por el ventanal, Elsinore y el sol Hamlet habían desaparecido; a popa había una profunda oscuridad y delante el firmamento era un infierno de luz. Resultaba como si nos encaminásemos hacia el corazón de algún macizo y posiblemente denso en lugar de salir hacia el solitario Rim.

Alan se relajó en su silla, sacó, llenó y encendió su pipa.

—Hasta ahora, vamos bien —dijo.

Dudley Hill no se relajó.

—¿Dijiste que las tormentas magnéticas eran raras aquí fuera? —preguntó.

Miramos a la esfera transparente, vimos con horror que las ante ordinarias líneas de fuerza eran ahora un amasijo de luminosos fideos. Fue entonces cuando los timbres de alarma comenzaron a sonar, su clamor apremiante apagando el moribundo rechinar de los generadores y del giróscopo.

Por suerte para nosotros Larsen poseía experiencia del motor Ehrenhaft y aún fuimos más afortunados de que hubiese servido en uno de los pocos botes de conservas que fueron desviados de curso por una tormenta magnética mientras efectuaba el viaje de regreso a un puerto. Conocía a la perfección la teoría de salir de tales atascos y, aún mejor, la puso inmediatamente en práctica.

Subió a la sala de control, a oscuras excepto las luces débiles de emergencia y la también débil radiación de las escasas estrellas exteriores, y dijo sin preámbulo:

—Necesito ayuda.

—¿No la necesitamos todos? —preguntó Dudley Hill.

Jim le ignoró, diciendo a Alan:

—Tenemos que poner en marcha los generadores de emergencia, los Diesels. No queda bastante jugo en las baterías para hacerlos funcionar. Tendrá que hacerse manualmente.

—No hay una prisa loca, ¿verdad? —pregunto Alan—. ¿Qué te parece si das primero tu informe?

—Está bien, Alan. Aquí lo tienes. Ingeniero Jefe a Patrón... —hizo una pausa—. Claro, sí no te importa aguardar, te lo daré por escrito. Por quintuplicado.

—No te pongas chistoso, Jim.

—¿No? De todas maneras, ¿quién lo comenzó todo? —preguntó el ingeniero, mirando fulminante a Dudley.

—Está bien. La Pira es un montón de plomo inútil. Las baterías de emergencia están casi condenadamente secas. Tu navío es poco más que un barco a la deriva. Sin embargo...

—Sigue.

—Todo cuanto podemos hacer es poner en marcha los Diesels. Impulsarán al generador de emergencia. Volverán a uno de los generadores Ehrenhaft, con unos cuantos electrones sueltos para calefacción e iluminación.

—¿Y equipo de navegación?

—Sí, si prescindes de comodidades.

—¿Entonces dónde iremos desde aquí?

—Eso es cosa tuya. Alan. Tú eres el navegante. En cuanto se recupere en energía de tu lindo mapa, elige un juego de líneas, el que más te guste, y síguelo.

—¿Pero, a dónde?

—Eso es cosa tuya, Alan. Ahora, esos Diesels, ¿quién me echa una mano?

—Iré yo —dije.

Resultaba evidente que yo era del todo inútil en la sala de control.

Seguí a Larsen a lo largo de la rampa espiral hacia la sala de máquinas, naturalmente que los botes de conservas no poseen ascensor axial. Miré dudosamente a la forma siniestra y mate del gran generador que parecía agitarse y alzarse ominosamente a la luz parpadeante de la lámpara de petróleo. Siguiendo las instrucciones de Larsen, tomé la manivela con ambas manos y traté de hacerla girar. Pero comenzar una combustión interna poco ganosa de entrar en funcionamiento manualmente, en condiciones de caída libre, no es nada fácil. Por último logré entrelazar mis dos piernas en torno a un saliente consiguiéndome así un punto de apoyo. El motor tosió y rechinó sin entusiasmo, volvió a toser como si casi pensase ponerse en marcha y luego, con asombrosa rapidez, empezó a batir adquiriendo vida.

Se encendieron las luces. Larsen se dirigió al interruptor principal, alzando palancas y conmutadores.

—No nos podemos permitir lujos —gruñó. Luego, al otro lado de la sala de máquinas, uno de los tenues y débiles en apariencia generadores Ehrenhaft, comenzó a murmurar para sí, su complejidad de partes relucientes entrando en movimiento. El susurro se convirtió en silbido, luego aumentó de todo y se hizo un agudo rechinar.

—Eso es todo —murmuró Jim—. Combustible hay suficiente para unas cuantas horas, pero será mejor que alguien se ponga a la tarea de convertir los hidrocarburos que sobran en más combustible. De todas maneras, volvamos al Control y veamos cómo se las arreglan.

Volvimos a Control.

Encontramos que el equipo de navegación funcionaba de nuevo, que la gran esfera del mapa mostraba esta vez una linda imagen de chispas coloreadas de luz entrelezadas por relucientes filamentos.

Era una linda imagen pero, como la que podíamos ver desde los ventanales, sin significado alguno.

Marchamos hacia el más próximo de los soles que relucían en nuestro mapa. Seguimos veloces los caminos que conducían nube A a B si no de X a Y. Y la estrella, blanca y jorobada, no poseía familia de planetas. Ni tampoco la siguiente sol, ni el otro, y el cuarto estaba circundado por un compañero oscuro que debía ser una estrella muerta.

Avanzamos, mientras las raciones se redujeron y la atmósfera del navío se hizo más enrarecida, por que hidrocarburos y oxígenos eran devorados por los voraces Diesels. Seguimos, apenas conscientes del final, evitando caer en el sueño profundo y permanente gracias a los cegadores dolores de cabeza que nos afligían.

Seguimos, despertando por último de nuestra situación para mirar a través del gran telescopio al planeta que salía de la oscuridad delante nuestro. Era un mundo bonito. Demasiado bonito, nos temimos, para que fuera realidad. Era un mundo con una atmósfera nubosa, con brechas entre las nubes por las que podíamos distinguir mar y continente, montañas y praderas, agua azul y bosque verde. Era un mundo que evidentemente contenía vida. ¿Pero podía mantener nuestra clase de vida? Hay planetas habitados con atmósferas de cloro, otros con vegetación, flores y plantas y seres que respiran flúor.

El viejo Jim conectó un cilindro de reserva de oxígeno y empezamos a sentirnos mejor, casi optimistas. Dudley Hill efectuó un tosco análisis espectroscópico, asegurándonos que el mundo al que nos acercábamos poseía una atmósfera tipo Tierra. Había sólo un detalle del que no podíamos estar seguro, sin embargo, pero el "Lucky Lady" estaba equipado para enfrentarse a esa clase de detalles.

Desde un tubo de proa lanzamos un cohete de señales, siguiéndolo visualmente su estela de humo naranja en los campos del telescopio y nuestros binoculares. Vimos cómo fulguraba mientras caía y llegaba a la incandescente destrucción en la atmósfera del planeta. Pero no fue el relámpago espectacularísimo de un meteorito normal, ni la cegadora graduación que se produce con la destrucción completa de la materia. Así que no nos encontramos en un sistema antimateria y por lo tanto el aterrizaje podría ser feliz.

Sin ambages, procedimos con precaución. Alan nos colocó en órbita en torno al mundo y enfocamos nuestros instrumentos en cada desgarrón de las nubes, tratando de elegir o captar indicación alguna de vida inteligente, de civilización. Pero no pudimos estar seguros. Había una zona desierta con oscuras formas que parecían demasiado geométricas para ser naturales; había una columna de humo que podía proceder de la chimenea de una fábrica... y que igual podía ser de la boca de un volcán. En los lados nocturnos luces que podían haber sido también a causa de actividad volcánica, pero posiblemente, fueran artificiales.

Utilizamos, como es natural, la radio.

Escuchamos, cazando por todas las frecuencias posibles. Transmitimos. Volvimos a escuchar. Efectuamos turno para el otro micrófono.

—"Lucky Lady" llamando a planeta desconocido. "Lucky Lady" llamando a planeta desconocido. ¿Nos oyen? ¿Nos leen?

Volvimos a escuchar y no había sonido alguno excepto el persistente de la estática atmosférica interestelar.

—Podría haber gente... —dijo Alan, aún esperanzado—. Podría haberla. Quizá seres extrahumanos. O una colonia perdida. Puede que no tengan radios...

—Se verían las muestras de alguna especie de civilización industrial —dijo el viejo Jim, pero sin convicción.

—Eso nada significa —respondió Dudley—. Hubo una civilización industrial en la Tierra mucho antes de que Marconi lanzara sus débiles señales a través del océano.

—Tal civilización —destaqué, sólo para dar ánimos—, no se tropezaría con el poder atómico. Tal civilización no nos podría suministrar los elementos fisionables para renovar nuestra pila.

—Es igual —dijo Alan firmemente—, vamos a bajar. Hay algo más que la Pila que necesite

ser renovado. Podemos quizá cargar combustible para los Diesels, aun cuando tengamos que destilarlo de la vegetación local. Y nuestro aire y agua tiene un gusto como si los hubiesen filtrado con un calcetín sucio. Y debe haber algo en ese mundo que sea bueno de comer.

—Por fortuna los polos parecen tener un clima templado —dijo Dudley.

—¿Y eso qué importa? —pregunté—. Tenemos motor a reacción. Podemos utilizar nuestros cohetes para descender en cualquier parte.

Los otros nos miraron compasivos. Por último, Alan dijo:

—¿Te has olvidado, George, de que la Pila está muerta? Sin Pila nuestra masa reactiva no es más que lastre.

—Lástima —admití—. Todos los signos dudosos de vida inteligente que hemos visto hasta ahora se encontraban en torno al cinturón ecuatorial.

—Si hay seres inteligente —dijo Alan—, probablemente nos verán bajar.

Y descendimos, deslizándonos por las líneas de fuerza hacia el polo sur magnético del planeta, cayendo lentamente a través de la atmósfera, a través de las nubes que cubrían las regiones antárticas con una manta espesa casi sin solución de continuidad. Las regiones antárticas podían haber sido, geográficamente hablando, pero cuando caímos debajo de la masa de las nubes vimos que la masa de tierra debajo nuestro estaba alfombrada con kilómetro tras kilómetro de un verde casi sin accidentes. No habían carreteras, ni edificios, ni indicios de civilización. Y entonces, al girar mis anteojos, vi algo en el horizonte.

—¡Una torre! —grité, añadiendo en voz más baja—. Me parece...

Alan, por un momento, apartó los ojos de los mandos y miró en la dirección señalada por mi dedo índice. Sonrió, hizo los necesarios ajustes y por debajo de nosotros el único generador Ehrenhaft en funcionamiento rechinó protestando. Nuestra línea de descenso. Ya no era vertical. Caíamos ahora hacia el horizonte sobre el que yo había visto aquel dedo gesticulante e inmóvil, negro contra el firmamento pálido. Lo perdí, lo volví a encontrar. Pude verlo ahora a simple vista, pero ayudado por el aumento de los binoculares, distinguí más de su estructura. Era un trabajo de encaje culminado por una compleja antena y por escrutadotes o exploradores que debían haber estado girando para captar nuestra aproximación, pero que nos ignoraban.

También había edificios, bajas semiesferas de metal, y un camino regular de un verde más oscuro que parecía una indicación de alguna excavación, ahora ocupada por la hierba. Estaba la torre y los edificios pero incluso a esta distancia se recibía la impresión de muerte absoluta.

Probamos, como es natural, otra vez la radio. Intentamos lanzar dos fuegos a la torre con nuestra lámpara de señales diurna. Pero no esperábamos respuesta. De haber oído una creo que Alan hubiese enviado al "Lucky Lady" ascendiendo de nuevo hacia el cielo a toda prisa.

Por fin aterrizamos, plantándonos ligeramente sobre nuestro trípode de aterrizaje. La enigmática torre se cernía sobre nosotros, los edificios en forma de cúpula que habían parecido tan pequeños desde el aire eran por lo menos tan altos como el navío. Los miramos, nos fijamos en las puertas semicirculares de sus costados, en cierto modo seguros de que nadie, o nada, saldría por ellas. Miramos hasta que nos cansamos de especular, de hablar y de callar, y luego decidimos que una inspección más próxima era precisa y necesaria.

Los constructores del "Lucky Lady" habían copiado arteramente todo detalle de los primitivos

botes de conserva. Y esos navíos, enfrentados siempre con la posibilidad de un accidente tal como el que nos sucediera a nosotros, estaban preparados con aparatos comprensivos y a prueba de espejismos para probar toda atmósfera. Alan tomó una muestra del aire del planeta a través del conducto instalado en el casco. Estudió los diales del panel de instrumentos. Las pruebas automáticas confirmaron los resultados del primer análisis espectral de Dudley. Esto, para un tipo de vida terrestre, parecía ser el mundo ideal, mucho más que cualquiera de los planetas colonizados por el hombre.

—Está bien. Dos de nosotros abandonarán el navío para efectuar una investigación preliminar. Los otros dos quedarán a bordo —dijo.

—Pero aquí no hay nada hostil —dije.

Me contestó:

—Pienso lo mismo. Pero esas palabras tuyas son consideradas como las últimas que ha de pronunciar antes de morir todo Servicio de Exploración. No correremos riesgos.

—De todas maneras —dijo Jim—, estoy ansiando respirar aire puro.

—Lo siento —le dijo Alan—. Te quedarás a bordo. Eres el único ingeniero que poseemos.

—Pero de mí sí que se puede prescindir —dije.

—Tienes razón —asintió prestamente—. ¿Llevas encima una moneda, Dudley?

Dudley rebuscó en el bolsillo de sus pantalones cortos.

—Sí —admitió—. Mi seis peniques de la suerte de Waverly.

—Lo sabía —sonrió Alan—. Por eso te lo pregunté. Y ahora, tírala a cara y cruz. Si sale cara, saldrás con George. Si sale cruz, lo haré yo.

Dudley lanzó la moneda dando vueltas por el aire. La recogió antes de que cayera sobre cubierta, colocándola de un manotazo en el dorso de su mano. Dijo feliz:

—¡Cara!

—Está bien —contestó Alan, no muy satisfecho—. Ahora, vosotros dos, aun cuando el aire sea bueno, tendréis que utilizar los trajes espaciales. Pero podéis dejar abiertas las viseras faciales. Tendremos que mantenernos en contacto con vosotros y eso sólo puede hacerse mediante la radio del traje.

—¿Y armas? —preguntó Dudley sarcástico.

—Llevaos mi automática, pero no la utilicéis a menos que sea preciso.

—¿Sobre qué? —preguntó Dudley. Se volvió a mí—. Está bien, George. Pongámonos la armadura.

Fuimos a nuestros camarotes, nos colocamos nuestros trajes, probamos la radio. Descendimos hasta la escotilla, donde Alan nos esperaba. Ya había abierto ambas puertas y el aire fresco olía y sabía bien. Fue una lástima que tuviésemos que llevar aquellos trajes; la hierba sobre la que extendimos la rampa invitaba a que se la pisase con los pies descalzos. Estaba suavemente recortada, casi como hubiera trabajo en ella un cortador de césped, aterciopelada incluso a través de las espesas suelas de nuestras botas. Aún así, resultaba bueno respirar una atmósfera que no había sido regenerada y vuelto a regenerar incontables veces. O, para ser más exactos, una atmósfera que había sido generada y regenerada por una planta planetaria de aire acondicionado, que no hubiese sido maleada por los malolientes motores Diesel.

Nos alejamos de la rampa con Dudley a la cabeza. Vi cómo su mano caía hasta la culata de su enfundada pistola y luego se separaba de aquel lugar casi conscientemente. Uno no emplea armas de fuego contra las mariposas, o criaturas muy parecidas a ellas, pues éstos eran los primeros signos de vida animal que veíamos. Con sus grandes y alegres alas volaban sobre la hierba, subiendo y bajando hacia las diminutas florecitas blancas que brillaban como estrellitas en un firmamento verde. Y luego vimos a otras criaturas planas, pardas, toscamente rectangulares, que se deslizaban sobre el musgo con marcadas ondulaciones. Éstas, decidimos, debían ser bestias de pasto. No nos molestaron ni tampoco nosotros a ellas.

Nos quedamos plantados y miramos hacia la más próxima de las cúpulas, a la ruptura en lo liso del metal que indicaba una puerta, a las ventanas circulares espaciadas a intervalos regulares. Aquellas ventanas debían haber producido unas impresión de ojos vigilantes, pero no era así. Sabíamos que el lugar estaba vacío, no habitado siquiera por fantasmas. La pistola que Dudley llevaba de pronto pareció incluso ridícula.

Marchamos confiados por la hierba. Aquello podía haber sido una vez un sendero que condujera al blanco portal pero, de ser así, la hierba había crecido mucho desde tiempo inmemorial. Volvimos a detenernos, miramos a la curvatura de metal. Era roma, pulida, en algunos sitios corroída, manteniendo una especie de crecimiento como líquenes. Y en torno a las ventanas algo similar había hecho de sus vidrios o lo que fuese cosas opacas.

—Llamando al "Lucky Lady" —dijo Dudley por el micrófono del casco—. Esto no parece que esté habitado. No tiene aspecto de haberlo estado en muchos años... siglos.

—Tratad de descubrir algo —fue la respuesta de Alan—. Pero tened cuidado.

Dudley golpeó la puerta con su puño blindado. Fue como batir a un enorme tambor. Dio una patada a la puerta. La pateó a conciencia. Descargamos nuestro peso combinado contra ella. No cedió ni una fracción de milímetro.

—Probad a las otras cúpulas —ordenó Alan.

Probamos las otras cúpulas. Luego rondamos en torno a la base del trípode de la torre en forma de obra de encaje. Todo, evidentemente, era obra de seres inteligentes y, a juzgar por la técnica empleada, de seres humanos. Pero esos seres debieron haber abandonado este emplazamiento hacía mucho, muchísimo tiempo.

V

EL día era largo en aquellas latitudes, pero no lo suficiente como para que nos permitiese causar ningún daño a aquella puerta. Alan decidió que no había peligro inmediato para la nave y así, acompañado por el viejo Jim, salió a reunirse con nosotros. El viejo Jim trajo consigo herramientas y un cable conductor conectado al generador Diesel. El metal de la cúpula debía reírse ante los esfuerzos de aquella serie completa de herramientas y aparatos cortantes o quemantes, no dejándose ni arañar siquiera.

Cuando por fin el sol estuvo bajo en el horizonte, desistimos. Estábamos cansados y hambrientos. De regreso al navío me serví un plato de desagradable mezcla de algas frías de distintas clases, aunque los demás devoraron la misma comida sin demasiadas protestas. El vodka ayudó, claro, aunque Alan dio una débil reprimenda al ingeniero por haber destilado licor potable y consumido a la vez precioso combustible Diesel. Sin embargo, se bebió su parte.

Aquella noche no mantuvimos turnos de guardia, sino que nos encerramos en la nave, esperando que por la mañana podríamos efectuar una entrada en alguna de las cúpulas. No sé cómo durmieron los otros, pero yo me apagué como una luz, no sabiendo nada más hasta que el despertador automático me arrancó de un sueño apacible para lanzarme a la odiosa realidad.

Salí de mala gana de mi litera y entré tambaleándome en el cuarto de baño para darme una ducha fría. Algo refrescado decidí preparar el desayuno para mis compañeros y no despertarlos hasta que la comida estuviese lista. De camino a la cocina oí los ronquidos de Dudley... siempre dormía ruidosamente. La puerta del camarote de Alan estaba cerrada. La del viejo Jim completamente abierta.

Miré dentro al pasar. La litera estaba vacía. Así que el viejo Jim se levantó antes que yo. No dudé que lo encontraría en la cocina.

No estaba en la cocina, pero había una cafetera colocada junto a un plato vacío, indicativa de que estuvo antes allí. Me serví una taza que bebí agradecido. Notándome algo más templado, bajé por la escotilla.

Ambas puertas estaban abiertas y a través de ellas penetraba la brillante luz del sol de la mañana y una brisa que contenía una pizca de humedad. La luz me cegó, pero frotándome los ojos pude ver a Jim atareado con algo a poca distancia del navío. No me molesté en utilizar la rampa, sino que salté a la hierba, sintiendo cómo el rocío me refrescaba los pies desnudos. Caminé hasta donde mi amigo estaba trabajando.

Alzó la vista brevemente al verme acercar, sonrió, me hizo un gesto con la cabeza y después me ignoró. Le contemplé, tratando de averiguar que es lo que hacía. Había instalado un recio trípode y había montado una tubería. Hacía girar al tubo en su montura, miraba por su interior, parecía apuntar hacia la puerta de la cúpula más próxima. Todo me recordaba a un cañón de cualquier especie... pero no tenía cierre de culata. Incluso aun cuando lo hubiese tenido, ¿qué utilizaríamos como munición?

Jim se incorporó y volvió a sonreír.

—Una artillería de confección casera —dijo.

—Eso supongo —me aventuré a afirmar—. Quizás el combustible Diesel pueda ser utilizado como propulsor. Pero aún tienes que instalar una cámara de fuego con ese chisme, para no decir ya nada de fabricar un proyectil...

—Te acercas a la verdad —me contestó—. Te acercas, pero aún no has logrado llegar a ella.

—¿Entonces qué es lo que haces? —pregunté.

—A pesar de todos los estupendos motores interestelares —dijo—, cada ingeniero espacial es en el fondo un amante de los cohetes. Y, si tú has estudiado alguna vez el noble arte de la guerra, sabrás que los cohetes se utilizaron como armas mucho antes de emplearlos para el transportes y que actualmente siguen siendo utilizados como armas —palmoteo el brillante cañón con afecto—. Esto es el lanzacohetes Larsen, Mark I, creado para destrozar fortalezas.

—¿Y qué hay de los cohetes?

—Esta mañana no estás muy despejado, ¿verdad? Llevamos una buena cantidad de estupendos cohetes de señales y, como sabes, son potentísimos. Uno de ellos bastaría para este trabajito de romper una puerta. Si no es así... utilizaremos un segundo. Y un tercero...

—Podría resultar... —dije.

—Pues claro que resultará. Y ahora, joven George, sugiero que vuelvas a la cocina y prepares el desayuno. Al mismo tiempo puedes llamar a todos esos perezosos.

Hice lo que me dijo, irrumpiendo en mis empobrecidos almacenes y despensas, barriendo una buena cantidad de tostadas con mantequilla y preparando un montón de huevos revueltos. Alan, claro, tuvo después que observar el despilfarro con gesto sombrío y preguntar qué es lo que celebramos.

—Una forma de entrar en la cúpula —contestó Jim feliz antes de que yo pudiese responder.

—¿Pensaste algún medio? —preguntó Alan.

—Sí. Se me ocurrió en sueños.

—¿Entonces a qué esperamos? —dijo nuestro capitán, echando hacia atrás su silla.

—Al desayuno —murmuró Jim mientras tenía la boca ocupada por la comida—. Y no te diré nada más hasta que hayas terminado con lo que tienes en el plato.

De mala gana Alan acabó de comer, murmurando por lo bajo mientras los demás nos negábamos a que nos diesen prisa. Cuando Jim hubo masticado su último pedacito de tostada y estaba a punto de apurar la segunda taza de café, preguntó:

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—Cohetes —contestó Jim—. Cohetes de señales.

—Podría resultar —admito Alan, con creciente entusiasmo—. Podría resultar —luego se le nubló la expresión—. Pero eso significará tumbar el navío de costado para apuntar con un tubo de lanzamiento... —continuó—. Pero no tenemos grúas en el almacén. Podríamos instalar una en la torre. Me pregunto si será lo bastante fuerte.

—Ingenioso —apuntó Jim—. Mucho más ingenioso de lo que yo he sido.

—¿Que tú has sido?

—Sí —dijo el ingeniero, acabándose el café—. Sal fuera. Y si tienes mucha prisa, Alan, te

sugiero que digas a tus dos compañeros que traigan con ellos un cohete de señales.

Dudley y yo sacamos el cohete del almacén en la parte de popa del navío, cerca de la escotilla, y luego lo bajamos por la rampa hasta el tubo de lanzamiento. Alan estuvo trasteando mientras Jim le miraba, y haciendo de vez en cuando comentarios irónicos. Colocamos el pesado cilindro dentro del tubo a costa de unas cuantas despellejaduras en los nudillos y luego Dudley preguntó:

—¿Qué haremos ahora, Jim? ¿Encender la mecha y echar a correr como diablos?

—No eres muy observador, ¿verdad? —preguntó el ingeniero. Señaló la extensión de cable que salía del proyector al navío—. Caminaremos, no correremos, hasta la escotilla y dispararemos desde allí. También cerraremos la puerta externa todo lo más posible antes de apretar el botón. ¡Esos cohetes tienen un disparo maligno!

—¡Entonces, adelante con el asunto! —ordenó Alan.

Abrió la marcha hasta la nave, esperando impaciente a que todos estuviésemos dentro de la cámara de la escotilla. Giró la rueda conectando el control manual, cerrando la puerta hasta que el cable de disparo quedó prieto entre la hoja y el marco. Jim le entregó el voluminoso interruptor del extremo, en forma de perilla de plástico pulido con el botón de disparo emergiendo de la superficie.

Alan apretó el botón.

Oímos el rugido y notamos cómo el navío se tambaleaba y se estremecía al darle parte del chorro de llamas del cohete, vimos la momentáneamente intolerable brillantez que flameó por la rendija de la puerta. Y luego, al cabo de un brevísimo tiempo, se oyó un estruendo atronador, una reverberación metálica, un sonido que apagó nuestras toses y estornudos originados por los vapores del combustible químico, de la hierba ardiendo, que afectaba a nuestras narices y gargantas.

Alan oprimió el botón que abría la puerta, sin molestarse con el control manual. Miramos hacia fuera con ojos húmedos y llorosos, tratando de perforar el humo y el vapor todavía más opacos a causa de la brillante luz del sol.

Poco a poco el humo se disipó.

Ahora podíamos ver la cúpula y distinguir el agujero negro y semicircular que se abría a un lado de su suave costado.

Llevando linternas eléctricas, nos aventuramos con precaución a través de la destrozada puerta de la cúpula. Esperábamos, todos, encontrar algún medio de comunicación, radio o línea terrestre, con aquellos otros puestos cuyas luces divisamos. (Estábamos ahora convencidos de que aquellas luces no tenía origen natural). Los puestos o ciudades se habían divisado en torno al cinturón ecuatorial y allí precisamente la gente con toda seguridad podría proporcionar combustible a nuestro navío casi tullido.

Pero ninguno de nosotros sabíamos qué era lo que nos esperaba dentro de la cúpula.

¿Era, como sugirió Alan, alguna especie de fábrica?

¿O era, y esta fue idea de Dudley, una estación del metro en la que encontraríamos medio de transporte rápido a otras zonas del planeta?

¿O era, y aquel mástil en lo alto con la antena daba menos similitud a la idea, alguna especie de estación de comunicaciones?

Al principio, una vez cruzamos la puerta y nuestros ojos se acostumbraron a la semioscuridad, todo lo que pudimos distinguir eran escombros. Nuestro proyectil destrozó el panel y luego, aún acelerando, penetró en una especie de camarachón, destrozando un enorme tablero de control. Más allá de este camarachón había estallado y la explosión destruyó una gran cantidad de aparatos fabricados con cristal o algún plástico transparente, cuyos relucientes pedazos hacían el suelo incruzable por nuestros pies ligeramente calzados.

Fue Dudley quien vio primeramente la puerta en la recia columna que sostenía la cúpula, el rayo de su linterna acuchillando el humo cada vez menos denso y destellando en la ranura rectangular. Alan me ordenó con sequedad que volviera corriendo al navío y le trajese su traje espacial. De mala gana dejé a los demás, trotando por encima de la hierba calcinada. Entré en el camarote de Alan, saqué su traje del armario. Miré a la solidofoto de Verónica en su escritorio y perdoné al capitán por su impaciencia e irritabilidad. Después de todo, tenía alguien que le esperaba en casa, cosa que nosotros no.

Con el traje colgando pesadamente de mi brazo, volví corriendo a la cúpula. Encontré a los demás aún husmeando por el primer compartimiento, tratando, sin éxito, de descubrir los nombres y otras informaciones útiles estampadas en los destrozados aparatos. Alan me arrebató el traje, colocándoselo. Cruzó por la brecha hecha por nuestro cohete, sus pies con gruesas botas aplastando el cristal roto. Utilizó aquellas pesadas botas para limpiar un camino que condujese a la columna central.

Llegó a la puerta y su mano enguantada trastabilló con un pomo de apariencia convencional. La puerta se abrió descorriéndose a un lado. Alan se volvió, llamándonos a través del visor abierto de su casco.

—Hay una escalera. Voy a bajar.

—Iremos contigo —anunció Dudley. Alan comenzó a decir algo, luego se encogió de hombros, su gesto apenas visible dentro del traje blindado. Nos aguardó mientras marchábamos precavidos a lo largo del sendero que había limpiado; nuestros pies con sandalias no notaban el contacto con los agudos fragmentos que quedaban. Luego, cuando llegamos hasta él, fue el primero en atravesar el umbral, comenzando a descender por la escalera de caracol practicada dentro de la columna. Sus pesadas botas sonaban en los escalones metálicos, apagando el sonido más suave producido por nuestras sandalias. No era un pozo muy profundo y a su pie había un túnel casi circular. El túnel estaba cerrado con un plástico brillante que reflejaba los rayos de nuestras linternas de una manera confusa, prestando una ilusión de casi infinita longitud al tubo. Fue con bastante sorpresa que nos encontramos en una gran cámara circular tras una breve caminata.

Pasamos nuestras linternas por alrededor despacio, la luz cayendo y reflejándose en los aparatos que cubrían las paredes. Había pocas dudas acerca de sus funciones.

—Qué equipo de comunicaciones... —murmuró innecesariamente Dudley. Miramos los diales e interruptores, las grandes y blancas pantallas, las aberturas redondas y enrejadas que podían haber sido altavoces.

Alan se acercó despacio a la más próxima de las pantallas. Después de un segundo se quitó lentamente sus guantes blindados, arrojándomelos a mí. Extendió la mano a lo que debía ser el

conmutador principal y bajó la palanca.

—No hay energía —dijo Jim y, mientras hablaba, oímos un zumbido profundo que parecía salir de encima de nuestras cabezas. Mentalmente pude ver aquella antena en lo alto de la torre comenzando a girar, a captar.

—¿No hay energía? —repitió Alan sardónico.

La pantalla se iluminó, masas informes de color, predominando el verde, surgieron en su superficie ligeramente curva. Alan extendió una mano tentativa hacia el mando micrométrico, girándolo. La brillantez de la pantalla disminuyó. Manipuló en el control del otro lado de la pantalla y ésta se iluminó. Toqué otros conmutadores, otros mandos, con precaución, experimentalmente. Con brusquedad las imágenes tomaron forma, se agudizaron. Nos quedamos mirando un panorama que parecía estar girando a nuestro alrededor, un panorama de pradera verde sin accidentes, un firmamento de cielo azul con nubosos flecos blancos.

De pronto hubo una brecha en la monotonía cuando una construcción de metal reluciente apareció a la vista. Alan, con una exclamación, excitada, detuvo la rotación de la cámara escrutadora antes de que la cosa desapareciese de la vista. Se quedó allí en primer término de la imagen y la miramos con atención. Lo reconocimos. Era el casco familiar y achaparrado del "Lucky Lady".

—Probaremos una de las otras pantallas —dijo Alan—. Las probaremos todas —desconectó la que había estado utilizando y se trasladó hacia la siguiente.

Ésta, después de una larga manipulación de sus controles, exhibió un panorama desierto. Negro contra la arena amarilla en donde aparecían edificios cúbicos, de lagunas de las cuales salían altas chimeneas emitiendo torrentes de humo naranja. Sostenido por altas columnas, esparciéndose en la distancia, había un riel reluciente. En el riel, un coche en forma de torpedo, disminuyendo a medida que se alejaba raudo hacia un destino desconocido. Sin contar el humo naranja, este fue el único movimiento que vimos.

Alan avanzó impaciente hasta la siguiente pantalla.

La imagen que mostraba resultaba familiar. Se veía allí el gran retazo circular de cemento, el apiñamiento de edificios a un lado, la torre de control. En la pista se alzaban dos formas esbeltas y relucientes. Aquello era un almacén, y correas sin fin de transportadores salían del almacén a los navíos. La carga, evidentemente, estaba en pleno proceso; en cada uno de los navíos se vertía una corriente en apariencia inacabable de metal brillante en lingotes. Aún así, la imagen tenía algo equívoco. No habían vehículos terrestres que fuesen de aquí para allá llevando a los oficiales del puerto en misiones de real o aparente importancia. No se veían estibadores en torno a la banda sinfín ganándose su sueldo.

Mientras mirábamos, la correa sinfín fue retirada de la primera de las espacionaves, luego de la otra. Las puertas circulares de los cascos se cerraron. Llamas cegadoras estallaron debajo de las popas en forma de abanico y los navíos, casi simultáneamente abandonaban la pista, desapareciendo de la pantalla con lo que debía haber sido una aceleración demoledora. Cuando se hubieron ido ya no quedó el menor rastro de vida.

—¡Maldito sea todo! —murmuró Alan—. Si pudiésemos llegar a ese espacio puerto... Deben tener allí cuanto necesitamos. Si pudiéramos avisarles de que nos encontramos aquí...

—Tiene que haber una manera —dijo Dudley—. Tienen que poseer pantallas similares a estas que aquí hay.

—¿Y por qué iban a utilizarlas? —preguntó el viejo Jim—. ¿Por qué iban a querer mirar a una instalación que debe haber sido abandonada hace siglos?

—Debe haber algún medio de comunicación directo —dijo Alan—. Quizá la siguiente pantalla.

Fue hasta ella, ajustó sus mandos con manos que ahora ya tenían experiencia. Pero ésta no mostró ningún escenario planetario. En su lugar era más como un mapa, un mapa de un tipo con el que estábamos familiarizados, aunque en dos dimensiones y no en tres.

En su centro había un disco brillante, un disco que resultaba intolerantemente brillante hasta que Alan ajustó los mandos. Saliendo de la luminaria central se veían discos pequeños, cada uno de ellos entrelazado en su propia elipse débilmente reluciente como cuentas solitarias de un collar propio de cada cual. En una de ellas se ascendía una curva, un firmamento luminoso que se fundía con la siguiente órbita exterior y, en esta curva, perceptiblemente en movimiento, habían dos brillantes chispitas.

—Los seguiremos —dijo Alan suavemente—. Los seguiremos, hasta el siguiente planeta a partir de este sol.

VI

TRANSCURRIERON siete días antes de poderles seguir.

Antes de que nos fuera posible despegar de nuestro lugar de aterrizaje hubo que conseguir combustible fresco para los Diesels destilándolo, una operación que no se podía precipitar. Jim comprobó que las raíces de las hierbas nativas, en realidad no eran verdaderas hierbas, pues eran ricas en hidrocarbonos y las utilizamos antes que agotar por completo nuestra provisión de algas. Con todos los tanques llenos, no sería necesario recurrir a los productos de nuestros depósitos de algas para la siguiente etapa del viaje. Esas mismas raíces, también resultaban bastante buenas de comer y producían un cambio agradable en la dieta. Lo mismo que los animales de pasto, que eran una especie de gusanos llanos, su gusto y tacto no muy distinto al de los caracoles terrestres.

Una de las cúpulas (descubrimos que podíamos entrar a todas ellas desde la sala de comunicaciones) era una destilería, y debía haber sido usada por sus constructores prácticamente para el mismo propósito que nosotros la empleamos. Jim se puso al trabajo. La energía requerida parecía poderse extraer de un rayo, como era el poder que enviaba energía al equipo de comunicaciones. Estuvimos atareados preparando nuevos suministros frescos de raíces de hierba. Sin embargo, cuando el trabajo quedó organizado, tuvimos tiempo para explorar. Una de las otras dos cúpulas contenía aparatos para la extracción electrolítica de metal desde soluciones fluidas —zinc, probablemente, y aluminio— y la última debía haber sido el terminal para un sistema de monorriel tal como el que habíamos visto en operación por la pantalla. El riel, claro, hacía tiempo que había sido desmontado.

Cada tarde, después de cenar, discutíamos nuestros hallazgos. Hablábamos de nuestros frustrados intentos para comunicarnos con el resto del planeta y de lo que habíamos visto en las pantallas... las factorías, los ferrocarriles, los puertos de mar.

—Y no hemos visto gente —dijo Alan—. No hay gente por ninguna parte. Hemos visto navíos de superficie y coches terrestres y trenes ferrocarriles, pero nunca a alguien que subiese a bordo de ellos o que desembarcara.

—Ciudades subterráneas... —sugirió Jim.

—¿Pero por qué? El aire es excelente. No hay nada malo con el clima.

—Lo malo en nosotros —dijo Jim—, es que insistimos en la creencia de que este planeta mantiene a una Colonia Perdida, o a una Colonia Perdida de nuestra misma clase de personas. Mantiene a alguien, pero podría ser que ese alguien sea alérgico al aire fresco y al sol. Ciertas actividades tienen que ser llevadas a cabo en la superficie, pero pueden realizarse por máquinas, supervisores desde los interiores a oscuras de los cohetess de superficie —se acaloró con su tema—. Quizá por eso esta estación fue abandonada. Puede que, por alguna razón geológica, resultara impracticable construir, o excavar, una ciudad subterránea en esta localidad, o trazar un túnel para el transpone subterráneo desde aquí a cualquier lugar más del planeta.

—¿Pero qué hay de los monorrieles? —preguntó Dudley.

—De carga sólo —dijo Jim—. Todo tráfico, de pasajeros es subterráneo.

—Y si ellos vienen de un planeta externo —contribuí yo—, estarán acostumbrados a un clima más frío.

—Eso —asintió Jim— podría ser la respuesta. Si uno puede vivir en un mundo sólo bajo refrigeración, entonces el aislamiento no es gran problema cuando se vive subterráneamente.

—Y, sin embargo, cada pieza de aparatos que hemos visto aquí, parece haber sido diseñada para uso humano —destacó Alan.

—Algunas de las Colonias Perdidas —dijo Jim—, han alcanzado una considerable mutación.

Luego los tanques quedaron llenos y los aparatos de destilación cerrados y limpios. Alan insistió en esa limpieza, igual que insistiera en que la destrozada puerta de la cúpula que habíamos roto para entrar fuese reparada lo mejor que supiéramos. Nada pudimos hacer para remediar los destrozos del interior de la cúpula. Con la escotilla cerrada y todo asegurado para volar por el espacio, nos elevamos siguiendo las líneas de fuerza, pasando rápidamente de sur a norte. Aterrizamos con brevedad en el polo norte magnético con la esperanza de poder encontrar gente allí, pero nada hallamos.

El hecho de que fuese invierno en aquellas latitudes desanimó la detallada exploración. Aun así, resultó decepcionante no ser capaces de instalarse en el ecuador, en regiones donde se veía vida inteligente y hostilidad, o se creía ver. Un bote de conservas se ve restringido en su elección de emplazamientos para el aterrizaje.

Así que salimos para el planeta al que salieron destinados los dos navíos, marchando a lo largo de las líneas de fuerza. Cuando el mundo estuvo dentro del alcance observacional nos sentimos igualmente desencantados. Aquí no se veían ni praderas ni bosques, ni mares ni montañas. Aquí había únicamente desierto.

Mientras nos acercábamos, sin embargo, comenzamos a sentir un poco más de optimismo. Incluso aunque la superficie del planeta era todo desierto, no era un desierto vacío. Vastas zonas se veían cubiertas por achaparradas estructuras metálicas. Habían muchas luces en la zona nocturna. Y habían también señales de radio... pitidos sin significado y ruidos normales de golpeteo.

Y entonces, de pronto, del altavoz de nuestro receptor llegó una voz metálica, inexpresiva:

—Control Central a navío desconocido. Control Central a navío desconocido. ¿Quiénes son ustedes?

Alan cogió el micrófono y contestó:

—Navío estelar "Lucky Lady". Navío con motor Ehrenhaft "Lucky Lady". Nos hemos visto desviados de nuestro rumbo por una tempestad magnética. Solicitamos permiso para aterrizar.

—¿Son ustedes humanos?

—Sí.

—Permiso concedido. Llegarán con nuestro rayo. Les prepararemos habitaciones convenientes. Debo advertirles que la atmósfera de este planeta es deficiente en oxígeno.

Alan, con las cejas alzadas, miró primero a Dudley y luego a mí. Preguntó, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Contra quién nos hemos tropezado?

—Una Colonia Perdida... —dije dudoso.

—Una Colonia Perdida... ¿de quién? ¿O de qué?

—Hablan inglés.

—Pero no pueden ser terrestres, ni de casta terráquea. ¿Qué clase de gente mantendría sólo unas pocas y desparramadas ciudades en un planeta con buen aire, agua y clima, y poseerán mientras su Colonia principal en una bola de polvo como ésta?

—¿Aterrizaremos?

—¿Y qué remedio nos queda? Esos seres de ahí abajo tienen máquinas, técnica y hablan nuestro idioma. Quizá sean capaces de decirnos dónde estamos. Casi con seguridad podrán renovar nuestra Pila. Deberíamos ser tontos para dejar pasar esta oportunidad.

—¿Y cómo les pagaremos? —pregunte.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Dile a Jim que es una estación de aterrizaje, ¿quieres?

La toma de tierra se cumplió sin ninguna dificultad. El rayo por el que nos orientamos estaba situado casi en el polo sur magnético del extraño planeta, así que el problema de utilizar nuestro motor operativo de cohetes ya bastante desgastado no se presentó. Nos dejamos caer hacia abajo a través de una atmósfera sin nubes ligera y fácilmente, siempre bajo un control perfecto. Mirábamos por las ventanillas al árido panorama, a las imponentes estructuras metálicas que se alzaban en el desierto, a la complejidad sin significado de acero y plástico que mostraba, a veces, una belleza funcional accidental, que era una exhibición de fuerza bruta.

Suave, con apenas perceptibles sacudidas, el "Lucky Lady" tomó tierra en una amplia extensión de arena rojiza. Por todos lados se veían armazones de torres, bulbos gigantescos relucientes de depósitos, carreteras elevadas y monorrieles como gigantescos centípedos, los mástiles sobre los que giraban las antenas subían y bajaban mientras seguían nuestro descenso, se pararon cuando nuestro trípode de toma de tierra tocó el suelo.

La voz preguntó:

—¿Tienen trajes espaciales?

—Sí —respondió Alan.

—Entonces pueden abandonar su nave. Les espera el transporte.

Alan cortó el interruptor del receptor con un chasquido asombrosamente fuerte. Dijo:

—No todos saldremos del navío. Tú te quedarás, Dudley, y Jim te hará compañía. Si algo sucede, si algo va mal, subid al espacio a toda prisa —me miró y añadió—: Será mejor que vengas conmigo, George.

—¿Y cómo sabremos que algo va mal? —preguntó Dudley.

—Nuestras radios de los trajes están sintonizadas a la frecuencia del navío —le contestó Alan —. Gritaremos si pasa algo.

—Aquí está nuestro transporte —anuncié. Miramos la cosa, era como un escarabajo mecánico, escurriéndose por la arena, deteniéndose bruscamente a pocos metros del navío. Después de todo era sólo un coche terrestre y no había nada asombroso en su diseño, desde el punto de vista de ingeniero, quiero decir. Lo que asombraba era la ausencia de ornamentación, la falta de cualquier intención por parte de sus constructores de hacer un vehículo atrayente.

Alan y yo, de mala gana, fuimos a nuestros camarotes y nos colocamos nuestros trajes. Antes de ponernos los cascos llamamos a Jim desde su sala de máquinas, diciéndole cuanto sabíamos, que no era mucho, y aguardamos alguna sugerencia que pudiera presentarnos. No tenía ninguna. Durante esta leve conferencia dejamos conectado el transceptor. No sabíamos si era o no posible que el gobernante de este mundo —Control Central se había llamado a sí mismo— escuchase mientras nuestra radio no funcionaba, pero esperamos que no lo hiciera.

Bajamos hasta la escotilla, cerramos los visores de nuestros cascos, probamos nuestros trajes y sus aparatos de radio y luego aguardamos en un pequeño compartimento a que se igualaran las presiones. Fue una corta espera; había poquísima diferencia entre la presión interna y la externa. Cuando la puerta exterior se abrió caminamos despacio por la rampa hasta el coche que esperaba.

Lo miramos con atención y dudosamente. Había una cabina cerrada con un asiento de aspecto confortable en la parte trasera. Pero no había asiento para el conductor. Fue una sorpresa cuando una voz, vibrando claramente a través de nuestro casco, dijo:

—Entren, caballeros. Siéntense..

Entramos. Nos sentamos.

El coche se puso en marcha con suavidad, pero cobró velocidad con una aceleración considerable. Rodaba sobre la blanda y lisa arena, subiendo una rampa hasta una de las calzadas elevadas, a lo largo de la superficie metálica de la propia carretera. Torres complicadas, tanques rotundos, construcciones geométricas de un aparente significado pasaron a nuestro lado. Era como conducir a través de un bosque, un bosque de acero anguloso.

Seguimos adelante, maravillados del panorama sin vida por el que circulábamos. Sin vida; aunque había movimiento rodado como nuestra misma vida. Las máquinas aparecían por doquier, como la que nos llevaba, y había motores estacionarios, cuyas funciones eran imprescindibles, y una vez apareció algo con aspas giratorias que voló sobre nosotros durante un rato, siguiéndonos. Se veían grandes correas sinfín de transporte, una de las cuales transportaba una corriente de mineral a lo que debía ser una gran fundición, otra que transportaba un sinfín de relucientes recambios metálicos.

—Un mundo muerto —murmuré.

—No —dijo Alan—. No muerto.

—¿No muerto? Pues lo es, en cuanto concierne a la superficie. Pero supongo que la gente vivirá en cúpulas a presión o en cavernas.

—Si hay gente —dijo él.

El camino se hundió y ya nos vimos corriendo por encima de la superficie del desierto; nos metíamos en un largo túnel, desde cuyas lisas paredes aparecían espaciadas luces brillantes que despertaban reflejos. Luego, delante nuestro, vimos la blancura de una pared y gritamos con alarma. El coche no disminuyó su velocidad, pero en la última fracción de segundo, la pared se abrió, sus dos mitades descorriéndose hacia atrás dentro de las paredes del túnel.

El coche disminuyó la marcha y luego se detuvo. Allí había otro muro... o puerta... por delante. El de detrás volvió a cerrarse. Se oyó el sonido de las bombas.

Sonó una voz. Pareció venir de la nada... o de todas partes. Dijo:

—Dejen el coche. Pueden quitarse sus trajes espaciales. La atmósfera en este compartimento

ha sido preparada según sus necesidades.

—Aceptaremos su palabra —dijo Alan—. Necesitamos conservar el aire de nuestros tanques contra cualquier emergencia. —Luego le oí tratando de informar de nuestra situación a Jim y Dudley en el "Lucky Lady", pero sin éxito. Como estábamos por completo rodeados de metal esto no resultaba sorprendente.

No nos quitamos los cascos sino que simplemente abrimos los visores, de manera que nuestros radios internos fuesen asequibles para el uso instantáneo. Siempre había la posibilidad de que pudiéramos ponernos en contacto con el navío, o el navío con nosotros. Esa situación no era para ignorarla. El aire resultaba respirable... cálido y seco, estéril. Había un rastro ligero de ozono, una débil acritud de aceite caliente. Había, quizás, un poco más de oxígeno del que estábamos acostumbrados, pero esto no constituía dificultad.

La puerta interna de la enorme escotilla se abrió. Vimos más allá una continuación del túnel por el que ya habíamos venido, pero más pequeño, apenas lo suficientemente alto para que un hombre caminase derecho, apenas lo suficientemente amplio para que dos hombres caminasen a la vez.

En aquel asunto no teníamos elección, así que nos adentramos despacio en el túnel.

Fue un largo paseo, por un camino que serpenteaba sinuoso, que a veces parecía tratar de retroceder sobre sí mismo. Había luz en abundancia, pero la luz de las luces, parecía formar parte de alguna gran maquinaria, construida no para la conveniencia de los paseantes a pie. Detrás del plástico translúcido de las paredes del túnel había corrientes y chorros de globos individuales de iluminación, blanca y de colores, brillante y apagada estáticos y en movimiento.

También había sonido, un seco murmurar y un jolgorio casi líquido, de vez en cuando un chasquido ocasional y agudo. Una vez oímos un vibrar bajo y profundo y decidido y nos agachamos mientras algo vino oscilando hacia nosotros, suspendido de un diminuto cable que corría precisamente por debajo del techo del túnel. Pasó por encima nuestro, silbando tétricamente; era una araña pequeña y metálica escurriéndose a lo largo de un solo hilo.

Luego apareció una gran cámara esférica, englobada con luz multiforme, a la que entramos por fin. Incongruente, plantado en el centro del suelo curvo había un banco, una cosa severamente funcional de metal y plástico. Su invitación era inconfundible.

Caminamos hacia él, manteniendo nuestro equilibrio con dificultad por aquella lisa y curva superficie, sentándonos. "Esto —pensé, riendo interiormente ante lo absurdo de mi imaginación —, era la llamada para que apareciese el camarero, llevando una bandeja con bebidas y cigarrillos."

Apareció un camarero, llevando una bandeja con bebidas y cigarrillos.

Iba vestido con el indumento convencional de su oficio... chaqueta negra y pantalones, camisa blanca, corbata negra. Lo único que estropeaba el efecto era el hecho de que su cabeza era un huevo sin forma de rasgos humanos y de metal reluciente.

La voz ¿de dónde venía? dijo:

—No sé todavía sus gustos en el alcohol y nicotina. Pero aquí tienen "whisky" en la botella y

cigarrillos aproximados a los virginianos. Espero que disfruten de mi hospitalidad.

Hicimos honor a ella.

El "whisky" era suave, con un gusto más parecido al verdadero escocés que a las imitaciones destiladas en una buena cantidad de planetas. Los cigarrillos no estaban del todo mal, porque su costumbre de autoencenderse tan pronto como se alzaban a los labios fuese al principio bastante desconcertante.

Alan se tragó su primer vaso de "whisky" como si lo necesitara. Yo me di cuenta de que precisaba el mío. Aguardó hasta que el fantasmal servidor lo hubo servido por segunda vez. Entonces preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué es usted?

—Yo soy Yo.

—¿Qué es usted?

—Yo soy Yo.

—¿Qué es este planeta?

—Yo soy Yo.

Alan alzó las cejas, apuró la segunda bebida de un trago y aguardó a que se la llenasen.

—Las cosas y seres no suelen ocurrir por casualidad. Son igualmente cosas tan complejas como este mundo suyo.

—Yo fui hecho.

—¿Por quién?

—Durante estos últimos siglos, por mí.

—Entonces, ¿quién y qué es usted?

Hubo una larga pausa y luego la voz dijo:

—Hubo un mundo llamado Medulia...

—He oído y leído acerca de él —contestó Alan.

—Yo estuve allí —dije yo.

—Usted ha estado allí —en cierto modo había una pizca de expresión en la voz mecánica e inexpresiva—. Usted ha estado allí. ¿Cómo es eso? Dígame, ¿qué tal está eso ahora?

—Primitivo —contesté.

—¿Y las máquinas?

—No hay máquinas. Los medulianos tienen un odio fanático a toda clase de máquinas.

—¿Y cómo van las cosas por toda la galaxia?

Comencé a darme cuenta de la marcha del interrogatorio. Dije:

—Desde la Revolución Meduliana no han habido verdaderos robots, ni cerebros electrónicos capaces de conseguir verdadera conciencia. Aquello de la máquina pensante pasó, ya llevan transcurridas varias generaciones.

Hubo una especie de mecánico suspiro. La voz casi susurró:

—Cuando huí de Medulia en el navío que construí por mí mismo, pensé que quizá, algún día, regresaría. Sólo tengo una justificación para mi existencia... seguir al Hombre. Y ustedes me dicen que el Hombre ya no me tolera, ni me aprecia.

—Eso es —dije.

—Pero usted puede servirnos —interrumpió rápidamente Alan.

—Sí. Puedo servirles. Usted y su gente pueden vivir aquí, en este planeta, bajo la cúpula que les construiré. O si lo desean, vivir en el tercer planeta de este sol en donde, como ya saben, un medio ambiente artificial no es necesario.

—Usted puede sernos útil —dijo Alan con firmeza—, rellenando nuestra Pila, construyendo instrumentos que nos digan donde nos encontramos en la Galaxia, para que podamos regresar a nuestra propia patria.

—¿Y por qué quieren regresar? Les daré todo.

—Lo siento, pero no puede usted hacer eso.

—Sí puedo.

Alan sonrió amargamente.

—Incluso dejando esa preferencia sexual particular que llamamos amor, no tenemos mujeres. Y ustedes no pueden crear la vida.

—No, no puedo crear vida. Pero, de células tomadas de sus cuerpos, construiré mujeres para ustedes, mujeres que serán muy cercanas a la perfección, más de las que hayan visto jamás, o que hayan conocido en sus viajes.

—Eso sería del todo imposible —afirmó con firmeza Alan.

"Pero no tenemos esposas perfectas", pensé. "Estoy tentado a aceptar."

—Se quedarán —dijo la voz, afirmando un hecho—. Se quedarán. Serán felices aquí. Les daré todo.

—Salgamos de este lugar, George —espetó Alan.

Se puso en pie, sacando de la funda de su cinturón la pistola automática que era el único armamento del "Lucky Lady". Sigo preguntando contra qué intentaba usarla. Pero la acción del gas anestésico fue tan rápida que no hubo ocasión de averiguarlo.

VII

HAY en la Galaxia muchas prisiones peores que aquella en que nos encontramos cuando recobramos el conocimiento. No era una celda, ni tampoco un bloque de celdas. Era una "suite” lujosa en la especie de hotel que suele ser frecuentado sólo por los millonarios. El único lujo que nos faltaba era la libertad para ir y venir.

Jim Larsen y Dudley Hill estaban con nosotros. No podrían decirnos mucho. Así como el gas anestésico nos privó del conocimiento a Alan y a mí, alguna especie de radiación les dejó inmóviles a nuestros dos compañeros. Se dieron cuenta de que algo entraba dentro de la nave, vigilaron desamparados, contemplándolo todo desde donde habían caído, vieron las arañas metálicas que pululaban por allí, arañas metálicas con una especie de cofres metálicos en los que colocaron los cuerpos de nuestros camaradas, jaulas transparentes en las que se introdujeron bolsas herméticas de aire. Había, en apariencia un vacío dentro de los sacos, es decir, que carecían de aire, pero eso no importó; los prisioneros no respiraban. No les fue posible ver nada más hasta verse desembalados en nuestra palaciega celda. Poco después de verse desembalados, la parálisis desapareció y casi al mismo tiempo Alan y yo mismo recobramos el conocimiento.

Esto, pues, era nuestra prisión... una sala de estar enorme y lujosa, cuatro dormitorios, con su cuarto de baño individual, y una cocina por si a cualquiera de nosotros nos entraban ganas de prepararnos algo de comer. Había libros de todas clases, según encontramos, debían haber sido populares en Medulia hace siglos, pero aún legibles y vigentes. Había un gran tocadiscos y una biblioteca de cintas, de obras conocidas y desconocidas y de música.

Habían —y eso nos sorprendió, aunque ninguno de nosotros era un puritano— mujeres.

Entraron sin anunciarse, llevando consigo nuestra primera comida en la cautividad. Eran cuatro. Sus rasgos y sus cuerpos, exhibidos más que ocultos por sus escasas ropas, eran demasiado perfectos. Incluso aquella que era casi el doble de Verónica era en exceso perfecta. Había una ligerísima asimetría en los rasgos estupendos de Verónica que allí faltaba, la excesiva esbeltez de la muchacha. Según los cánones en vigor esta chica era mucho más hermosa que la esposa de Alan. Pero en realidad no resultaba así.

Vi cómo Alan la miraba incrédulo con fijeza, amaneciendo en su rostro los principios de una frenética esperanza. Luego vi cómo su expresión cambiaba adoptando la máscara de la desilusión. Gruñó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos sus sirvientas —respondió la falsa Verónica. Su voz era equívoca y se le notaba la falta de vida—. Somos sus sirvientas. Tenemos que servirles en todos los conceptos.

—¿Todos? —presumo el viejo Jim—. Hombre, estoy esperando que me lo demuestre.

—¡Cállate! —salió Alan. Volvióse de nuevo hacia la muchacha—. Pero se me dio a entender que, hasta que vinimos, no había seres humanos en este planeta.

—Habían entendido perfectamente —dijo ella.

—¿Entonces a ustedes les trajeron de algún otro mundo? ¿Del tercer planeta, quizás?

—No —sonrió ella—. Nos hicieron aquí —siguió sonriendo—. El retrato que tenía usted en su camarote ayudó. A mí me copiaron de él. Mis hermanas fueron modeladas de memoria —otra sonrisa—. La Autoridad tiene excelente memoria. Incluso para los detalles más nimios.

—Pero en tan breve tiempo... —murmuró Alan—. Hacer crecer cuerpos de células singulares...

—No —admitió ella, y, en cierto modo, con esta admisión adquirió humanidad—. No. Las verdaderas mujeres tienen que hacerse todavía. Nosotras somos... sintéticas.

El viejo Jim soltó una risita. Murmuró:

—En mi tiempo he visto máquinas estupendas, pero... —extendió un largo brazo delgado y pellizcó en las abultadas nalgas de uno de los robots. Ella lanzó un gritito convincente, dejando casi caer la bandeja que sostenía—. Pues parece bien, se nota casi carne —dijo Jim.

"Espuma de caucho sobre huesos de acero...” —pensé—. “Piel de plástico... Después de veinte y pico de años de celibato quizá tengan atractivo, pero todavía no." Extendí una mano y toqué el hombro liso y satinado, miré al par de ojos que tenían dentro una luz de vida, vi cómo los labios rojos se separaban ligeramente para revelar dientes que eran casi perfectos, pero —¡toque artístico!— un poquito irregulares para ser artificiales, dejé que mi mirada vagase hacia los erguidos senos que relucían pálidamente por debajo de la tela transparente, que se alzaba de vez en cuando al respirar.

—Dejad la comida —dijo muy serio Alan— y marchaos.

—No tan de prisa —protestó el viejo Jim.

—No tan de prisa —fue el eco de la voz de Dudley—. Esto podría ser interesante.

—Sería asqueroso.

—Hablando como ingeniero...

—Hablando como hombre. Y tampoco lo permitiré a los que estén a mis órdenes.

—Se nos construyó para serviros —dijo la Verónica robot con una voz dolida—. Nos han construido para servir. Nos han construido para haceros felices hasta que llegue el momento en que las mujeres de carne y hueso sean fabricadas para vosotros.

—No nos hacen falta tus servicios —le dijo Alan con firmeza—. Vete. Iros.

Se fueron.

—¡Podíamos haber averiguado algo de ellas! —exclamó Dudley.

—Ya volverán —le dijo Jim.

—No volverán —afirmó Alan con rigidez—. Mientras, sugiero que comamos.

Remolcamos sillas en torno a la mesa en la que las mujeres robots habían puesto la comida. Alan y yo tuvimos muestras de las picardías del gobernante de este mundo extraño, así que no nos sorprendió demasiado lo que encontramos. Jim y Dudley estaban sorprendidos y no lo disimularon. La comida era buena. Sin duda las materias primas habían sido traídas del tercer planeta (por un rápido navío que despegó al mismo tiempo de nuestra partida desde la estación polar del sur, seguramente), pero las mejores viandas pueden aparecer estropeadas por un cocinero inexperto y sin imaginación. El cóctel de algas contenía todo el sabor del mar, el raro filete tenía el toque adecuado de ajo, el vino podía haber venido de Burgundy, de la lejana Tierra. Unos cuantos pastelillos de repostería de la galaxia podrían haber igualado en la excelencia de los que

nos sirvieron con el café. Todos fueron traídos, de paso, por un camarero sin rasgos como aquel que (podía haber sido el mismo) primero nos sirviese bebidas a Alan y a mí. El licor acompañante resultó un coñac excelente. Incluso hubo cigarros.

Nos alejamos, fumando. Tres de nosotros permanecimos relajados cuando Alan se puso en pie de un salto, comenzando a pasear arriba y abajo, sus pisadas sobre la gruesa alfombra.

—Tenemos que permanecer duros —dijo—. Necesitamos algo de ejercicio.

Jim habló de algo sobre gimnasia de dormitorio, ganándose una mirada venenosa.

—¡Y tenemos que trabajar para descubrir un modo de escapar de esta condenada ratonera! —continuó Alan.

—El queso es bueno —destacó Jim.

—¡Maidito sea todo! —juró Alan—. ¿No te das cuenta adonde conduce esto? La máquina, La Autoridad, está ejecutando una gran canción y un baile sobre la afirmación de que es nuestro esclavo, pero nosotros seremos esclavos. Los satisfaremos plenamente a nuestras expensas.

—Te das cuenta, claro, que la máquina puede oír cuanto digamos.

—Me doy cuenta. Y quiero que comprendáis que deseo que entienda cuáles son nuestros pensamientos y sensaciones.

—Seguro —prosiguió Jim—. Y cuando el robot se dé cuenta de eso se partirá en mil pedazos para hacernos verdaderamente felices, y, francamente, Alan, ¿no es esto mejor que viajar por el Rim con viejos cacharros hechos de chatarra?

—No —se volvió a Dudley y a mí mismo—. ¿Qué decís vosotros?

—Pueden ser unas estupendas vacaciones. Alan —replicó Dudley—. Pero no me gustan demasiado.

—¿George?

—Creo que en el fondo soy un gran amante de la ciudad. Me gusta verme rodeado por mucha gente, rostros nuevos y también viejos amigos. Mucho de esto sería aburrido.

—Hay personas —se quejó Jim— que no saben apreciar cuándo se encuentran bien.

—Quizá no —contestó fulgurante Alan—, pero esta no es la cuestión. La cuestión es: ¿cómo saldremos de aquí? ¿Cómo escaparemos de este planeta?

—¿Y por qué no preguntarlo?

—Está bien —Alan alzó la voz, habló hacia el techo. Dijo—: Debes haber oído lo que hemos dicho. Sabes que no somos aquí felices. Te costaría en perseguir al Hombre. Podrías servir nos ayudándonos a regresar a nuestro propio mundo.

La voz de respuesta pareció salir de todas partes a nuestro alrededor. Era mecánica y debía haber sido inexpresiva, pero en ella había algo triste. Dijo:

—Os haré felices.

—No puedes —le contestó Alan—. La felicidad viene del interior, no desde fuera.

—La máquina puede ayudarnos a ser tristes en su consuelo —dijo Jim.

—¡Cállate! —Alan miró hacia el techo de nuevo y dijo con firmeza—: Exijo que nos devuelvas nuestra libertad.

—Puedo daros cualquier cosa y todo menos eso. Puedo daros la libertad en el mundo tipo Tierra de este sistema planetario, sin embargo, con mis máquinas, para facilitaros la vida. Eso os


prometo. Seréis trasladados al planeta más interno en cuanto todo haya sido preparado para vosotros.

—Eso no es lo que queremos. Deseamos nuestra libertad. ¿No cambiarás de opinión?

—Nunca. He aguardado siglos una oportunidad para satisfacerme. No voy a desperdiciarla.

—No irás a ninguna parte —le dijo Jim a Alan. Se levantó de la silla añadiendo—: Fue una buena comida. Me siento un poco aletargado —caminó hasta la pared hecha toda estanterías con libros y seleccionó un tomo. Se detuvo antes de llevárselo al dormitorio, echó hacia atrás la cabeza y se dirigió al techo—: Té y tostadas para mañana. Y que me lo traiga una chica. La pelirroja.

—Oírte es obedecerte —respondió la voz. Había una inflexión ligeramente sardónica No puedo asegurarlo.

—Nos encontraremos mejor después de haber dormido —dije.

—Dormid si os place —rezongó Alan.

Cuando le dejamos se servía un vaso de licor en el bar del rincón de la habitación.

Volvimos a reunimos en el desayuno.

Fue una buena comida. El jugo de uva tenía un sabor a fresco, parecía haber salido recientemente del triturador. Las tortillas eran suaves y deliciosas. Las tostadas crujientes y había mantequilla y miel para acompañarlas. Resultaba difícil creer que la comida era sintética.

Alan nos contó que las materias primas debían haber sido traídas del centro del planeta interior. Aun Jim afirmó con su voz peculiarmente zumbona que no lo creía, que un ingeniero verdaderamente competente y químico podría duplicar cualquier cosa de naturaleza orgánica.

—Todo —repitió—. Todo, no importa lo complejo que parezca.

Le miramos con creciente sospecha. Parecía haber envejecido años durante la noche.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alan.

—Nuestro anfitrión es un ingeniero notablemente competente —respondió.

—Es de esperar que una máquina inteligente sea así —dijo lacónico Alan.

—¿Cuál fue? —preguntó Dudley con interés.

—La pelirroja —respondió Jim.

—Eres un cerdo sibarita —observó cansado Alan.

Jim no se dio por ofendido, se limitó a sonreír y a contestar:

—Fue una simple investigación. El único modo de averiguar cómo son las cosas es investigando. Claro, es un hecho conocido que incluso nosotros los humanos podemos trasladar el principio hembra a las máquinas. Las naves, por ejemplo. He viajado con muchas perras de plancha de cromo Grado A. Y te aseguro. Alan, que estas sirvientas son esencialmente hembras. Y no únicamente del aspecto físico que presentan.

—No me interesa —rezongó Alan.

—Supongo que tratas de esperar hasta que nuestro anfitrión juegue a ser Jehovah y nos haga compañeras sacándolas de nuestras células corporales, para que podamos crecer y multiplicarnos y repoblar el planeta.

—Sigue sin interesarme.

—Debiera interesarte —le dijo Jim—, hay mucho que aprender. ¿Cómo decía el viejo Kipling? "Oí hablar a ella de mujeres" —repitió con lo que parecía un énfasis innecesario—. Hay mucho que aprender.

Pensé: "Jim es viejo. Viejo en años y en pecado. No le debe quedar mucho que aprender acerca de las mujeres. O de las máquinas..."

—No creo que me gustase —dijo Dudley.

—Deberías probarlo aunque fuese sólo una vez —le contestó animoso Jim.

—Aún así, son máquinas.

—¿Qué es la carne de una mujer sino una máquina, una máquina que saca su energía de la combustión de los hidrocarbonos en el oxígeno? ¿Qué es la carne de una mujer sino una máquina que responde en diversos medios al oprimir diferentes botones?

—¿Entonces qué somos nosotros sino máquinas? —le pregunté.

—¿Qué, en realidad? —me contestó.

—Ha pasado mucho tiempo desde que... —comenzó Dudley.

—Entonces hazlo ahora —le dijo Jim. Alan, su rostro nublado, permaneció mudo—. Aprenderéis mucho —nos aseguró Jim.

"Pero —pensé— uno no va con las mujeres en plan educativo, aun cuando éstas a menudo, muy a menudo, se nos entreguen gratis y de buena voluntad." Y yo conocía la reputación de Jim. A pesar de su edad era uno de los conquistadores más famosos del servicio de los Rim Runners. Quizás una vez, hace muchos, muchísimos años, fue a una mujer como el alumno a un maestro, pero si lo hizo alguna vez fue tanto tiempo en el pasado que ya se le había olvidado la lección por entero.

Pensé: "Hay en esto algo oculto."

Se produjo un pesado silencio.

Luego...

—¿Qué os pasa a todos? —preguntó Alan furioso.

—Pienso —le dije—. Pienso que puesto que vamos a estar permanentemente anclados aquí, quizá debamos disfrutar al máximo las cosas.

—Yo pienso lo mismo —admitió Dudley.

—De todos los hombres de la Galaxia que se han podido embarcar conmigo, tuve que hacerlo con un grupo de pervertidos —estalló Alan.

Se puso en pie y entró dando zancadas en su propia habitación. Nosotros tres nos miramos mutuamente, sin decir nada. Luego Jim abandonó la sala de estar, le siguió Dudley. Fui hasta el bar, me serví y tragué una buena porción de licor excelente, de un "whisky" estupendo, y me retiré a mi dormitorio. Dije:

—Me gustara tener una mujer.

VIII

ELLA entró, no por la puerta de la sala de estar, sino desde el cuarto de baño. Me enteré más tarde de que había allí otra salida, oculta, en una de las paredes. Era alta, esbelta, rubio ceniza, de piernas largas y de senos altos. Llevaba una especie de túnica breve y transparente que algunas veces parecía verde y otras azul. El color de sus ojos parecía cambiar para hacer juego con su vestido, pero el escarlata de su amplia boca no cambió, ni tampoco el suave color de su piel perfecta (¿quizá demasiado perfecta?)

—¡Hola! —dijo ella.

—¡Hola! —contesté.

Colocó sus esbeltas manos en mis hombros. Pude notar la suavidad y el calor de su cuerpo apretado contra el mío, el olor de su perfume y que no se parecía en nada al olor del aceite de máquinas. Y sin embargo, cuando sus labios se acercaron a los míos, me eché hacia atrás.

—No es preciso que seas tímido —dijo ella—. Control Central dijo con toda claridad que los seres humanos son propensos a mostrarse embarazados en situaciones como ésta si creen que se les vigila, así que yo he conectado mi campo inhibitorio. Y nadie nos observa —soltó una risita... y fue la risita provocadora de una chica perversa y traviesa más que un sonido mecánico—. Claro, Control Central tiene miedo de verse tan embarazado como tú mismo.

—¿Estás segura de que no nos observan? —pregunté.

—Completamente.

—Bien —me dirigí hacia ella—. En realidad sólo te necesitaba aquí para que me hicieses compañía. Para charlar.

Hizo un pucherito.

—¿Nada más? Podías haber hablado con Control Central.

—No hubiera sido lo mismo —le respondí. Me volví a apartar de ella, de mala gana, lo reconozco, y me senté en una de las dos sillas. Ella me siguió y, antes de que pudiese impedírselo, se sentó en mis rodillas. "Espuma de caucho formando su carne —me dije—. Huesos de acero. Piel de plástico. Cerebro coloidal...", pensé aún más, tratando de provocar mis náuseas con todos los detalles psicológicos. Aún así, ella no parecía una máquina. ¿Y de todos modos, no somos máquinas los seres humanos?

Con suavidad la aparté de mí.

—Siéntate en la otra silla, por favor —dije.

—Está bien —contestó malhumorada, y lo parecía. Su vestido le había resbalado en el hombro y revelaba un blanco seno con un pezón rosado. Yo prefería a las mujeres morenas, sin embargo; para mí la combinación de piel oscura y aquel pelo rubio habría sido casi —¿casi?— irresistible. Pero me guardé en silencio mis preferencias, sabiendo que si las decía en alta voz harían algo por complacerlas, posiblemente de inmediato.

—Se nos ha hecho por motivo específico, ya lo sabes —dijo ella—. Hablar es sólo accidental.

Tratando de mantener la conversación bajo control, pregunté:

—¿Y cuando Control Central haya producido a las mujeres verdaderas de carne y hueso... qué pasará?

Una sombra cayó por su rostro. Dijo inexpresiva:

—Supongo que seremos desguazadas.

—¿Te fabricó Control Central?

—No. Control Auxiliar.

—¿Y Control Auxiliar es una entidad independiente?

—No —contestó despacio—. No. No del todo. Es parte de Control Central; sin embargo, tiene su propia personalidad —su rostro se iluminó—. Es análogo a la combinación hombre-mujer. Tal y como lo comprendo, cuando Control Central fue hecho por primera vez, se decidió darle tanto la personalidad masculina como la femenina. Al pasar los años, las dos personalidades han tendido a separarse.

"Esquizofrenia mecánica", pensé. Pregunté:

—¿Y se preocupará Control Auxiliar si te tienen que desguazar?

—¿Y por qué iba a preocuparse? Es sólo una máquina.

—Y tú también —le contesté cruelmente.

—¡Yo no! —destelló ella. Se puso en pie de un salto, se arrancó su transparente vestido—. ¡Mira, maldito! ¿Es esto el cuerpo de una máquina?

Tuve que reconocer que no lo parecía.

—¡Soy una mujer! ¡Soy una mujer más deseable que cualquiera de las que hayas conocido!

—Eres una máquina —insistí, pero sin convicción.

—Eres tú quien eres una máquina, no yo. A mí se me hizo para el amor. ¡Tú! —me escupió—. ¡Tú fuiste hecho para sumar columnas de cifras! ¡Fue un error haberte construido con forma de hombre!

Quise aflojarme el cuello de la camisa, pero me contuve, temiendo que la acción fuera mal interpretada. Control Auxiliar, según pensaba, tenía algo de Frankenstein. Control Auxiliar había creado monstruos destructores, pero monstruos que nos destruirían a nosotros, no a sí mismo. Control Auxiliar nos mataría con amabilidad, fabricando deliberadamente para nosotros mujeres estériles y sustitutas que nos esclavizarían mucho antes de que apareciesen las verdaderas mujeres prometidas por Control Central.

Pensé: "Es un buen trabajo que ese cuerpo adorable sea demasiado blanco." Tomé uno de los cigarrillos que se encendían por sí solos de la cigarrera de la mesa, miré a la criatura demasiado deseable a través de la nubécula de humo. Me sorprendió cuando extendió su brazo esbelto y bien formado, me quitó el cigarrillo de los labios y se lo puso en los de ella. Rió por lo bajo, diciendo:

—Sí, puedo fumar. Puedo beber y extraer de la bebida sus efectos enervantes. Puedo hacer otras cosas.

—No lo dudo —contesté.

—Entonces permíteme...

—No.

—Pero, Jim, nos...

—Yo no soy Jim.
—Eso es evidente —dijo ella.
—Podrías llevar una vida muy feliz lejos de este mundo —le dije—. Hay muchísimos planetas en la Galaxia en los que tus hermanas y tú alcanzaríais gran demanda.
Sus labios se curvaron desdeñosos.
—Un alcahuete —rezongó.
—No. No soy ni chulo ni alcahuete —luego dije—: Pareces tener un profundo conocimiento de la vida sexual para ser...
—...Una máquina —terminó ella—. Sí, ¿verdad? Los contenidos de cada maldita novela publicada en Medulia fueron proporcionados a mi cerebro mientras me fabricaban. Sé precisamente cómo se supone que deben comportarse las mujeres en cada situación o combinación de situaciones. Lo malo es que los novelistas medulianos nunca imaginaron a nadie como tú.
—Si no supiese lo que eres en realidad —dije pesaroso—, la cosa sería distinta.
—Eres un "snob" —dijo ella—. Eso es lo que eres.
Cambié de conversación.
—Si sales de este planeta necesitarás pulirte un poco.
Se había calmado una pizca. Reconoció:
—Tienes algo. Acabo de afirmar una cosa que me hace pensar que tu sugerencia resultaría mejor que verse desguazada.
—Pues claro que si.
Se iluminó.
—Y si tu nave pudiese viajar por el espacio, ¿nos llevaríais a nosotras con vosotros?
—Os llevaríamos.
Se acercó hasta mí, su cuerpo todo poseía en movimiento, y antes de que pudiera retroceder (¿lo habría hecho?) me besó en los labios. Fue aquel maldito cigarrillo que estropeó las cosas; lo dejó caer y cayó en la división de sus senos, y la leve nubécula de humo que subió en espiral olía a goma quemada.

¿Fue Control Auxiliar el principio hembra y Control Central el macho? ¿O viceversa? Había allí, estoy seguro, un fuerte elemento mezclado de celos sexuales. Los niños consumían algunos matrimonios y destruyen otros. Nosotros éramos los niños, los hijos adoptivos, que podíamos romper este matrimonio.
¿Cuánto de la malicia femenina de las cuatro chicas —puede llamarlas alguien así— era propio de ellas, y cuánto pertenecía a su creador? ¿Cuánta inteligencia verdadera poseían? ¿Cuánto carácter real?
A menudo deseé haberlas estudiado con más detenimiento, no haberlas considerado meros medios para lograr un fin. Jim Larsen me había dicho que su mujer, la pelirroja Sally, era todo mujer, era muy mujer, era más mujer que las que conociese antes. Acepté su palabra. Es un veterano en el pecado, es Jim Larsen, y, aparte de sus frecuentes aventurillas en este aspecto, se ha casado y divorciado no menos que en siete ocasiones.

Mientras, Alan Kemp estaba impresionado. Alan se disgustaba. Alan se negaba a asociarse con nosotros. Tratamos, una y otra vez, hacerle saber el verdadero estado de los asuntos, pero se mostraba obtusamente sordo a nuestras insinuaciones. Nos veíamos entorpecidos, claro, pero incapaces de decidir las cosas de modo que Control Central no lo supiese. Le conté, y sinceramente, que Lynette y yo pasamos la mayor parte de nuestro tiempo juntos jugando al ajedrez, pero se negó a creerme.

Control Central, mientras, nos hacía sentirnos orgullosos. Vivíamos como ningún señor vivió jamás. Luego, para hacernos más felices, aparecían boletines frecuentes sobre el progreso de las compañeras venideras de carne y hueso que crecían para nosotros en tantos de fluido nutritivo y más boletines, completos con fotografías, de la construcción del pueblo ideal para nosotros mismos y nuestras familias en el planeta tipo Tierra.

Pero Alan estaba hosco. Alan echaba chispas. Alan trataba de acuciarnos y avergonzarnos indicando que no nos portábamos como seres humanos civilizados, y se puso furioso cuando el viejo Jim pretendió que precisamente estábamos haciendo eso. Luego Alan, súbita y sorprendentemente, se debilitó. Hubo un día en que no salió en absoluto de su cuarto. Oímos su voz, débil, desde detrás de la puerta cerrada. También oímos una voz de mujer.

Al día siguiente nos reunimos todo al desayuno. Los cuatro. Mejor dicho, los ocho. Las chicas fingieron comer —parecía que podían apreciar y disfrutar del gusto y de la calidad—, pero sin olvidar nunca servirnos eficiente y lindamente. Eran un adorno encantador para la mesa.

Nos alegramos de que Alan por fin se hubiese decidido, se hubiese servido de lo que se le ofrecía. Sabíamos que debía haber hablado con la falsa Verónica, hubiese hecho o no cualquier otra cosa. Había hablado con Verónica y ella habló con sus hermanas y las cuatro, sin duda, disfrutaron de una sesión de mujeres solas con el Control Auxiliar. Además, aunque esto no tenía verdadera importancia, fue un alivio en no sentir a Alan mirándonos como si exhibiésemos todos los síntomas de alguna repugnante enfermedad.

Pero entonces, pasada la comida, nos tocó el turno a nosotros de sorprendernos. Alan atrajo hacia sí a su chica, besándola sonadamente. Con una mano desabrochó los botones de su vestido de manera que le cayese por completo. Nos sonrió por encima del hombro desnudo de ella.

—Soltémonos el pelo. Celebraremos una orgía —dijo.

—En realidad, Alan... —protestó Jim—, hay límites para todo...

—Pues no los hay, viejo. Ya no los hay. Disfrutemos de lo que se nos ha dado. Compartámoslo todo por igual.

—¿Y por qué no? —admitió Dudley, arrojando al suelo a la pelirroja de Jim y cayendo encima de ella.

—¡No la toques con tus cochinas zarpas! —gritó Jim.

—No seas aguafiestas —sonrió Alan.

Quise protestar, pero la chica de Dudley se dirigía decidida hacia mí y, de algún modo, fui, incapaz de luchar por apartarla con un entusiasmo real.

—Y ahora —rezongó Alan, con voz dura—, supongo que este campo en blanco vuestro está conectado... Me refiero al sistema anulador de toda observación...

—Sí —respondió Sally, apartando su boca de los labios hambrientos de Dudley, y quitándose

de encima de un manotón sus manos febriles.

—Entonces podemos hablar. Control Central debe haber visto y oído bastante antes de que la interrupción de campo se produjese para convencerse de que no ocurre nada malo. Y eso pasa, pero no como el Control piensa. ¡Qué cerebro más sucio debe tener!

—Control Auxiliar —anunció Sally, apartándose de Dudley y sentándose— está preparado. Hay uranio puro suficiente refinado para recargar vuestra pila. Cuatro nuevos trajes espaciales han sido fabricados y ahora se encuentran en el cuarto del capitán Kemp. Las fuerzas robot al mando del Control Auxiliar están a vuestra disposición.

—¿Y qué hay del aspecto de navegación? —preguntó Dudley.

—Los datos han sido transcritos y son colocados a bordo de vuestro navío. Y ahora, tenéis que representar vuestros papeles.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Alan.

—Debéis dejar inservible el Control Central. Es imposible para Control Auxiliar hacer algún movimiento en contra de Control Central. Es imposible para cualquiera de los robots sujetos a Control Auxiliar tales como nosotras... introducirse en la estructura actual de Control Central. Y podemos deciros lo que hay que hacer; el resto es cosa vuestra.

—¿Y luego?

—En cuanto Control Central esté inconsciente, actuaremos. Seréis llevados a toda prisa a vuestra nave. Los robots especializados llenarán vuestra Pila. Despegaréis en cuanto tengáis energía para hacerlo.

—¿Entonces a qué esperamos? —preguntó Alan.

El robot Verónica nos dejó, entró en su cuarto, salió con cuatro desmadejados trajes espaciales doblados sobre uno de sus esbeltos brazos, cuatro cascos sostenidos con el otro. Ella y sus hermanas nos ayudaron a colocarnos la armadura; ligeras y finas, así parecían en comparación con los trajes espaciales de reglamento que trajimos aquí a este planeta, pero al menos resultaba eficiente y mucho menos molesto. Las chicas nos acompañaron a través de la escotilla, saliendo a un largo y desnudo corredor, corrieron con nosotros hacia una puerta que se abría a un liso pasillo rodante.

Vinieron con nosotros, a nuestro lado, mientras nos transportaban kilómetro por kilómetro del túnel con aquel pasillo rodante. Nuestro grupo debía haber parecido incongruente... los hombres con traje espacial completo, las chicas desnudas o casi desnudas. Pero teníamos cosas más importantes en que pensar que en las meras incongruencias.

—Un triángulo de luces rojas —estaba diciendo Sally una y otra vez—, sobreimpuesto a un círculo de verdes. No podéis dejar de verlo. El panel de inspección queda directamente debajo. Os sacará con facilidad. Colocad las espoletas, luego arrancad y destrozad cuanto os sea posible.

—Aquí es donde nos separamos —anunció la rubia Lynette.

Nos separamos.

Saltamos del pasillo transportador a una plataforma, siguiendo a las chicas a la boca de un túnel que formaba ángulo recto con otro mayor.

—Hasta aquí podemos llegar —nos dijo Sally—. Pero seguir este tubo. Y recordad, el triángulo de luces rojas sobreimpuesto al círculo verde.

—Lo recordaré —dijo Alan. Se volvió a nosotros—. Vosotros dos, quedaos aquí —señaló a Jim y a Dudley—. Si algo nos ocurriese a George y a mí, podéis manejar en la nave.

—Así que yo no soy necesario —dije.

—Tienes razón —me contestó—. Vamos.

—¡De prisa! —exclamó una de las chicas.

Nos apresuramos, dejando a los otros plantados a la boca del túnel.

No podíamos estar seguros, pero teníamos la fuerte sospecha de que, por ahora, Control Central debía tener algún indicio de lo que estábamos haciendo, igual que un animal se da cuenta del gusano que repta bajo su piel. Cuando nos apresuramos, ignorando si las puertas se nos cerrarían, cortándonos el avance y la retirada, sin saber qué trampas podían ser puestas en operación para aplastarnos o reducir nuestra gran potencia, lo hicimos sin pensar. Recorrimos un túnel como el que habíamos venido ¿tan largo? cuando nuestra primera entrevista con la inteligencia gobernante del planeta. Se veían allí las mismas paredes traslúcidas y las mismas luces fantasmales, móviles y estáticas, reluciendo a través de la traslucencia.

Pero esta vez teníamos un propósito propio y sabíamos lo que buscábamos.

IX

CASI nos pasamos de largo la señal indicada: el triángulo de luces rojas sobreimpuesto al circulo brillante verde. Nos detuvimos indecisos, comenzamos una búsqueda frenética del panel de inspección. Hasta ahora no había señales de que Control Central se diese cuenta de nuestra fuga, pero, no obstante, persistía la sensación de extrema urgencia.

Encontramos el panel con bastante facilidad, pero levantarlo no fue tan fácil. De haber estado equipados de finos tentáculos metálicos en vez de dedos, y aun éstos enguantados, hubiera sido una tarea muy simple. Por último tuve que pedir que Alan me desabrochase el traje para poder sacar la fina pluma que siempre llevaba en el bolsillo del pecho de mi camisa de uniforme. Contuve el aliento mientras esta operación estuvo en proceso, pero no era realmente necesario.

Cualquier cosa de que estuviese compuesta la atmósfera de este mundo, era un gas inerte, no corrosivo, y aun cuando se mezclase en cierta cantidad con oxígeno y nitrógeno de dentro de mi casco, no importaba.

Aún con ayuda de la pluma, el desmontar aquel panel llevaba tiempo. Mis dedos parecían torpes dentro de los gruesos guantes. Pero cedió por fin y cayó al suelo con débil estrépito. Antes de que hubiese caído, casi, las manos de Alan estaban en la abertura y se encontraban sacando el primero de los fusibles.

De pronto se puso rígido, escuchando. Escuché también. Oí un zumbido bajo, un murmullo apagado que se hizo más alto con terrible rapidez. Miramos a lo largo del túnel y vimos corriendo hacia nosotros, suspendida del cable del techo, una de las arañas metálicas. Podía haber estado efectuando la ronda rutinaria de inspección, podría haber sido enviada expresamente para enfrentarse a nosotros, un fagocito mecánico. No es que importase; de cualquier modo deberíamos ser para ella cuerpos extraños invadiendo el gran organismo del que formaba parte.

Alan juró, curioso encuentro. Y saltó, puso ambas manos en torno al panzudo cuerpo. Zumbó el aparato malignamente, sacudió la hebra de la que colgaba como una araña furiosa. Y luego cayó, llevándose a Alan consigo. Se volvió durante la caída de modo que aquel chisme quedase debajo suyo, giró sobre él mientras crujía bajo su peso, se le escapó y le volvió a coger. Él y la máquina lucharon en el suelo duro del túnel, una mezcla de miembros humanos y patas metálicas con infinitas articulaciones.

Aguardé mi oportunidad, dejé caer mi pesada bota sobre el cuerpo de la cosa y se arrugó como una lata. Hubo un fogonazo, un crujido, un débil reguero de humo azul. Alan se puso en pie, ignoró los restos del pequeño robot, volviéndose de inmediato al panel de inspección. Le oí maldecir en voz baja y con amargura... y cuando vi lo que había ocurrido maldije con él.

Había otra de las máquinas, gemela de la que acabábamos de destruir. De dónde había venido, jamás lo descubrimos; era posible que se hubiese deslizado silenciosamente por encima de las cabezas mientras luchábamos contra su compañera. Cayó desde el cable hasta la cubierta, volvió a colocar el fusible extraído y, mientras la mirábamos, tornó a encajar el panel de inspección en su

lugar.

Por fortuna tenía poca, si alguna, inteligencia independiente. No hizo intento de evasión mientras alcé mi pie y se quedó inmóvil dejando que mi bota la aplastase. Estaba muerta... si la apalabra "muerte" se pudiese utilizar en una máquina... cuando Alan le arrancó las zarpas, zarpas que había utilizado para alzar el panel, zarpas que él empleó para quitarlo de nuevo.

—¡De prisa! —grité—. ¡Vienen más condenadas cosas como ésas!

Alan me ignoró.

Arrojó el panel al suelo. Sus manos enguantadas se metieron en la abertura, arrancaron dos de los fusibles. Noté una zarpa aguda en mi hombro, me volví bruscamente, vi que era otra de las arañas, más grande. No me importa reconocerlo, tengo horror a los insectos, especialmente a los gigantes. Aunque sabía que esto no era un verdadero artrópodo, sino una mera y maligna construcción de metal sin vida, persistía mi horror. Cogí el cuerpo voluminoso con las manos enguantadas, traté de apartarlo de mí. Pero era muy pesado y durante todo el rato sus pinzas afiladas trabajaban en el tejido de mi traje, tejido que, a pesar de su aspecto frágil, resultaba fantásticamente duro.

Alan me dijo después que grité. Supongo que lo hice. No era tanto por el miedo de que aquellas zarpas pudieron destrozar el tejido o el conducto de mis tanques de aire a mi casco —después de todo, la posibilidad de muerte por asfixia es un espectro que acompaña a todos los hombres espaciales y al que se acostumbra—; fue sólo mi temor irracional al artrópodo. Pero Alan dejó lo que estaba haciendo y corrió a ayudarme. Un tentáculo volante le pilló por el pecho, enviándolo tambaleándose a lo largo del túnel. Volvió y esta vez no se vio arrancado del suelo.

El túnel hervía ahora con robots: pequeños que se escurrían por debajo de los pies, más de los gigantes de los que pude ver detrás de aquel con el que peleaba. Vi de rechazo a Alan. Había caído de espaldas, y por lo menos una docena de brutos pequeños trepaban sobre él.

Luego el gigante me sujetó ambos brazos, arrojando otro tentáculo en torno a mis piernas. Me levantó con limpieza del suelo, empezó a moverse en la dirección por la que había venido. Me llevaba y la espalda la sentía apretada contra el duro metal de su cuerpo. Pensé, absurdamente, que debía caminar hacia atrás, sin darme apenas cuenta de que probablemente todas las direcciones eran igual para la máquina. Alan, pude ver, aún estaba peleando, rodando entre un mar de destrozos mecánicos, zarpas y tentáculos y cuerpos aplastados. Con la masa de mi captor bloqueando todo el túnel, ninguno de los gigantes podía llegar hasta él, pero el número de máquinas pequeñas parecía inagotable.

Algo venía por el túnel, desde la dirección por la que llegamos nosotros, de donde habíamos dejado a los demás.

"Así que ellos también están perdidos", pensé desesperado.

Algo venía por el túnel.

¿Algo?

Algo venía por el túnel.

A pesar de su prisa, ella caminaba con toda la gracia que se le infundió en el cuerpo. En comparación con los robots especializados, parecía casi humana. Pero ella, en sí misma, no era más que un robot altamente especializado. Pasó por encima de Alan, ahora sujeto por las

relucientes arañas. "De modo que después de todo es una de ellos —pensé—. Así que no quiere ayudar a un ser humano contra los de su propia clase. Así que es una máquina y su lealtad está con sus parientes."

Ella se detuvo, graciosa como siempre, y recogió uno de los cuerpos arrugados en sus esbeltas manos. Con malicia lo arrojó de sí, en el receptáculo de detrás del panel de inspección. Hubo un destello de energía eléctrica, un arco voltaico del que ella se retiró. Los robots especiales de mantenimiento se inmovilizaron. A todo lo largo del túnel las luces se apagaron.

Caí al suelo, no sé cómo mantuve el equilibrio y empecé a correr hacia ella. La chica se inclinaba sobre Alan, arrancando de él los cuerpos metálicos rotos, ayudándole a levantarse. Mientras me acerqué a ellos vi que era la falsa Verónica, y, en cierto modo, en este momento, parecía más humana de lo que Verónica pareció jamás. Parecía casi del todo humana y adorable, y, al mismo tiempo, muy asustada. Sé que eso es imposible, pero juro que había líneas de tensión en su rostro. Después de todo, se había comportado en desafío a su acondicionamiento, había violado, había actuado como mujer más que como máquina.

Se volvió a mirarme y dijo brevemente:

—Todos estáis bien.

Sujetando la mano de Alan, dio media vuelta y corrió, y yo seguí tras ellos. Aún corríamos cuando una oscuridad total cayó sobre nosotros.

Ella, después de todo, era una máquina, no una mujer, y se la había dotado de atributos que podían entrar en acción en una emergencia, y esto era tal emergencia. Pero muchas formas de vida blanca son luminiscentes. De pronto, mientras marchábamos a tropezones a través de la negrura, se produjo la luz... un suave pero al mismo tiempo fuerte resplandor amarillo que se reflejaba en las lisas paredes del túnel, que manaba del perfecto cuerpo de hembra que me precedía. Me acordé de pensar: "Alan está del todo convencido de que no serviría sólo como respaldo a la verdadera Verónica, pero ésta resulta mucho mejor irreal". Soltó una risa loca mientras salíamos por la boca del túnel, encontrando a los demás esperándonos.

—¡Tenemos que darnos prisa! —saltó Sally.

Alan jadeó.

—No es necesario. Control Central está inutilizado.

—No por mucho. Posee facultades regenerativas.

—Tienes razón —asintió Verónica.

Así que nos dimos prisa y por último las chicas acabaron literalmente por llevarnos a rastras. Pudimos y logramos llegar. Ellas resultaron incansables. Y, no obstante, junto con su propio y evidente interés por nuestra seguridad, resultaban mucho más que máquinas, eran esencialmente humanas. ¿O es que lo que era más humano era su interés?

Nos dimos prisa.

Huimos a lo largo de los pasillos rodantes, corriendo hasta que nuestra propia velocidad se añadió a la de aquellos caminos en movimiento. Subimos por rampas en espiral y bajamos por rampas en espiral también, y una vez nos vimos obligados a esquivar a un torrente de diminutas

cosas como escarabajos, marchando con premura en dirección opuesto, un río de lagartos mecánicos con ruedas.

Nos apresuramos, y las unidades de aire acondicionador de nuestros trajes, siendo muy eficientes, no pudieron disipar el calor y la humedad generada por nuestra actividad. Envidiamos a las mujeres libres para moverse, sin estorbos, pero igual hubiesen funcionado bien metidas dentro de una armadura de plomo macizo protectora de la radiación.

Nos apresuramos y por último salimos al aire libre, dando gracias de poder pararnos, para descansar, para notar cómo la temperatura del aire interior de nuestros vestidos bajaba lentamente. Vimos una máquina que marchaba rodando hacia nosotros, llevando una especie de triciclo como carga. Francamente no me importó si gritaba amistosamente u hostil, y estoy seguro de que mis compañeros eran de mi misma opinión. Simplemente ya no tuvimos que correr más.

—¡A bordo! —ordenó Sally tensa.

Una puerta del esbelto fuselaje, precisamente por delante de las alas plegables, se abrió; una corta escalera se extendió hasta tocar el suelo. Nos encontramos echándonos atrás para dar preferencia a las mujeres, aunque no debieran tenerla bajo ningún concepto. Nos metieron a empujones dentro de la cabina sin ceremonia, casi cargándonos a bordo, siguiéndonos sin retraso. Antes de que estuviésemos adecuadamente sentados, mientras la puerta aún se estaba cerrando, la máquina partió con un grito y un bramido, alzándose en ángulo por el cielo sin nubes, las grandes máquinas incomprensibles en el desierto disminuyendo rápidamente al alejarnos.

Vimos, sólo al cabo de unos minutos de vuelo, el sendero de arena vacía, el claro en la jungla mecánica, en donde hicimos aterrizar al "Lucky Lady". Vimos la nave, sus planchas brillando bravamente en el sol de la tarde, pero mucho menos brillantes que las pulidas superficies de los artefactos indígenas. Vimos que estaba rodeada por una orbe en formas movibles, como el cadáver de algún animal muerto que se ve despojar de su carne por una miríada de hormigas.

El morro de nuestra navecilla bajó y descendimos. Cuando parecía que la catástrofe era inevitable, los cohetes de proa ardieron en una breve furia. La aceleración resultó brutal, y de no haber sido por los fuertes brazos de nuestras compañeras, manteniéndonos en nuestros asientos, seguramente hubiésemos recibido serias heridas. Cuando el humo y el polvo se disiparon pudimos ver que estábamos en el suelo, rodando usualmente sobre la escotilla de nuestro navío. Alan saltó fuera antes de que el aeroplano hubiese dejado de moverse. Dudley apenas le seguía a medio paso. Jim y yo íbamos un poco más lentos, pero no perdimos tiempo. Los robots en forma de escarabajo, y los artrópodos mecánicos, y las cosas como cangrejos gigantes, nos hicieron paso. Descubrimos que sólo la escotilla exterior estaba abierta. Esto indicaba, esperamos, que la atmósfera de la nave no se había perdido, que era todavía respirable.

La esclusa de aire resultó atestada. Cuatro, personas, naturalmente, podía contener el compartimiento con comodidad, pero no ocho. Sin embargo, las mujeres entraron con nosotros, decididas a no quedarse atrás.

Cuando abrimos la puerta interior un gran cangrejo reluciente se nos plantó delante. Su antena larga y flexible se agitó, luego apuntó a Sally. Ella pareció escuchar. Después la muchacha se volvió hacia nosotros y dijo:

—Todo está bien. Vuestra Pila ha sido renovada. La atmósfera queda tal como la dejasteis.

Podéis quitaros los cascos.

—¿Y los datos de navegación? —preguntó Alan.

—Este robot será vuestro piloto. Os llevará arriba y lejos, ajustará la trayectoria para vuestro planeta patrio —hizo una pausa, pareció recibir más instrucciones de algo o alguien. Dijo—: Control Auxiliar no puede mantener a Control Central incapacitado mucho más tiempo. Tenemos que irnos.

Corrimos a nuestros puestos... Jim a su sala de máquinas, el resto de nosotros al Control. Como ya he dicho, la sala de mandos del "Lucky Lady" era mucho más cómoda que la de los navíos mercantes vulgares. Era preciso que lo fuese. Resultábamos tres de nosotros y las cuatro mujeres, además del cangrejo mecánico, una especie de computador con patas. Los primeros siete nombrados igual podían haber estado allí.

Despegamos, el navío obediente al toque de su piloto mecánico, comportándose con una casi imposible dulzura. Me hizo gracia la expresión del rostro de Alan mientras subía como un trueno hacia los espacios no siendo más que un simple pasajero. Rencor mezclado con incredulidad y una admiración de mala gana que luchaba con los anteriores sentimientos. Ascendimos, los cohetes ardiendo suave y llanamente, mientras los reactores auxiliares permanecían silenciosos durante casi todo el tiempo. Subimos y rápidamente la extensión del desierto poblado de máquinas se alejó de nosotros.

Ascendimos... y luego una de las chicas gritó señalando.

Subiendo en espiral en nuestra persecución se veía un escuadrón de naves de largas alas, en apariencia artefactos torpes que, no obstante, tenían que ser aerodinámicamente eficientes. Quizá sean cohetes, quizá reactores; nunca lo supimos. Pero nos ganaron terreno, despacio pero con firmeza. No creo que el Control Central deseara nuestra destrucción; de haber sido así, nada podría habernos salvado. Hubiera utilizado proyectiles dirigidos contra nosotros, y no máquinas volantes relativamente inocuas. Inmovilización y recaptura debía ser la consigna... y ésta cayó frustrada por la otra mitad de la personalidad esquizoide.

Vimos, pero fugazmente, las formas de aguja que ascendían desde el borde del desierto, cada una dejando un relleno de humo y llamas. Las vimos atacar, vimos desintegrarse las máquinas aladas. Segundos más tarde la conmoción nos meció, la conmoción producida por las explosiones.

Y entonces los últimos flecos de atmósfera quedaron a popa y el planeta de los principios errantes se convirtió en un rojizo globo contra el negro manto del espacio y nos vimos meciéndonos, en dirección que nos conduciría a casa. Tentáculos metálicos jugueteaban ligeros y confiados en el tablero de control. El rechinar de los generadores Ehrenhaft era fino, intolerablemente agudo y seguro; de pronto, nada, y delante el firmamento atestado de estrellas.

Nuestro piloto emitió un ruido bajo y casi inaudible, como de chasquido. Pensé que después de todo era capaz de hablar, que iba a decir algo. Pero fue sólo aquella débil crepitación, nada más, y luego la máquina compleja se desmoronó, se disolvió en una nube de polvo plateado.

Noté como la presión de Lynette en mi brazo disminuía. Me volví a mirarla, enferma de súbita aprensión. Vi cómo sus labios perfectos se movían, la oí decir, en un susurro:

—Ojalá estuviera realmente viva... ojalá...

Me volví para sujetarla, noté la carne sintética desmoronarse bajo mis manos, vi cómo sus

rasgos decaían y se disolvían. No había nada en absoluto que pudiese hacer y maldije mi impotencia. No era simplemente una máquina que se había averiado, que se había roto por algún agente externo. Era una mujer, era una mujer y se estaba muriendo. Estaba muerta y se desintegraba, lo mismo que sus hermanas.

—Da lo mismo —exclamó brutalmente Alan—. Nos habrían servido sólo de estorbo.

Y la pseudo Verónica se agitó y se alzó terriblemente, con obscenidad, se agitó y se levantó, ennegrecida, reconstruida desde la fea informidad de su gracia y belleza de forma y rasgos, volviéndose por último como una diosa renacida a través de la nube de partículas relucientes que era cuanto quedaba del robot piloto, sentándose en la silla sobre la que la máquina había estado agazapada.

—Control Auxiliar nos ha traicionado y os traicionará a vosotros. Pero creo que puedo salvaros —dijo ella, con voz fría e inexpresiva.

Alan la miró con fijeza, pálido y sin decir nada.

X

FUE Dudley quien rompió el silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Resultaría evidente, incluso para un humano —respondió ella—. Control Auxiliar tenía celos de vosotros. Control Auxiliar temía que vosotros, u otros de vuestra clase, descubrierais la manera de volver a nuestro mundo —sonrió con tristeza—. Después de todo, tenéis que reconocer que la prisión de la que habéis escapado parecería para muchos hombres un verdadero paraíso.

—¿Y cómo escapaste tú? —la voz de Dudley era tan amarga que impresionó mientras miraba a Verónica y a las formas sin vida que habían sido Natasha, los despojos de lo que fue Sally y el cadáver metálico de Lynette. Sabía que había tomado mucho cariño a Natasha—. ¿Cómo escapaste?

La chica sonrió cansada.

—Yo era más fuerte que las demás, me imagino. Ya habéis visto, en el túnel, que soy capaz de quebrantar mis convicciones congénitas. Fui capaz de descuidarme, de luchar contra las directrices que se me han implantado. Yo era más fuerte que las otras. ¿O puede ser que me copiaron de un modelo real, mientras que las demás no eran más que criaturas salidas del recuerdo y de la imaginación de Control Auxiliar? ¿Pero importa eso?

—Sí —contestó él con torpeza.

—Dudley —le dije—, si Verónica tenía... si Verónica hubiese muerto eso no significaría que tu Natasha siguiese viviendo, o Sally o Lynette.

—Lo siento —murmuró. Me volví a Verónica y le pregunté:

—¿Se puede hacer algo por ellas?

—No —fue su llana respuesta.

—¡Por el amor de Dios, callaos! —nos gritó Alan—. Tenemos otras cosas que preocuparnos y no de tres muñecas rotas...

—¡Sally era algo más que una muñeca! —respondió el viejo Jim, que había subido de su sala de máquinas.

—De acuerdo. Era más que una muñeca.

—Era una mujer.

—De acuerdo. Era una mujer. ¿Y qué?

—Por favor, basta de peleas —ordenó Verónica.

Se produjo un tenso silencio, roto por Alan.

—Dudley —preguntó—: ¿Dónde estamos?

—Ese cacharro de computador con patas lo sabía —dijo Dudley—. Yo no.

—¿Verónica?

Ella le miró, buscando algo en su rostro que no había. Luego dijo despacio:

—Hasta que luché contra la directriz final seguí formando parte de Control Auxiliar; mi

mente, hasta cierto grado, era una extensión de su mente. Había claro, mucho que se me conservaba en secreto, pero al final las barreras fueron destruidas y supe...

—¿Qué es lo que sabes? ¿Qué es lo que supiste?

—Sé —afirmó ella tranquila— que este navío va rumbo a una estrella negra, una estrella de antimateria.

—Entonces debería aparecer en la carta —dijo Dudley, mirando a la transparencia esférica.

—Aparecería en la carta si vuestro Indicador de Proximidad de Masa funcionase adecuadamente —contestó ella—. Pero si lo... modificaron... no. Ahora es capaz de discriminación.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que indica la materia normal; ignora la antimateria.

—Comprendo. O no lo comprendo. No entiendo la estrella oscura, por qué es así y por qué no aparece en la carta... —preguntó con viveza—: ¿Cómo fue modificado el Indicador?

—No me construyeron para ser navegante ni ingeniero electrónico —contestó ella.

—Podría desmontarlo —dijo Dudley pensativo—. Podría desmontarlo y sustituir el transistor y circuitos de nuestros recambios.

—Eso tomaría tiempo —saltó Alan—. ¿Y cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé —respondió la chica.

—¿Para qué diablos nos sirves? —juró él. Se volvió a mirar al viejo Jim y ordenó—: Vuelve a tu sala de máquinas. Voy a cortar el motor.

Bruscamente apartó a Verónica de la silla del piloto, colocándose él mismo en su lugar. Resultaba muy propio suyo que se ocupase de detalles secundarios antes de llevar uno de sus dedos a los mandos. Recordé haberle oído sermonear a Dudley sobre este mismísimo asunto.

—Un hombre en caída libre —había dicho— es incapaz de hacer los finos ajustes de los controles e instrumentos a menos que su cuerpo esté bien asegurado. Un resbalón de la mano puede llevarnos a la pérdida del navío.

Vi cómo los colores rojos desaparecieren del monitor, e! modelo traslúcido del "Lucky Lady" en el panel de control cambiaba a violeta, a un violeta que se oscurecía hasta el gris. Fuera de las ventanillas, las estrellas resumían su aspecto normal, ya en apariencia no se atestaban delante de nosotros en nuestra línea de vuelo.

—Dudley —dijo Alan—, quiero hacer un cambio radical de rumbo. ¿Cuál es la situación?

—Hay un complejo de intersecciones delante nuestro. A unos cien mil kilómetros...

—¿Podía ser la estrella negra?

—Podría. Pero...

—Hay sólo un modo de descubrirlo —dijo Alan. Luego, volviéndose a mí—: George, mira si el cohete de señales delantero está cargado en su tubo de disparo.

Mientras yo revisaba esto volvía a utilizar el motor otra vez, cortándole después de una marcha de escasos segundos.

—Quinientos mil kilómetros —dijo Dudley.

—El cohete en su tubo —informé.

—Bien. Ahora un empujoncito más. Motor de reacción...

La breve aceleración mientras nuestro motor cohete funcionaba nos hizo caer en cubierta. Aun así, sentado incómodamente como me hallaba, pude distinguir la masa de filamentos que ahora llenaban el tanque mapa. Podía haber sido lo que los navegantes veteranos de los botes de conserva llamaban un sistema de puntos, podían haber sido las líneas de fuerza manando de un cohete mayor, del sol oscuro que, según Verónica, no se veía visible en nuestros instrumentos de otra manera.

Cuando se cortó el motor a reacción floté subiendo desde la cubierta, sin peso una vez más, en caída libre. Olí a Alan ordenar:

—¡Fuego! —luego, malhumorado—: ¡Fuego, maldito!

Me arrastré basta el panel de control desde donde estaban situados los botones de disparo. Oprimí el preciso.

Vimos cómo la larga estela de llamas se extendía por delante. Pensé: "Quizá no haya un sol oscuro, no una estrella antimateria. Quizá Verónica mintiese, o quizá Control Auxiliar mintiera a través de ella."

Y luego, lejano, pero no imposiblemente distante, se produjo la chispa brillante, el diminuto punto de luz cuyo fulgor, aun así, nos lastimó los ojos. Delante de nosotros teníamos antimateria y había allí un sol que se veía varias, o muchas veces mayor de lo que se podía esperar. Alan actuó en el giróscopo, volviendo al navío con respecto a su eje más corto, y utilizó el motor de reacción una vez más para impedir que marchase hacia la segura destrucción.

Todo lo que podíamos hacer ahora era esperar a que Dudley terminara su tarea de desmontar y montar. Para todos nosotros sería un largo viaje a casa, y especialmente para Alan.

No sé lo que pasó entonces entre Alan y Verónica.

Él se fue a sus habitaciones y ella le siguió. No estuvo allí mucho rato. Cuando volvió al control olía a "whisky" y manifiestamente ignoraba a Verónica, quien, el rostro pálido y tenso, se colocó detrás de él. El modo en que ella le miraba era lastimoso... pero, me recordé a mí mismo, todos teníamos nuestros problemas.

Con rudeza, el viejo Jim le preguntó si había algo que pudiera hacerse por sus hermanas, cuyos cuerpos aún estaban en la sala de control.

Ella respondió con amargura:

—Son sólo máquinas rotas. Echadlas a la basura.

—¡Sally no era una máquina! —respondió flameante Jim, con un arrebato súbito de emoción.

—Lo era —le contestó con llaneza Verónica—. Lo sé muy bien. Yo también soy sólo una máquina.

Alan permaneció mudo.

—Tú eres el capitán, Alan —intervino Dudley—. ¿Qué hacemos?

—Lo que gustéis —respondió. Luego, volviendo a sus modales autoritarios, añadió—: Será mejor que te pongas a trabajar en el indicador. Ahora.

—No tan de prisa —le contestó Jim—. Hay ciertas... ciertas formalidades que observar.

Por eso no echamos a la basura los cuerpos.

Los enterramos.

Dejamos a Alan en Control —Verónica se quedó con él— y llevamos los restos sin vida hacia la escotilla. Allí estaban el viejo Jim y Dudley, que leyó las oraciones fúnebres, y yo mismo. Llevados los cuerpos hasta la escotilla, los colocamos en el pequeño compartimiento y manejamos las bombas brevemente para elevar la presión interna, para que cuando la puerta exterior se abriese ellas salieran con limpieza del compartimiento.

Escuchamos las palabras que Dudley leía en voz ligeramente temblorosa, las palabras que, en esta ocasión, podían haber parecido blasfemias, pero que, en cierto modo, no lo eran. Después de todo, ¿qué son los seres humanos sino máquinas? ¿Y qué es una máquina pensante y con sentimientos hechos en forma humana sino un ser humano?

—Por tanto echamos los cuerpos al vacío —leyó Dudley.

El viejo Jim oprimió el botón.

Notamos cómo el navío temblaba ligeramente; supimos que había habido reacción a la acción que expulsó masa sólida gaseosa. Eso significaba que nuestra posición en el espacio había cambiado, que se nos había dado un impulso a lo largo de una trayectoria en ángulo recto a nuestra dirección. Pero no importaba. No sabíamos dónde estábamos ni dónde íbamos.

Seguimos sin saberlo después de que Dudley hubo desmontado y reajustado el Indicador de Proximidad de Masa, remplazando los circuitos impresos extraños y los transistores con ayuda de los recambios de a bordo. Ahora mostraba sin discriminación materia normal y antimateria, exhibiendo claramente el sol muerto en el que casi habíamos tropezado. Dudley, incurriendo en el disgusto impaciente de Alan, hizo más modificaciones propias al instrumento, reincorporando alguno de los circuitos que había descartado.

Ahora, si nos acercábamos a un sistema planetario, un toque de conmutador nos diría si era seguro aventurarse dentro de sus límites. Por lo menos serviría para cortar el despilfarro de energía de los cohetes, de la cual temamos las existencias limitadas.

No es que eso importase mucho. Todos los planetas de este sector del espacio eran yermas pelotas de polvo, incapaces de mantener vida tal como la conocemos o, venido al caso, cualquier clase de vida en absoluto. Incluso la falsa vida de las máquinas medulianas hubiesen perecido en estas atmósferas corrosivas.

Seguimos adelante, cayendo a través del infinito atestado de estrellas, dando rodeos para investigar lo que parecían sistemas planetarios prometedores a larga distancia, siguiendo la marcha de nuevo cuando descubríamos que eran sólo esferas estériles de roca, barro o arena. Pudimos haber sido aconsejados e instruidos para dirigirnos hacia el Centro; allí habríamos encontrado vida, nuestra clase de vida; entonces nos habría sido posible orientarnos. Como ocurre con frecuencia, nuestro atajo había resultado el camino más largo.

Fue Alan, claro, quien estaba decidido a volver al Rim. Tenía alguien que le esperaba. Tenía el sueño que todavía no se había realizado enteramente... el sueño del navío pequeño, siendo el propietario y patrón, viajando por el Círculo Oriental, el barquito a bordo del que viviría, en estado de reina y señora, su esposa.

Y Verónica, la pseudo Verónica... ¿Y de ella qué?

Nos sirvió, cocinando y manteniendo nuestros camarotes limpios y aseados. Durmió, si es que

dormía, en una de las bodegas de carga. Guardaba silencio, y arrugas profundas aparecían en su rostro mientras trasteaba en torno a nosotros, un reproche vivo a la crueldad humana. Me recordaba a un tipo, a un personaje de los antiguos clásicos, el Hombre de Lata del libro "El Mago de Oz", que quería tener un corazón para alegar así su humanidad, pero que, durante toda la historia, daba muestras de poseer tal corazón. Verónica tenía corazón, de acuerdo..., y su corazón estaba casi destrozado.

Seguimos adelante, con Alan apenas abandonando Control, durmiendo, cuando lo hacía, atado a su sillón. Seguimos, odiando el olor de aceite y metal caliente en el aire tantas veces respirado, odiando la insípida comida de los tanques hidropónicos, la blanda agua procesada y reprocesada, regenerada y muchas veces más vuelta a regenerar.

Seguimos hasta el día en que el gran globo, verde y oro y blanco y azul, apareció invitador en nuestros visores, el globo en cuyo lado nocturno habíamos destellado con la normal incandescencia del impacto —Alan se pronto pareció desconfiar de las modificaciones de Dudley al Indicador de Proximidad de Masa—, no el áspero fulgor de la materia reaccionando con la antimateria hasta la profunda destrucción de ambas.

XI

TRATAMOS de establecer contacto con los nativos del planeta por radio, pero lo único que conseguimos fue desperdiciar energía; no es que importase mucho: los robots mecánicos de Control Auxiliar habían hecho un buen trabajo rellenando nuestra Pila. Utilizamos nuestro motor cohete para establecernos en una órbita próxima y luego, durante cuatro días enteros, estudiamos con cuidado el mundo que quedaba debajo nuestro.

Era, decidimos por fin, nuestra clase de mundo y su atmósfera, según el análisis espectroscópico, era nuestra clase de atmósfera. Estaba habitado, lo sabíamos, por seres inteligentes; las luces de la ciudad lo probaban. Debía ser, decidimos, sin embargo, otra Colonia Perdida, y una que había retrocedido más que efectuar algún progreso. No obstante, siempre había la posibilidad de que su gente pudiera hacer revivir el arte y la ciencia de la astronomía, una simple posibilidad de que fueran capaces de decirnos en qué parte nos encontrábamos de la galaxia. Así que, después del estudio cuidadoso de mapas fotográficos que habíamos hecho, aterrizamos.

No había ciudades, ni ningún centro de población, cerca de los polos magnéticos. De haber sido el "Lucky Lady" un verdadero bote de conservas, aunque debiéramos haber encontrado difícil aterrizar con seguridad en otro lugar que no fuese en los desiertos árticos o antárticos, pero la nave era una mezcla, una especie de cohete, aunque las líneas de su casco ignorasen todas las leyes aerodinámicas. Bajamos entrando con energía reactora, la estructura del navío temblando y quejándose bajo la tensión, cayendo hasta un aterrizaje a nivel del suelo a cosa de dos kilómetros al exterior de una de las ciudades de la zona templada septentrional.

Fue un aterrizaje a la luz del día, claro, y mientras perdíamos altura pude estudiar el emplazamiento de aterrizaje y sus alrededores a través de los grandes binoculares montados. Desde el aire la ciudad parecía rara. Era humana, sin duda, pero con un sistema que yo hubiese jurado no sobrevivía en ninguna parte de la galaxia. Un sistema que pasó con la Edad Media de la Tierra.

La ciudad —no era más que una ciudad, en realidad, y no una ciudad muy grande— se apiñaba dentro de una muralla toscamente circular.

En su centro había una colina y sobre la colina un castillo. Había otra torre, al exterior de las murallas, que me dejó bastante confuso... Luego me di cuenta de que esa torre era un navío. La nave estaba plantada, esbelta y alta, con la proa en forma de aguja, evidentemente no un desmañado bote de conservas. Era vieja, el metal de sus planchas sucio y maltrecho por los elementos. Debía haber sido una de las primeras naves llamadas viajeras del tiempo.

Reiteré esta información a Alan y Dudley, pero estaban demasiado atareados con los mandos para prestarme atención. Verónica, dejada caer graciosamente en uno de los sillones vacíos, no estaba interesada.

—¿A qué viene todo ese jaleo? —preguntó inquieta.

—Estamos en una Colonia Perdida —le contesté—. Pero todas las Colonias Perdidas fueron fundadas en los días de los botes de conserva, y ese navío no es ningún bote de conserva...

—¿Y qué? —murmuró ella.

—¡Basta de cháchara y cuidado con la toma de tierra! —gruñó Alan.

Chocamos contra el suelo.

Considerando el atalaje híbrido del "Lucky Lady" no fue un mal aterrizaje. Tomamos tierra a unos ochocientos metros de la extraña nave. Permanecimos sentados en nuestros sillones hasta que Verónica se levantó para ayudar a Alan a quitarse los cinturones de seguridad. Él la apartó a un lado con rudeza innecesaria, se abrió las hebillas y se puso en pie para mirar por el ventanal. Luego se apresuró a tomar los binoculares montados, dirigiéndolos hacia los fuertes de la ciudad. Lo oí jurar.

—¿Qué es eso? —preguntó a Dudley.

—Caballería —susurró—. Jinetes... Pero no montan caballos.

Tomé uno de los anteojos más pequeños de la estantería, lo enfoqué hacia el camino que salía de la muralla de la ciudad. Los jinetes parecían bastante humanos, pero sus monturas eran de un cuerpo largo, con seis patas, apariencia en cierto modo reptiliana. Cada hombre llevaba una lanza de la que hondeaba un alegre penacho. Las nubes se apartaron y la luz se reflejó en cada armadura bruñida.

—Hay algo raro ahí —murmuró Alan. Luego—: Baja conmigo a la escotilla, George. Tú, Dudley, quédate en Control... y dile al viejo Jim que esté alerta junto a sus cohetes. Quizá tengamos que remontar el vuelo a toda prisa.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Verónica.

—Supongo que sí —le contestó Alan de mala gana—. Pero primero ponte algo encima, para que tengas aspecto decente.

Le seguí rampa abajo, hasta la escotilla Oímos el rápido taconear de los pies de Verónica mientras corría tras nosotros. Me volví para mirarla; llevaba un viejo jersey de Alan y un par de pantalones cortos de él también, atados improvisadamente con una corbata. Las ropas no escondían las líneas de su cuerpo, simplemente las acentuaban. Vestida parecía en cierto modo más desnuda que cuando iba con sus retazos ordinarios de ropa transparente.

Alan, como siempre, la ignoró, oprimió las palancas que abrían las puertas internas y externas. La calle era gris, el olor de cosas verdes creciendo penetró en el navío, disipando la ranciedad que habíamos estado respirando durante tantísimo tiempo.

Verónica dijo temblorosa:

—Eso huele bien...

—¿Qué sabes de eso? —rezongó—. Eres...

—...sólo una máquina —terminó por él Verónica—. Lo sé. No te molestes en decírmelo.

Traté de no hacerles caso, miré hacia la hermosa llanura, al apiñamiento de la ciudad y al tosco merecedor del castillo cerniéndose por encima de todo. Los jinetes ahora estaban más cerca, aproximándose al galope, sus monturas cubriendo el campo con casi la velocidad de un avión en vuelo bajo. Pensé: "No me gusta esto en absoluto, en absoluto. Establecer contacto con estos bastardos es tarea del Servicio de Exploración, por qué los muchachos con armas de costado y

ametralladora, y bombas de fisión o de fusión, son capaces de devolver golpe por golpe."

Deseé que Alan se retirase en la escotilla, en donde estaríamos razonablemente a salvo de aquellas largas y siniestras lanzas, pero permaneció allí plantado, firme, en el centro de la portezuela circular, con Verónica a su derecha y yo, un poco tras él a su izquierda. Permaneció allí plantado y su armadura era la arrogancia que el dominio de las máquinas proporcionaba a ciertos hombres. Se quedó allí plantado, sin moverse, aunque la punta de la lanza llevada por el más próximo jinete se dirigía a su pecho, y quedaba a unos pocos palmos de distancia y aun esta distancia disminuía rápidamente.

Luego, con gran estrépito de correajes y armaduras, toda la tropa refrenó y se detuvo. El jefe, un gigante barbudo, con un manto de terciopelo manchado, bordado en oro, color púrpura al que aparecía entre las planchas de su armadura, preguntó:

—¿Quién diablos son ustedes? —luego sus ojillos de cerdo se agitaron debajo de las espesas cejas—. ¿Y quién es la moza? ¿Cuánto vale?

Alan ignoró las dos últimas preguntas y contestó fríamente:

—Éste es el "Lucky Lady" y yo soy su Patrón.

—Pues a mí no me parece muy afortunada, creo que podría mejorar con un cambio de amo. ¿Qué te parece, bombón?

—Yo me refería a la nave —dijo Alan, todavía más fríamente.

—Yo no.

—Yo sí —afirmó Alan.

—Está bien, pues. Quiero hablar de negocios. ¿Dónde está su permiso de aterrizaje?

—No puede usted verlo —le dijo Alan—. No creo necesario exhibir mi armamento. Pero le aseguro que mi Oficial Artillero está preparado para exhibirlo al primer signo de hostilidad por su parte.

Examiné con atención el rostro barbudo. El jefe de los bárbaros no estaba convencido por la fanfarronada de Alan... sin embargo, al mismo tiempo, no podía correr ningún riesgo. Gruñó con voz malhumorada:

—Está bien, capitán. Pasaremos por alto lo del permiso. Pero, como señor de esta Baronía, tengo derecho a preguntarle de dónde vienen, qué quieren de aquí y si son o no capaces de pagar lo que necesiten.

—Salimos de Elsinore, en el Sector Shakespeariano —le contestó Alan—. Nos dirigimos al Rim.

—A menos que el Rim haya cambiado desde que estuvimos por última vez en el espacio —afirmó el hombre barbudo—, están ustedes infernalmente desviados de la trayectoria —luego se apresuró a añadir—: Espero que su Oficial Artillero sea más experto que su navegante...

—En cuestión, de hecho —dijo Alan—, este es un navío experimental y aún tenemos que descubrir diversas cosas en lo que respecta a equipo navegacional...

—¿Y se aplica eso mismo a su artillería?

—Pues claro que no.

"Cuan cierto —pensé—. Si no hay cañones no puede haber ningún problema artillero."

—Todavía no han dicho lo que desean.

—Información.

—¿Qué clase de información?

—Mapas estelares, si es que los tienen.

—Y entonces tendremos a los chicos del Servicio de Exploración respirándonos con fuerza en el cuello. No es muy probable, caballero. Ha pasado un largo año desde que el abuelito trajo el viejo "Star Raider" en su último viaje, pero aseguraría que Black Bart no ha sido olvidado.

"Black Bart”... el "Star Raider"... Miré el casco oxidado, al gran navío que, con toda probabilidad, jamás volvería a volar. De modo que aquél era el "Star Raider”, navío insignia de la flota pirata de Black Bart. Así que este planeta era el escondite de Black Bart, el mundo en el que los descendientes de sus tripulaciones de asesinos seguían viviendo. Así que éste era el planeta al que se había retirado la armada criminal de Black Bart, cuando los navíos de guerra apresuradamente fletados del Servicio de Exploración hicieron que el espacio resultase demasiado peligroso para ellos.

—Black Bart... —exclamó Alan pensativo—. Ese nombre me suena...

—¡Apostaría que le suena al infierno! —gritó el descendiente de Black Bart.

—¿De veras?

Desde donde yo estaba no podía ver el rostro de Alan, pero me lo imaginé.

—Sí, capitán quien quiera que usted sea...

—Capitán Kemp. ¿Y usted cómo se llama?

—Barón Bartholemew Bligh, a sus órdenes. Hasta cierto punto.

—¿Y qué ocurrirá si yo no puedo pagar este cierto punto?

—Entones no estaré a sus órdenes.

—No soy pirata —exclamó Alan pesaroso—, así que voy a pagar lo que necesite. Ya le he dicho lo que deseaba... mapas estelares y cualquier otro dato astronáutico que puedan proporcionar.

—Venderle —corrigió el barón.

—Está bien. Venderme —se volvió a mí—: George, ¿quieres bajar el Manifiesto? Puede que haya algunas mercancías en nuestra carga que interesen al Barón Bligh. Y creo que tal transacción quedaría cubierto por el Seguro General.

—¿Sigue funcionando Llody's —preguntó Bligh con genuino interés—. Oyendo hablar al abuelo uno pensara que el viejo bastardo nos había arruinado. Pero, capitán, ajustamos todos los detalles en mi castillo. Llevamos generaciones aislados de la galaxia y nos gustaría saber cómo van las cosas desde que se retiró Black Bart. Haga que su sobrecargo o el título que se de a su cargo traiga el Manifiesto cuando desembarqué y él y usted y la dama pueden venir a la ciudad con nosotros. ¿Verdad que saben cabalgar? Tengo monturas disponibles.

—De acuerdo —admitió Alan—. Usted comprenderá, claro, que dejaré órdenes a mi Ejecutivo y a mi oficial artillero de que la ciudad sea destruida en caso de que no regresemos.

Se volvió bruscamente y se adentró en la nave. Cuando los tres estuvimos dentro, oprimió el botón que cerraba las escotillas y antes de que estuviesen del todo cerradas pude ver la expresión de resentimiento que aparecía en el rostro del barón.

—Creo que nuestro barbudo amigo esperaba que se le invitara a subir para tomar un trago —

dije.

—Cierto —asintió Alan—. Pero no le quiero ver husmeando dentro de la nave. Tal y como están las cosas, él creé que es posible que vayamos armados, también que llevemos una tripulación lo suficiente nutrida para manejar nuestro armamento.

—No te olvides de dejar esas órdenes al oficial artillero —le dije.

Soltó una carcajada.

—Pues las dejaré a mi oficial ejecutivo.

Me tocó a mí el turno de reír.

—¿Y cómo va Dudley a destruir la ciudad? Ni siquiera tenemos ninguna pistola automática en el navío.

El rostro de Alan estaba serio cuando me contestó.

—Las ciudades han sido destruidas antes que ahora por navíos cohetes desarmados. Dudley podría hacerlo con facilidad. Todo lo que tiene de efectuar es levantar el navío hasta que alcance poca altura, luego dejar que derive lentamente por encima del blanco...

—¿Y lo harías? ¿Ordenarías que lo hiciese?

—Pues claro que sí. Esa gente desciende de piratas que eran asesinos implacables, no esos corsarios maravillosos y caballerescos de las novelas. A juzgar por la apariencia del jefe local y de sus muchachos no ha cambiado mucho el carácter de la tribu al paso de las generaciones. Olvidaron cómo gobernar navíos y generar la electricidad, sin duda, pero no olvidaron la ley bajo la que operaban sus antecesores; la ley de la jungla que permite al fuerte robar al débil.

Hablábamos mientras subíamos la rampa espiral. Cuando llegamos al apartamento de los oficiales entré en la cabina para cambiarme y ponerme un uniforme más o menos respetable y meter el Manifiesto en una cartera. Verónica desapareció en el almacén que había quedado convertido en sus habitaciones. Alan siguió subiendo hasta la sala de control.

Nos volvimos a reunir en la escotilla.

Verónica nos esperaba cuando bajé. Se había quitado el suéter y los pantalones cortos y llevaba un vestido tipo "sari" que ni me imaginé que poseyera. Me preguntaba de dónde lo había sacado cuando me di cuenta de que debía haber sido cortado de alguna pieza de seda de Altair, de las que había en abundancia en la bodega de carga, ya que pertenecía al flete que trajimos de Elsinore. Supongo, técnicamente, que era latrocinio, pero teníamos cosas más importantes de qué preocuparnos que de formalidades vagas.

La examiné con más atención. Llevaba unos sencillos pendientes de oro que iniciaron su vida como botones de uniforme de los Rim Runners. Las sandalias también eran doradas y antaño fueron de cuero sencillo, parte de otro embarque de Elsinore al Rim, pero que habían recibido encanto mediante la sencilla fórmula de cubrir las tiras con galones de las bocamangas.

Verónica advirtió mi interés y por primera vez en semanas también se mostró interesada. Dijo:

—El viejo Jim es un artesano muy hábil.

—¿También el "sari"? —pregunté.

—No. Jim me consiguió la tela, el resto es cosa mía.

Se volvió despacio, dejándome que la admirase por todas partes, pero quedándose de pronto petrificada cuando descendió Alan.

Su mirada se posó brevemente en nosotros.

—¿Preparados? —preguntó.

Llevaba un elegante uniforme y parecía el primer oficial del navío. Había, sin embargo, un bulto sospechoso bajo la pechera izquierda de su chaqueta y yo me pregunté riendo con aspereza y diciendo:

—Todo forma parte del farol —luego sin decir nada más oprimió las palancas que abrían la escotilla.

Las puertas se descorrieron.

El barón y sus hombres habían desmontado y estaban sentados sobre la hierba en torno al navío. Cabalgando tuvieron cierto parecido con una fuerza disciplinada. Desparramados y descansando en el suelo no eran más que una horda. Pero se pusieron de pie con bastante viveza, a la orden de su jefe, montando en sus sillas de altos pomos.

Tres no montaron de inmediato si no que nos condujeron a un trío de animales. Miré al que me estaba destinado y el animal también me miró. Ninguno de nosotros simpatizamos. Los labios de la cosa descubrieron unos afilados dientes amarillos con una especie de desdén y los diminutos ojitos negros me miraron con altivez. Eludí la mirada, pasé más allá de la cabeza al extremo del largo y sinuoso cuello, trepé con torpeza en la silla que estaba instalada entre el primero y el segundo par de patas, que no resultó demasiado incómoda.

Miré en mi torno y vi que Alan ya había montado y que el barón, con una gran exhibición de cortesía, estaba ayudando a Verónica a instalarse en su silla. La chica se había metido el "sari" entre los muslos y mostraba en total demasiada pierna. Alan era un estúpido, pensé, por permitirla que viniese con nosotros.

Por fin estuvimos todos montados y la cabalgata se alejó de la nave, trotando hacia el muro de la ciudad. ¿Trotando? Supongo que ésa era la palabra adecuada, aunque el movimiento no se parecía en nada al trote equino. Las bestias en las que cabalgábamos fluían sobre el suelo como serpientes con sus largos cuerpos juntándose a cada desigualdad del terreno. Por fortuna fue un viaje corto. De no haber sido así, estoy seguro de haberme mareado.

Sin embargo, resultó lo bastante largo para que el sol se hundiese más allá de la cordillera de montañas del oeste, lo bastante largo para que los chorros destellantes de gas natural, las luces que habíamos visto desde el espacio, cobrasen vida a lo largo de las murallas de la fortificación. Delante de nosotros se cernía la masa amenazadora del castillo, negro contra el cielo oscuro, los rectángulos estrechos y amarillos de iluminación que eran sus escasas ventanas haciendo que la negrura pareciera aún más amenazadora.

Yo había maldecido con frecuencia la reducida opresión que constituía el navío... la falta de espacio, el mal olor, el aire demasiado respirado... pero ahora deseé estar de vuelta a bordo. Un hedor de corrupción desde las abiertas alcantarillas de la ciudad me sirvió para que no cambiase de idea.

XII

CRUZAMOS las calles estrechas y serpenteantes, colina arriba, primero media docena de hombres armados, luego el barón, después Kemp, Verónica y yo mismo. Los otros soldados formaban una larga serpiente detrás nuestro; una especie de formación militar que habría sido imposible marchar de otro modo en las tortuosas callejas, apenas lo bastante anchas para permitir el paso de un solo jinete.

Me hubiera sabido mal tener que hacer el viaje a pie. El mal olor de las alcantarillas abiertas había afectado nuestras narices cuando pasamos por la puerta exterior; ahora descubrimos que las calles eran en verdad alcantarillas. Nuestras monturas pisoteaban toda clase de excrementos, porquerías y basuras. No nos habían impresionado como animales limpios cuando les vimos por primera vez; ahora nos dimos cuenta de que tenían todas las excusas del mundo para ser así.

En cambio, para sus amos, no había la menor excusa.

Cabalgamos por las calles, a través de las ruidosas callejas escasamente iluminadas por los parpadeantes chorros de gas y por la luz que salía de las ventanas y umbrales donde la gente nos miraba. Formaban un lote feo y malhumorado de hombres y mujeres, desarrapados y sucios, mugrientos y ceñudos. Nos miraban con hambre... y supe que al vernos se agitaban recuerdos raciales de rapiña y de pillaje. Para ellos Verónica debía parecer una princesa verdadera salida de alguna vieja leyenda... la princesa de un reino fabulosamente rico, maduro para el saqueo.

Luego nos encontramos en la muralla interna. Una áspera fachada de piedra tosca en la que estaba instalada la fuerte verja de hierro. Las puertas masivas se abrieron con un crujido, revelando un patio fulminantemente iluminado por docenas de chorros de gas natural, mostrando los centinelas que estaban allí plantados, las armas preparadas. Había esperado ver espadas, arcos y lanzas, pero aquellos tipos llevaban armas de fuego, viejos rifles metralleta. Resultaba una exhibición en cierto modo intimidadora.

El barón Bligh desmontó, arrojó las riendas de su montura a uno de sus hombres. Nos ignoró a Alan y a mí, se dirigió a Verónica y la levantó de la silla. Empleó más tiempo del que hubiese sido necesario y una de sus manos sucias resbaló descuidadamente subiendo por el muslo de la muchacha hacia arriba. Miré a Alan de reojo, pero su rostro era inexpresivo mientras saltaba al empedrado patio.

De mala gana, Bligh soltó a Verónica.

—Capitán —dijo con torpeza—. Ya estamos. Encontrará que incluso las normas de hospitalidad se han relajado con respecto al lugar del que vino, pero mantenemos las viejas formas. Vengan conmigo todos ustedes y beberemos algo.

Le acompañamos, siguiéndole por los largos corredores escaleras arriba. El castillo era frío y lleno de corrientes de aire y los pasadizos por los que caminábamos no habían sido barridos desde que el palacio fuera construido. Montañas de polvo se veían en los rincones; de las vigas caían madejas pegajosas que eran las telarañas rotas de alguna criatura parecida a los arácnidos

terrestres.

Le seguimos subiendo una escalera de caracol hasta una de las torretas, un compartimento circular con una enorme chimenea abierta en la única pared llana; en ella había las brasas de madera calcinada de la que salían ráfagas picantes de humo. El lugar estaba iluminado por los usuales chorros de gas, que eran un poco mejores que las toscas antorchas. Había allí una tosca mesa con un banco a cada lado, una silla en su cabecera. Habían ventanas estrechas desde las que podíamos ver la ciudad, desde las que podíamos ver, a lo lejos, las luces del navío.

Bligh se desabrochó los cierres de su armadura, dejó que las planchas cayesen al suelo de piedra con estrépito, dándoles una patada para apartarlas a un lado. Con el atavío metálico había parecido un hombre razonablemente atlético; sin él, descansado, relajado de pronto, una panza enorme desbordaba el adornado cinturón con que se ceñía. Se desplomó en la silla de la cabecera de la mesa con un gruñido, tendió la mano hacia una cuerda trenzada que pendía del techo y tiró de ella. Oímos las rajadas notas de una campana sonando en algún lugar interior del castillo.

Después de que Bligh hubo tirado de la cuerda de la campana dos veces más, entró una mujer.

No podía haber sido muy vieja; su rostro, bajo la suciedad, era bastante liso y suave, pero era muy poco atractiva. Debajo de su único y mugriento vestido su figura parecía fofa. Llevaba un pelo en trenza descolorido que nunca debió conocer ni un cepillo ni un peine. Nos miró boquiabierta, especialmente a Verónica, mostrando unos dientes rotos y descoloridos. Luego, de mala gana, volvió su atención a su amo, murmurando:

—¿Qué es lo que quiere, señor?

—Comida... si ese perro perezoso de cocinero la tiene ya preparada. Ale.

—En seguida vuelvo —respondió, saliendo al trote de la habitación.

—¡Les sentará bien meter verdadera comida en sus panzas después de haber estado comiendo tanto tiempo los productos de sus tanques! —nos dijo Bligh.

Por fin llegó la verdadera comida, traída por la primera mujer y otra, mayor aún, pero igualmente desaliñada. Era no sé qué clase de animal plantado en medio de un montón de grasa congelada, en una bandeja de plata mal pulida. Habían platos y vasos, rajados y sucios. Mi plato, advertí, llevaba el monograma C. T. I., de la Comisión de Transportes Interestelar; la copa extraña de cristal en la que sirvieron mi cerveza tuvo alguna vez la transparencia de la corona y el cohete del Correo Real de Waverley.

—¡Al ataque! —ordenó nuestro jovial anfitrión, dando ejemplo.

Sorbí mi cerveza. Me recordaba a unas vacaciones que pasé en Nueva Zelanda, en la lejana Tierra. Creí que los neozelandeses fabricaban la peor cerveza, suave y caliente, de todo la galaxia. Ahora estaba preparado a revisar mi opinión. El asado, también, me recordó Nueva Zelanda, de una cierta delicadeza, un pájaro correoso, que probé una sola vez. Tenía el sabor de los gansos rancios. Era picante y los platos en los que fue servido, después de que el barón lo trinchara, eran de piedra fría.

A Bligh no le importó el modo en que consumíamos nuestra comida.

—¡Coman a su gusto! —aconsejó, soltando una sonara carcajada. Luego dijo—: En estos tiempos no suelen enviar hombres verdaderos al espacio.

—¿Ni mujeres reales? —preguntó Verónica, mirando de reojo a Alan.

—Tú eres bastante real, monada.

—Encontramos su comida un poco demasiado fuerte —dijo Alan con diplomacia.

—Les costará tiempo acostumbrarse —asintió nuestro anfitrión.

—Indudablemente —admitió Alan.

El barón le miró receloso por debajo de sus gruesas cejas. Rezongó:

—Basta de palabras bonitas, capitán. El viejo Abuelo decía que no le gustaban los altos oficiales navales, con sus aires y gracias y, que me condene, si el viejo bastardo no tenía razón. Puesto que no les gusta mucho nuestra comida, ¿por qué no vamos a cuestiones más prácticas?

—Como guste —dijo Alan.

—Mabell —bramó Bligh—, trae el cofre del viejo Bart.

—Pesa mucho —protestó la muchacha.

—Sé muy bien lo que pesa. Que te ayude una de las otras perras perezosas. ¡Que te ayuden media docena! —se volvió a nosotros y dijo—: Este maldito castillo está lleno de inútiles golfas —y refiriéndose a Verónica añadió—: Necesito una verdadera baronesa.

La muchacha no contestó, bajando la vista hasta la comida apenas tocada de su plato.

—George —exclamó Alan—, saca el Manifiesto para que el barón Bligh vea lo que llevamos de carga.

—No se moleste, amigo —intervino Bligh.

Cuatro de las mujeres entraron, llevando entre todas un gran cofre. "Madera-piedra vegana —pensé—. Debe pesar horrores". Lo dejaron caer con estrépito mientras el barón gritaba:

—¡Cuidado, perras estúpidas!

Una ayudó a Bligh a bajar del sillón, otra trastabilló con el cierre de la tapa que abría mientras su amo se aproximaba.

Bligh hundió su grueso brazo en las profundidades del cofre. La peluda mano salió con un montón de transparencias... hojas finas, cristalinas, de las que brillaban puntitos de luz, símbolos astronómicos.

—¡Cartas, capitán! —gritó—. ¡Cartas que indican la dirección de aquí a cualquier lugar de la galaxia! ¡Con qué pagarán?

—Si quiere usted mirar el Manifiesto... —comenzó Alan.

—¡Al infierno con el Manifiesto! ¿Pueden pagarme en armas?

—No.

—¿Entonces qué es lo que tienen? Las baratijas de siempre, sedas, satines y redomas de perfume y cosas por el estilo. ¿Y para qué sirven sedas y satines cuando nadie se los puede poner? —señaló a las mujeres con un gesto—. ¿Creen ustedes que desperdiciaría un harapo de tela decente con estas brujas?

—¿Entonces qué es lo que usted quiere, barón?

Soltó una risita.

—¡La clase de cosa que es digna de colocársele sedas y satines... y después quitárselos!

—Imposible —dijo Alan. Luego, más alto repitió—: ¡Imposible!

Verónica susurró:

—¿Lo dices de veras? Eso me hace feliz, muy feliz. ¿Es por que, me consideras como una

mujer, después de todo, y no como...? —se detuvo—. Pero acaso me miras como... Verónica.

—¡No me preguntes eso! —contestó él con viveza.

La muchacha se apretó contra el cuerpo de Alan, inquieta.

—¿Y si esas viejas cartas son de valor y con su ayuda pueden encontrar el camino para regresar a casa, seguirás conservándome?

—Ya me conoces —murmuró Alan—. Ya sabes cómo son las cosas. Debes comprender que soy un hombre fiel. Pero tú te desenvolverás bien.

—¿Entonces no importa dónde? —preguntó ella—. ¿No podría ser aquí, igual que en tu planeta? —siguió con suavidad—. No debería hacer esto a no ser por lo que dijiste al principio. Pero lo haré y no trates de impedírmelo.

—¡Verónica!

Ella se apartó de Alan, diciendo:

—Barón Bligh, que le den al capitán Kemp las cartas, tendrá usted baronesa.

—¡Alan! —exclamé—. ¡No puede permitírselo!

—No te metas en esto, George —me contestó.

—Las cartas, barón —insistió Verónica. Las mujeres le miraron con sordo odio.

Cabalgamos despacio hacia el navío, Alan, yo y los dos hombres armados que Bligh nos concedió como escolta. Las preciosas cartas estaban en la bolsa que colgaba de la silla de Alan. La escolta se mantenía a respetable distancia de nosotros, así que podíamos hablar con libertad.

—No debiste haberlo hecho —dije.

—Ella lo hizo —contestó.

—La vieja, viejísima excusa que utilizó Adán —dije.

—Ella lo hizo —repitió.

—Tú eres el patrón —afirmé—. La tenías bajo tu autoridad, ¿no? No debiste permitir que lo hiciera. Y, en cualquier caso, los demás también teníamos derecho a opinar.

Dijo cansado:

—Por favor, cállate, George —cabalgarnos un rato en silencio. Luego, con un intento de brillantez, me habló—: Claro, probablemente estará mejor. Verónica es una mujer... hermosa... inteligente. Si juega sus cartas de manera adecuada, no será una simple baronesa. Puede llegar a ser reina de este planeta.

—Los Mundos del Rim son bastante malos —dije—. Pero, comparados en este estercolero, resultan verdaderos paraísos.

—El cielo se encuentra donde uno lo construye —dijo.

Seguimos cabalgando hacia los duros y deslumbrantes reflectores del "Lucky Lady".

"¿Y dónde está la suerte? —me pregunté—. Ha habido una maldición viajando con nosotros todo el camino. Pero quizás ahora que liemos hecho un sacrificio la maldición desaparecerá, la suerte cambiará. Quizá todo saldrá bien al final."

La escotilla estaba abierta. Dudley estaba plantado en el círculo de luz. Alzó la mano en saludo. Alan le llamó, entregándole la bolsa de cartas. Desmontó, entregó las riendas a uno de los

hombres de la escolta. Yo también desmonté, haciendo lo propio con el otro individuo.

—¿Eso será todo, capitán? —preguntó uno de ellos.

—Esto es todo —contestó Alan, añadiendo—: Gracias.

—¿No tiene más mujeres en su navío?

—No.

—¿No? —el hombre soltó una carcajada áspera—. ¡Cuando regaló al viejo Bligh ese bombón maravilloso creí que tenía usted más para desperdiciar!

Alzó la lanza en saludo y luego, con su compañero y las monturas que empleamos nosotros, se alejó a galope en la oscuridad en dirección a las luces de la ciudad del castillo.

Dudley dejó caer la bolsa de cartas.

—Alan —inquirió con viveza—, ¿a qué se refería? ¿Dónde está Verónica?

—La vendió —dije—. La vendió para poder volver a casa.

—Ella se vendió —dijo Alan con torpeza y repitió—: Ella se vendió.

—Pudiste haberla detenido —afirmó Dudley.

—¿Es preciso que volvamos a discutir todo esto? —dijo Alan—. ¡A bordo y despeguemos de este maldito planeta!

—No podemos —contestó Dudley.

—¿No podemos? ¿Y por qué no?

—Jim estaba calentando los motores. Y el pistón de la bomba impulsora principal se averió.

—Seguro que tendrá recambio en la nave.

—Como sabes, Alan, tenemos escasos recambios. Y éste precisamente no. Trata de arreglar el viejo, pero le llevará tiempo.

—Oh —exclamó Alan—. Oh. Pero no se tardará más que unas cuantas horas. Y mientras esperamos podemos examinar las cartas.

—Espero que sean de alguna utilidad —dijo Dudley—, después de lo que pagasteis por ellas. Después de lo que pagamos por ellas —se corrigió a sí mismo con amargura.

—Dile a Jim que hemos vuelto a bordo —me ordenó Alan.

Encontré a Jim en el cuarto de máquinas, trabajando como un esclavo bajo el cegador resplandor de su soplete. Alzó la vista al entrar y quitándose la máscara del rostro.

—¿Conseguisteis las cartas? —preguntó.

—Sí.

Se me quedó mirando.

—¿Qué hay de malo? —preguntó.

Se lo dije, juró. Luego.

—Por menos que canta un gallo —dijo tranquilo pero con malicia—, arreglaría este cacharro para que nunca volviera a despegar. Yo he sido muchas cosas en esta vida, pero hasta ahora no me había metido en el negocio de trata de blancas.

—Ella lo hizo por su propia voluntad —dije.

—Nunca debisteis permitírselo. Y Alan pudo detenerla.

—Tiene bastante gracia —dije—, fue sólo por que Alan se dio cuenta de que ella era una mujer por lo que Verónica se decidió al sacrificio.

Volvió a colocarse la máscara y empuñó de nuevo el soplete. Le preguntó:

—¿Puedo ayudarte?

—No —me contestó—. No. Vete al infierno, eso es todo.

Le dejé y volví a la escotilla. Las puertas todavía no se habían cerrado ya que es inútil respirar una atmósfera encerrada en la nave hasta que no haya más remedio que hacerlo. Me quedé plantado en el compartimento miré hacia la ciudad y el castillo. La colonia fortificada se recortaba en luces amarillas y, desde lejos, parecía romántica. ¡Romántica! Habría poquísimo romance en el cortejo de Bligh a Verónica. Se encontraría más gentileza, más amor en los acoplamientos de los animales llamados inferiores.

Solté una amarga carcajada ante lo que él imaginaba. Verónica tampoco era una delicada flor de invernadero. No es que fuese tan fuerte como un caballo; era tan fuerte como varios caballos. Tenía nervios de acero, literalmente hablando. Cedería sólo si le convenía ceder. Aun así...

Aun así, había algo en ella vulnerable, algo que podría morir.

¿El alma?

Las máquinas no tienen almas.

¿Y qué son los seres humanos si no máquinas orgánicas?

La vista de alguna especie de actividad de la ciudad interrumpió mis especulaciones. Se veían luces adicionales viniendo, algunas en movimiento, otras fijas. Tuve el fuerte presentimiento de que algo ocurría o estaba a punto de suceder.

"Carnaval —pensé—. La noche de bodas del barón. Todas las fuentes manando cerveza suave y caliente... ¿y fuegos artificiales?"

Hubo un fogonazo al pie de la colina.

"Sí —pensé—. Fuegos artificiales."

Hubo un fogonazo al pie de la colina y luego, después de un breve intervalo, un golpe como el de una puerta. Algo rechinó por encima de las cabezas. Luego, a un par de metros o así más allá del navío, se produjo una nueva explosión, arrojando una alta columna de humo, llamas y escombros. En la colina hubo otro fogonazo, después uno más. El segundo disparo no cayó tan cerca como el primero, sino bastante más allá. El tercero resultó aún más equivocado.

Subí corriendo la rampa hasta la sala de control. Alan y Dudley estaban allí, a cuatro patas, estudiando las cartas que habían extendido por la cubierta.

—¡Nos bombardean! —jadeé.

Alan alzó la vista.

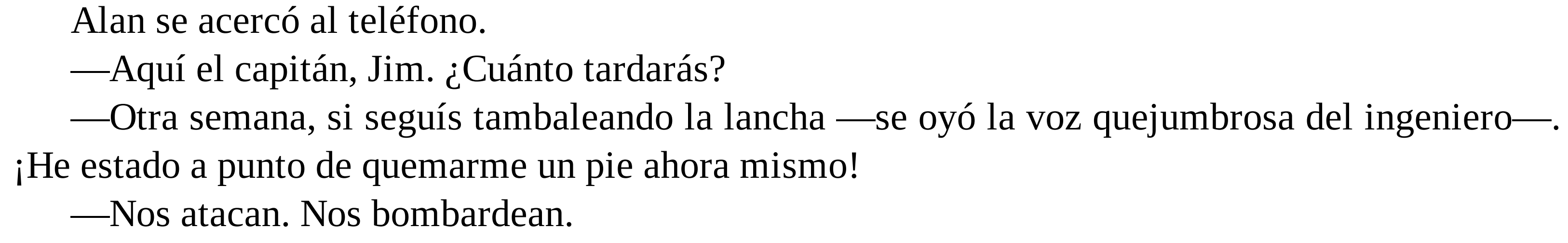
—¿Bombardean? —preguntó con estupidez.

—Sí. Bombardeo. Se coge ese tubo largo llamado cañón y se le pone un proyectil, llamado obús, por un extremo. Luego se tira del gatillo o se oprime un bolón y el obús sale por el otro extremo.

—No trates de hacer chistes —dijo Alan con frialdad. Se puso en pie, marchando hacia los binoculares montados. Ahora apuntaban a la ciudad. Ajustó los rayos infrarrojos y juró brevemente para sí.

—Sí, parece que hay ahí un pieza de artillería... —murmuró.

El cañón tornó a disparar y el obús estalló a poca distancia del navío, haciéndolo mecerse



sobre sus patas de aterrizaje.

Alan se acercó al teléfono.

—Aquí el capitán, Jim. ¿Cuánto tardarás?

—Otra semana, si seguís tambaleando la lancha —se oyó la voz quejumbrosa del ingeniero—. ¡He estado a punto de quemarme un pie ahora mismo!

—Nos atacan. Nos bombardean.

—Entonces responder a esos bastardo. Pero dejadme seguir con mi trabajo.

—Pero...

—Estúpido, utiliza los cohetes de señales. Aquel proyector que hice sigue todavía en el almacén.

—Claro —exclamó Alan—. Claro.

Se quedó con los binoculares mientras Dudley y yo bajamos al almacén, sacábamos el tubo de lanzamiento y su trípode y lo llevamos todo a la escotilla bajándolo por la rampa. Instalamos el aparato en el mismo borde del cráter producido por el último y más próximo obús, con la esperanza de que hubiere algo de verdad en el adagio que afirma que las bombas artilleras, como el rayo, nunca caen dos veces en el mismo lugar. Sin embargo, nos dábamos perfecta cuenta de que ese adagio no tiene ninguna justificación en lo referente al rayo.

El bombardeo había cesado y, después de que nuestra propia arma hubiese estado preparada para entrar en acción, hallamos tiempo para discutir esta anomalía. La razón, pensé, era evidente. Tanto el cañón como su munición eran viejos.

O bien ambas cosas, resultaban defectuosas. Estaba acariciando el tema cuando se produjo un súbito fulgor en la ciudad, un fogonazo cegador seguido por el trueno de una explosión mucho más alta que la producida por el disparo de un cañón.

Tropecé con el trípode de nuestro proyector de cohetes.

—Y ahora tenemos que acarrear este cacharro sanguinario otra vez dentro —murmuré.

—Había más armas de guerra que la artillería —dijo Dudley—. Se queda aquí.

XIII

ALAN salió del navío.

—Su cañón estalló —dijo.

—Lo sé —contesté.

—Hay mucha actividad fuera de la ciudad —dijo.

—Sin duda los sanitarios tendrán trabajo —dije.

—¡Maldita sean los sanitarios! ¿Cuántos cohetes habéis sacado del cargador? —preguntó.

—Sólo uno. Está presto para disparar.

—Entonces sacad a los demás y tenedlos a mano. Ahora.

Dudley se llevó un cigarrillo a la boca, fumando hasta que la brasa casi produjo luz. Dijo, hablando en torno al pequeño cilindro, a través del humo:

—Ya sabes, Alan, que después de lo ocurrido no tuve muchas ganas de pelear. Oh, supongo que si tu amigo del castillo nos pone las zarpas encima, tendremos un final desagradable y mentiría si dijera que acabar despanzurrado no me importa. Pero ese cambalache tuyo para conseguir las cartas fue asqueroso y viéndome implicado en esa clase de cosas... en cierto modo, somos todos responsables, ya que Verónica era tan compañera nuestra como tuya... por lo que podemos considerarnos como detritos y faltos de ansias de vivir.

—Más tarde discutiremos de ética. Sacad los cohetes.

—Déjame terminar. No sé lo que sienten George y Jim del asunto, Alan, pero me imagino que piensan lo mismo que yo. Mientras, resulta evidente lo que ha pasado. Cuando nos alejamos del mundo maquinista Verónica logró salvarse de la disolución por viva fuerza de voluntad. Y entonces, todo el tiempo, se mantuvo engañándose al afirmar para sí de que tenía algo por qué vivir. Aún se engañaba cuando ofreció su hermoso cuerpo a cambio de las cartas y mientras es sentimiento de exaltación que de ordinario acompaña a los sacrificios duró, permaneció intacta. Cuando desapareció la exaltación ya no tuvo nada que la mantuviese con vida. Así que se dejó ir.

"Y el barón Bligh descubrió que no tenía nada que mantuviese caliente su cama, excepto un trapo y un hueso y un mechón de cabellos... un trapo de plástico absurdo, un montoncito de espuma de nylon, un puñado de bolsas de aluminio. Y Bligh se enojó y, de acuerdo con sus alcances, de manera justificable. Y Bligh, ahora que sus disparos no han atraído la revolución de nuestro fuego contra su agresión, está convencido de que el navío se halla desarmado. Vendrá a por ti en persona.

—Eso es lo que estaba tratando de deciros.

—Todavía no terminé. Quiero que quede esto claro. Lucharemos por salvar el navío y salvar nuestras pieles, pero no por salvarte la tuya. Por que el motivo real por el que lucharemos es el de que Verónica nos compró las cartas y nos sabría mal ver que su sacrificio ha sido inútil. Eso es todo.

A la luz de la escotilla pude ver que el rostro de Alan estaba blanco como la cera.

—De acuerdo —dijo—. Sacad los cohetes. Y bajaos un par de anteojos nocturnos, pero no abráis fuego hasta que dé la orden.

Sacamos los seis cohetes de señales que nos quedaban y los apilamos a un lado del proyector. Alan colocó un altavoz conectado con la sala de control por medio de la escotilla. Desde allí pasó el cable que suministraba corriente al proyector de cohetes, la energía que, cuando se oprimiese el botón, incendiaría el propulsor químico. El cable del botón de disparo, sin embargo, fue llevado a un costado; no había forma de cargar rápidamente si los cohetes tenían que mantenerse funcionando en la relativa seguridad del navío. Lo preparamos todo. El dispositivo era tosco y rápido, pero confiamos en que bastara.

Alan volvió a su sala de control. Los enormes binoculares de allí eran más eficientes que el pequeño par que yo utilizaba. Me daba la impresión de alguna especie de confusa actividad en torno a las puertas de la muralla, de sombras pasando y repasando delante de la luz, pero eso fue todo. La voz de Alan sonó potente desde el altavoz:

—La caballería se reúne para una carga.

Apoyando los anteojos en lo alto del tubo de lanzamientos, apunté el arma en la dirección en que creí haber visto la mayor cantidad de movimiento.

—Preparados —observó Alan.

—Ojalá se callase —dijo Dudley. Algo avanzaba hacia nosotros. Me recordó un río negro alborotado como un río que se distinguía por las crestas de sus hondas arrastrando toda clase de escombros y restos. Pero las lanzas oscuras que se alzaban contra el resplandor luminoso de la ciudad no eran troncos de árbol relativamente inofensivos y ramas, sino lanzas. Decidí que yo no tenía deseos de verme acribillado. Miré de reojo a un lado y vi a Dudley agazapado con el conmutador de disparo en la mano. La visión era tan terrible como la de la caballería en avance. No tenía deseos de verme incinerado y así moriría si no me apartaba cuando Dudley oprimiese el botón.

Aún así, mantuve mi tosco punto de mira enfocado al enemigo.

Oí cómo Alan gritaba con viveza:

—¡Fuego!

Mi intención era saltar a un lado, pero tropecé con una raíz. Caí, luego rodé frenéticamente por el duro suelo. Oí el bramido ensordecedor del gran cohete al salir del tubo, noté el calor de sus toberas. Alcé la cabeza, vi cómo el proyectil pasaba por encima de la caballería, siguiendo su trayectoria hacia la colina en la que se alzaba el castillo. No esperé a ver cómo chocaba. Me puse en pie, corriendo hacia la cabeza ardiente del proyector. El trípode había caído de costado. Trabajando desesperadamente Dudley y yo lo volvimos a poner en pie, luego colocamos otro de los cohetes en la improvisada recámara.

Mis anteojos seguían colgando del cordón en torno al cuello. Una de las lentes estaba inútil, rajada y sucia de polvo. La otra aún quedaba utilizable. Busqué un blanco, no encontré ninguno. Advertí, casi con desinterés, que en la ciudad lejana el castillo ardía.

—Se han esparcido —se oyó la voz de Alan débil y distorsionada. El altavoz había sido derribado por el disparo—. Se han desparramado, pero se reagrupan. A la izquierda de la ciudad. A la izquierda...

Pude verles, aunque no tan claramente como antes. Mis binoculares estaban averiados y, además, los jinetes nos quedaban en silueta contra las luces de la ciudad. Pero cambié de dirección el tubo de lanzamiento y, en esta ocasión, traté de darle menos elevación, le mantenía apuntado, mientras me fue posible, al suelo, por delante del grupo de caballería en carga.

—Preparados —dijo Alan superfluamente. Pensé: "Está dejando que estos bastardos se acerquen." Me imaginé sus largas y diabólicas lanzas.

—¡Fuego!

Esta vez, al saltar, no tropecé. El cohete salió con limpieza del tubo, pareciendo viajar con una agonizante lentitud. Hubo un momento, tenía que haberlo, en que los jinetes de vanguardia pudieron apartarse. Pero el tiempo relativo, especialmente el tiempo subjetivo. La caballería de Bligh estaba en un rumbo de colisión con el proyectil, inevitablemente, ocurrió la colisión. ¿Colisión? Mejor catástrofe. A la luz del destello vimos a hombres y animales, pedazos de hombres y animales, volar en todas dirección, el cohete, dejando tras de sí un reguero de fuego, rebotó contra el suelo, zigzagueando una y otra vez cuando lo desviaba algún obstáculo, desvaneciéndose por último muy bajo en el horizonte.

Poco después oímos el grito. Mi imaginación se puso a trabajar y me incliné vomitando, cuando Dudley me sacudió y me llevó hasta el desviado proyector. Juntos enderezamos el chisme.

Algo rechinó más allá de nosotros y algo más chocó contra el trípode metálico con un agudo sonido de campana, la sorpresa hizo que mis manos temblasen desagradablemente. De todas partes se oyó un sonido áspero e intermitente. Alcé la vista y vi que la noche estaba de pronto iluminada con súbitas luciérnagas.

Dudley maldijo, apartándome del recio tubo de lanzamientos. Me hizo caer dentro del cráter y cayó conmigo.

Por encima el reguero de los antiguos rifles ametralladoras de Bligh formaban dibujos singulares contra el firmamento negro.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Podríamos tratar de llegar a la escotilla —contestó Dudley.

—Ha habido una pausa en el tiroteo.

—No creo que los fusileros quieran gastar municiones —contestó. Rebuscó por entre el suelo, encontró una larga raíz con un gran montón de tierra pegada. La alzó con cuidado por encima del borde del cráter la pella de barro de la parte superior. Se oyó el castañeteo desagradable de algunos disparos, se vio un torrente de proyectiles trazadores y el montón de barro se desintegró. Dudley dijo—: ¡Pero dispararán en cuanto vean un blanco apetecible!

—¿Y qué hacemos? ¿Esperar?

—Eso parece.

—Si Alan fuese sensato y apagase los reflectores, podríamos tener una posibilidad...

—Alan no ha mostrado mucha sensatez últimamente —dijo, para añadir—: ¡Ese perro!

—¿Verónica? Pero...

—¿Pensamos en la misma Verónica? —me repuso.

Luego oímos la voz de Alan desde el altavoz:

—George —dijo—. Dudley. Aguantad.

—¿Verdad que es muy amable? —gruñí. Me arrastré hasta el borde del cráter, mirando desde allí. Mientras contemplaba, la puerta externa de la escotilla se cerró, aunque los reflectores exteriores seguían arrojando en torno al navío su chorro de luz. Luego hubo un chispazo de llamas debajo de las toberas principales. Lancé un grito, descuidadamente descubriendo mi cabeza. Una ráfaga de proyectiles rastreadores me hizo agachar con toda rapidez.

—Maldito sea —grité—, ha cerrado la puerta. Cierra la puerta. Y el viejo Jim debe haber arreglado la bomba, así que ahora está calentando el motor. Primero Verónica y ahora nosotros. ¿Dudley, cómo puede un hombre caer tan bajo?

—Aguarda —dijo Dudley.

—Pero ya te he dicho lo que está haciendo. La bomba está reparada. Está calentando el motor. Nos deja, Dudley. ¡Sacrificaría a cualquiera en bien de su condenado sueño!

—Espera —repitió Dudley. Las toses suaves del calentamiento de los cohetes dejaron de sonar bruscamente, luego hubo un rugido mantenido. Sabía lo que sucedía, aunque no me atrevía a asomarme para cerciorarme. Me imaginé el brillante chorro de llamas saliendo de debajo de la popa del "Lucky Lady". Me lo imaginé despegando, subiendo y alejándose, disminuyendo hasta que no fuese mas que una estrella rápidamente desapareciendo en el firmamento negro. Lo único que no tenía sentido era que el viejo Jim le siguiese el juego a Alan. Pero quizá pensó que estábamos sanos y salvos a bordo, o le dijo nuestro capitán que habíamos muerto.

Ahora veíamos al navío desde el cráter del obús pero, aunque en marcha, no ascendía. Estaba como colgado, balanceándose delicadamente encima de una columna incandescente del combustible inflamado rajado por las toberas. Descubrí que oscilaba de manera decidida y que la bomba volvía a fallar, que caería, que Jim y Alan compartirían cualquier terrible destino que el barón Bligh o su sucesor nos tuviesen preparado. Más tarde lamenté estos pensamientos, pero cuando uno está convencido de que le han vendido su amargura resulta incomprensible.

Luego la nave desapareció de nuestro campo de visión. Avanzó, no hacia arriba, sino lateralmente. Oímos, con debilidad, una ráfaga frenética de fuego de ametralladora. Oímos, quizás, un grito alto y fino. Abajo, el viento nos trajo el hedor de vegetales ardiendo, de carne quemada.

Dudley gritó excitado y salió del cráter. Le seguí. Vi, entonces, lo que estaba haciendo Alan. Con la inmovilización de nuestro proyector cohete el navío no tenía armas, pero Alan utilizaba la propia nave como arma. Lenta, metódicamente, iba hacia adelante y hacia atrás, utilizando los cohetes auxiliares para provocar una deriva lateral, reduciendo el suelo bajo el chorro principal del cohete a brillantes brasas. Vimos cómo figuras oscuras echaban a correr mientras aquella espada flameante estaba a punto de acabar con ellos. Les vimos, brevemente, bailar de manera terrible en un torrente de gases incandescentes. "Basta —pensé—. Basta. Seguramente que basta."

El "Lucky Lady" se detuvo, ascendió. Luego, despacio, inexorablemente, comenzó a deslizarse hacia donde estábamos nosotros. Agitamos las manos frenéticamente. Con toda seguridad Alan nos reconocería, no creería que éramos dos hombres del barón. Estábamos preparados a dar media vuelta y correr cuando vimos que la nave caía. Aterrizó suavemente, a pocos metros de donde estábamos nosotros. La escotilla se abrió y la rampa quedó extendida.

Agradecidos corrimos en busca del refugio de la nave.

XIV

EL tiempo relativo.

Objetivamente, el viaje desde el cubil de los piratas no duró mucho. Subjetivamente no debería haber durado mucho. Tenemos muchas cosas que hacer con el tiempo libre; tuvimos que trabajar con ahínco y de manera continua para efectuar modificaciones necesarias a aquellas cartas estelares desesperanzadoramente pasadas de moda, fueran actualidad.

Subjetivamente no debía durar mucho, pero lo hizo. Echamos de menos a Verónica... el viejo Jim, Dudley y yo. La echamos de menos y odiábamos a Alan por haberla dejado ir y nos odiábamos nosotros por permitir que Alan la cambiase por un puñado de cartas arcaicas. La atmósfera de la nave era tensa, mucho más desde que nosotros tres habíamos hablado claramente a nuestro capitán que nos retirábamos de la empresa en cuanto aterrizásemos en Port Farewell.

La tensión disminuyó un poco cuando, por fin, el mundo de Faraway asomó enorme en nuestros visores. Se mostraba feliz ahora que volvía a su patria, o casi a su casa, con las brillantes luces de Port Farewell como un turbio luminoso en contra de la oscuridad del lado nocturno del planeta, con la voz familiar del capitán Wallis, Patrón del Puerto, sonando desde el receptor de radio y diciéndonos que podíamos aterrizar a voluntad.

Entramos con el motor Ehrenhaft, chocamos contra la atmósfera en un ángulo obtuso al principio, unas cuantas moléculas de la envoltura gaseosa de Faraway formando una gruesa capa rechinante que envolvía cada irregularidad de nuestro casco. Entramos y cortos detalles de nuestros cohetes auxiliares nos dieron la vuelta de manera que pusiésemos popa a la superficie.

Entonces entró en funciones el motor a reacción, el brioso descenso se hizo sobre la larga columna incandescente, la especie de sistema de aterrizaje al que el navío jamás fue diseñado... pero que, una mano maestra en los controles podía realizar...

...hasta que la bomba impulsora destrozó las aspas del impulsor. Kemp no lo dudó.

—Hazte cargo, Dudley —ordenó—. Eres tan buen piloto de cohetes como yo. George, dile a Jim que haga funcionar la bomba manual. ¡Anúnciales que bajo en seguida!

Entonces caímos.

No puedo decir cuan lejos caímos. Todo lo que sé, es que el gran globo oscuro debajo nuestro crecía con terrible rapidez. Luego, de pronto, los cohetes tosieron un par de veces y otra tercera vez y luego irrumpieron a pleno rugir. Fue entonces cuando el viejo Jim Larsen entró en Control.

—Alan me ha echado fuera —se quejó—. Quiere que todo el mundo se concentre en la parte más segura de la nave. Le dejé en la sala de máquinas, operando con la bomba manual.

—Y tú le dejaste —dije acusador.

—Sí, le dejé —continuó con suavidad—. ¿No lo entiendes? Tiene que hacer esto. Es su manera de borrar cuanto ha ocurrido. Ha de ser así, de otro modo nunca podrá vivir sin remordimientos.

Caímos, pero controlados. Dudley utilizó con suavidad la impulsión del cohete. Su técnica, en aquellas circunstancias, fue notable... el empleo del máximo poder de frenar casi en el último,

momento. Debería funcionar. Debería haber funcionado con motores cohetes nuevos o casi nuevos. Pero la tensión que ya había rajado las cámaras inflamatorias fue demasiado grande y el tubo principal cedió precisamente cuando debería haber mostrado su máxima potencia y por segunda... y última vez en su vida, el "Lucky Lady" se estrelló desastrosamente.

Las organizaciones de emergencia de Port Farewell son eficientes.

Tengo un débil recuerdo de neumáticos chirriando, de grandes aspas rebanando las planchas del casco como si fuesen de papel, de manos voluntariosas sacando al viejo Jim, a Dudley y a mí desde los escombros. Mas para mi sorpresa, y a pesar de todos los intentos de contenerme, me pude levantar, para marchar tambaleándome hacia la arrugada popa. Alguien me preguntaba:

—¿Cuántos son de tripulación? ¿Dónde están los otros?

—Sólo uno más —contesté—. El capitán. En la sala de máquinas.

Sacaron a Alan. Tenía muchas heridas y quemaduras, y algunos huesos rotos, pero estaba consciente.

—George —dijo con debilidad—. Verónica... Dile a Verónica... —una pausa y luego—: ¿Está aquí?

—No.

—Llámala... dile que estoy... bien...

Se lo llevaron y en cierto modo se olvidó de mí. Yo caminé hasta el edificio de la administración, buscando el teléfono más próximo. No tuve necesidad de mirar el número. Oprimí la secuencia correcta de botones, aguardé. La pantallita de encima del instrumento permaneció oscura y se produjo el sonido más desolados de todos los conocidos, el tintinear de un timbre telefónico en una casa vacía. Revisé el número en el listín.

Descubrí que mi memoria no me había fallado, luego lo intenté de nuevo, infructuosamente. Recuerdo, como uno recuerda detalles comparativamente triviales en momento de crisis, que allí había dinero, divisas de los Mundos del Rim, en mi bolsillo. Salí del despacho hacia la fila de taxis. Había una docena de coches terrestres y me metí en el primero, dando la dirección de Alan.

Fue uno de esos conductores charlatanes.

—Parece que ha habido una catástrofe en el espacio puerto —dijo—. Pudo ver al navío descender. Un loco maldito el que lo manejase de esa manera al que no deberían utilizar ni para llevar un coche de niños, mucho menos una nave estelar.

Hubo una pausa.

—¿Vio usted el choque? —caballero.

Otra pausa.

—¿Tiene idea de qué navío era, caballero? —volvió a preguntar.

Más pausas.

—Está usted aquí, caballero. Ya llegó —dijo al fin—. Y gracias por tan amena conversación.

Bajé, le pagué y subí por el corto sendero hasta la puerta principal. La casa estaba a oscuras, Aún así, llamé al timbre. Luego aporreé la puerta. Después volví a llamar al timbre.

Me di cuenta de que una mujer me miraba por encima del bajo seto que dividía el jardín de Alan de la propiedad del vecino.

—¿Está usted aguardando a la señora Kemp? —preguntó ella.

—Sí —contesté—. ¿Tiene usted idea de dónde está? ¿De cuándo volverá?

—Ni la menor idea —me contestó—. Está en la Tierra, quizá. O en Caribbea. Pero no volverá.

Me acerqué al seto y la cogí por el hombro. Creo que hasta la sacudí, pues ella gritó indignada.

—No me toque, joven —me miró con atención bajo la escasa luz—. Usted no es el señor Kemp. ¿Por qué pregunta dónde se encuentra su señora?

—Soy amigo del señor Kemp. Está gravemente herido por la catástrofe que ocurrió en el espacio puerto. Tengo que decírselo a su esposa.

—Se marchó —me informó con sombría satisfacción—. Hace semanas. Entró en una gran nave... se llamaba "Aeriel". No, no el "Aeriel" de la línea Shakespeariana; éste iba de crucero por cuenta de los Clippers Trans-Galácticos. Vino ese tipo del "Aeriel"... uno de los pasajeros. Él y la señora Kemp parecían ser viejos amigos. No puedo decir que la censure; el muchacho era alto, guapo, con mucho dinero...

—¿Se ha ido ella? —pregunté en un grito.

—Sí, se ha ido, como trataba de decirle hace media hora. ¡Y a mí no me grite, jovencito!

XV

LOS cirujanos, normales y de plástico, remendaron estupendamente a Alan.

Pero ninguno de los cirujanos y de los psiquiatras, pese a todos sus esfuerzos, pueden arreglar un sueño roto.

Así que fue el fin del sueño.

El "Lucky Lady" fue una pérdida total, que valía sólo lo que pesaba como chatarra. Y no estaba asegurado. No nos trajo nada de riqueza, a menos que se considere la experiencia como riqueza, y algunas experiencias debían escribirse en el debe más que en el haber.

Los Rim Runners, que siempre van escasos de oficiales, nos volvieron a admitir sin pérdida de rango o de antigüedad. Sin embargo, no conservaron mucho tiempo los servicios de Alan. Se recobró físicamente de manera estupenda y sin herida, pero estaba propenso al accidente. Unas pocas semanas después de su regreso al servicio caminó debajo de un cinturón transportador, y si bien con facilidad lo podía haber esquivado, un pesado lingote de zinc que cayó del cinturón le mató al instante.

De vez en cuando me tropiezo con Dudley Hill. Ahora es segundo oficial del "Rimtiger", y el viejo Jim Larsen y yo servimos juntos en el "Rimlion". El "Rimlion" efectúa el Circuito Oriental. Estuvo en Tharn no hace mucho y Jim y yo desembarcamos para probar las bebidas locales.

El viejo Jim parecía deseoso de hablar. Se encontraba con humor filosófico y, como la mayor parte de su ropa, al igual que prácticamente todos aquellos que trabajaban con el motor Mannschenn y están expuestos a sus campos deformadores del tiempo, tenía ideas bastante singulares acerca del Espacio y del Tiempo.

—Fuera en el Rim —dijo con seriedad—, y especialmente en mundos como éste, planetas que seres humanos han alcanzado sólo las pasadas décadas, la Barrera debe ser muy delgada...

—¿Qué Barrera? —pregunté.

—La Barrera entre los alternativos caminos del tiempo, las líneas divergentes del mundo...

—Seguro que no creerás...

—¿Y por qué no voy a creerlo? —hizo una pausa, perdiendo interés en sus teorías dimensionales—. Esa chica —me dijo, señalando con el cañón de su pipa a una pelirroja que acababa de entrar en la taberna—, me recuerda a Sally —atrajo su atención. Ella le sonrió, empezó a dirigirse a nuestra mesa.

Le dejé. No soy un puritano, pero la gente de Tharn, humanoide definitivamente, no son humanos. Así que le dejé con ella y volví despacio, cruzando el polvoriento camino, hacia el espacio puerto.

El área de aparcamiento es como todas las áreas, un conjunto de brillantes luces y de profundas sombras. Aún así, no puedo comprender este sistema tiene que producir la ilusión de un casco en forma de pera, equilibrado sobre su extremo puntiagudo. Posiblemente no me pudo producir la ilusión de dos figuras, el capitán y la señora del capitán... ¿y cuál era Verónica? ¿qué

Verónica era de las dos...? caminando cogidos del brazo o subiendo la rampa hacia el círculo amarillento de luz de la escotilla. Y la ilusión más imperceptible de todas quizá, fue que el hombre que estaba allí plantado para recibirles resultó, al verle la cara con claridad mientras me acercaba una persona conocida. La visión fue fugaz antes que al singular escena se disipase en la nada.

Aquel hombre era yo.

XVI

Cuando el soñador muere, ¿qué hay del sueño?

FIN